

**«¿QUÉ NUEVA VIDA ES ESTA?»**  
**Memorias de Evangelio**

Fernando J. de Lasala, S.J.

Zaragoza 2020



# «¿QUÉ NUEVA VIDA ES ESTA?»

## Memorias de Evangelio

«Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo...Sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido»<sup>1</sup>.

«Para mí, Jesucristo es TODO. Así se define lo que representa Jesucristo en mi vida: TODO. Ha sido y es mi ideal desde que entré en la Compañía; ha sido y sigue siendo mi camino; ha sido, es siempre mi fuerza. No es necesario explicar mucho lo que esto significa: quite a Jesucristo de mi vida y se hundirá como un cuerpo a quien se le quita el esqueleto, el corazón y la cabeza»<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN, 13, 1. 3-5.

<sup>2</sup> PEDRO ARRUPE, *En Él solo... la esperanza*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1983, p. 115.



*A mis amigos Juan, Jorge y Tomás,  
con quienes me encontré en Huesca muchas veces,  
al finalizar la misa de once de los domingos.  
Zaragoza, agosto del 2020.*



## PRÓLOGO

Querido lector:

Te agradezco que hayas abierto este libro.

Firmo estas líneas después de haber concluido las páginas que siguen, cuando casi hemos terminado en España las fases de confinamiento y de desescalada vividas con ocasión de la pandemia que hemos sufrido -y que nos sigue acechando con sus rebrotes-.

Mediante este libro, pretendo comunicar con vosotros -y vosotras- mis vivencias personales, «como lo hace un amigo con otro» diría Ignacio de Loyola, sobre asuntos relacionados con el Evangelio de Jesús: unas veces me sirvo de temas experimentados por san Ignacio; otras, me apoyo en las palabras de Jesús sobre la nueva Vida que Él nos trae; reflexiono luego sobre algunos dichos y algunos hechos que más me impresionan en el Evangelio; y, finalmente, recuerdo los gestos que los cristianos de hoy realizan en este planeta, en la comunidad de la Iglesia, en todas las situaciones en las que viven y sirven a los demás.

El título de este libro, - *¿Qué nueva vida es esta?* -, que ya elegí antes de que la *Covid-19* se nos echase encima-, lo tomo de una expresión de Ignacio de Loyola que él mismo relata en su *Autobiografía*: inesperadamente, estando como peregrino penitente en Manresa, junto al río Cardoner, todo lo vio como si fuese nuevo, «con unos nuevos ojos del espíritu, como si fuese otro hombre». Valorando esas palabras en profundidad, entiendo que Ignacio se sintió renacer. Como si Dios reforzase su existir con una nueva Vida. La que viven, día a día, tantas personas -hombres y mujeres- que buscan a Dios, se encuentran con él gracias a Jesús y se arriesgan, en medio de incertidumbres y conflictos, llegando incluso hasta dejar la piel en provecho de los demás.

Ignacio recorrió muchos caminos, mientras, en realidad, proyectaba su mirada hacia la Tierra de Jesús -Palestina, concretamente Jerusalén-. El santo de Loyola estaba empeñado en sentir a Jesús de cerca, tocarlo con sus manos, oírlo y verlo, poniéndose a su vera como discípulo.

El modo ignaciano de pensar y repetir, de sentir y recordar las cosas, los acontecimientos y las personas, me ha dado pie para ir desgranando las páginas que ahora os ofrezco. Encontraréis en ellas, «memorias» -recuerdos- de Evangelio, la Buena Noticia que Jesús nos

anuncia. Y veréis que aflora en estos escritos la experiencia personal de Ignacio de Loyola, transmitida en sus *Ejercicios Espirituales*.

Como ha escrito recientemente un amigo, «aunque la fe cristiana no proporciona la solución médica, sí que ayuda a afrontar la pandemia, porque genera, sostiene y alimenta virtudes necesarias para superarla»<sup>3</sup>.

Este libro se compone de cuatro secciones:

1. *-Memorias ignacianas-*: mis reflexiones sobre lo que podríamos llamar “vivencias” de San Ignacio. Comienzo con esa visión tan particular que él experimentó en los días en los que se fraguaba su conversión.
2. *-Memorias de nueva Vida-*: me detengo en esa nueva Vida a la que arriba me he referido, y comienzo por la visita nocturna del fariseo Nicodemo a Jesús.
3. *-Memorias sobre Jesús-*: pongo de relieve algunos de los dichos y de los hechos de Jesús, tal como aparecen en los Evangelios.
4. *-Memorias de fe para todos-*: asuntos y personas que conciernen a la vida cristiana en nuestros días.

Ofrezco estas reflexiones de tal modo que el lector pueda detenerse para considerar cada «memoria», haciendo un alto en la lectura. Están ligadas una a la otra, pero necesitan sosiego y paz para ser leídas y «sacar provecho», como le gustaba decir a san Ignacio.

Agradezco muy cordialmente la ayuda de mis compañeros jesuitas. Sin su infusión diaria de ánimo, difícilmente habría superado la atmósfera paralizadora que intentaba frenar mi trabajo.

Zaragoza, 6 de agosto de 2020.

Transfiguración del Señor.

Fernando J. de Lasala, S.J.

---

<sup>3</sup> GABINO URIBARRI, S.J., en revista *Alfa y Omega*, del 14 al 20 de mayo, cultura- tribuna, p. 24.

# 1.- MEMORIAS IGNACIANAS

## 1. Algo más que un río

Íñigo, joven caballero vasco, descansaba, alejándose de los abrigos rocosos de los penitentes, en las afueras de Manresa; caminaba, cojeando, junto al río Cardoner, hacia una ermita dedicada a san Pablo. Se sentó. Las aguas discurrían allá abajo; para divisarlas, el peregrino tenía que inclinar su cabeza. Se hallaba, en aquel momento, junto a una cruz de término –la Creu del Tort-. Íñigo, también penitente, estaba sumergido en sus pensamientos y sentimientos. Las hojas de los árboles, reseca­das por el ardiente sol, no le impedían que continuase con su tendencia a percibir consuelos y desconsuelos<sup>4</sup>. Algo pasó entonces: Íñigo vio todo como si fuese nuevo, como si su alma tuviese ojos nuevos: saboreaba, en el hondón de su persona, ahora saturada de paz, la gran verdad sobre Dios y sobre la Creación entera.

Quizá resonaba en él la frescura de Francisco de Asís, y la juntaba con la teología de Domingo de Guzmán. Quizá no fue nada de todo eso: simplemente la llenu­bre –permítame el lector esa palabra- de la Presencia eterna de Dios, del Dios creador de todas las cosas y personas. Íñigo respiró profundamente. Un aire tranquilo llenó sus pulmones. Las palabras no llegan a describir ese momento del peregrino.

«" Mira, hago nuevas todas las cosas", dijo el que está sentado en el trono» (*Apocalipsis* 21, 5). Íñigo se sintió envuelto en un ambiente de

---

<sup>4</sup> Pocos días antes de esta visión junto al Cardoner, Íñigo «empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír la misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole tanto al contrario de esto, y tan súbitamente, que parecía habersele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno. Y aquí se empezó a espantar de estas variedades, que nunca antes había probado, y a decir consigo: - **¿Qué nueva vida es esta** que ahora comenzamos?» IGNACIO DE LOYOLA, en *Autobiografía*, [21], en *El peregrino. Autobiografía de san Ignacio de Loyola. Introducción, notas y comentario* por JOSEP M. RAMBLA BLANCH, SJ, Ed. Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, Nueva edición actualizada, 2015, pp. 65-66.

plenitud gozosa. ¿Qué más podía desear? ¿Cómo es que, hasta el final de su vida, permaneció plantada en su alma esa vivencia tan viva, tan clara, tan armonizadora, tan cargada de paz, que ponía cada cosa en su sitio? Tal como él mismo nos cuenta, vio todo de un modo nuevo: las cosas, los acontecimientos, las personas, todas las criaturas, todo en su lugar adecuado, todo formando armonía, todo ajustado y lleno de serenidad. Como si el Creador le hubiese regalado unos ojos nuevos. Como si viviese, improvisadamente, gratis, aquello que tanto repetiría a lo largo de su vida: «el hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor».

Esa especie de reajuste interior de la persona de Íñigo de Loyola no fue simplemente un evento de nivel psicológico, sino que él mismo reconoció durante toda su vida que se trató de un regalo del Cielo. Psicología y espiritualidad están unidas<sup>5</sup>. Aquella visión resultó una provocación hacia la adoración de Dios. Ignacio adoró al Señor de todo lo creado; se puso en esa actitud que en nuestros días explica el papa Francisco.

## 2. Adorar

Adorar: así de sencillo. Con sabor a las palabras que el Papa Francisco pronunció en su homilía de la Epifanía del Señor (Vaticano, 6 enero 2020). Todo se concentró en esa palabra; un comentario a la Palabra de Dios que fue proclamada en la Basílica de San Pedro por un diácono africano.

Un Hermano franciscano, experimentado en la vida espiritual, psicólogo y buen escritor, pone en boca del santo de Asís: - «Si supiéramos adorar, nada podría verdaderamente turbarnos: atravesaríamos el mundo con la tranquilidad de los grandes ríos»<sup>6</sup>.

Corremos el riesgo, al caminar por esta tierra, de “adorar” nuestro “ego”, buscando medrar en nuestra sociedad, gustando con nuestra imaginación una situación de alabanza a nuestra persona de parte de nuestros hermanos. Eso es lo contrario de la adoración a Dios; eso es una situación de aplauso, no de adoración. ¿Dónde dejamos a Dios, nuestro Creador y único Señor? ¿Dejamos que Jesús resucitado ocupe el puesto central en nuestra vida?

Como afirma el Papa Francisco, los teólogos pueden decir muchas cosas hermosas sobre el misterio de la adoración de los seres humanos

<sup>5</sup> Véase: *El peregrino. Autobiografía de san Ignacio de Loyola, o.c. en nota 4 de este libro*, [30], pp. 74-75.

<sup>6</sup> ÉLOI LECLERC, *Sabiduría de un pobre*, Ed. Encuentro, *Ensayos* 308, Madrid <sup>4</sup>2007, p. 71.

a Dios; sin embargo, lo importante, lo que cuenta de veras, es que entremos en relación con Dios, que acudamos en silencio hacia su Hijo que nos sale al encuentro y permitamos que Él entre en cada uno de nosotros. Que Jesucristo sea nuestro único referente. «Adorar es ir a lo esencial» y, de ahí, como de una fuente fresca, brotan dentro de nosotros la paz y la alegría verdaderas.

Adorar es ponernos en la Presencia de Dios, viéndonos pequeños. «Señor: mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad; sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre» (*Salmo 130*).

Estamos invitados a rezar adorando, como si nos agachásemos ante Dios y ante Jesucristo. Porque Dios, al enviarnos a Jesús, «en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos» (*Carta a los Hebreos, 1, 2*).

Adorar a Dios quiere decir alegría de situarnos en presencia del plan salvífico que Él nos ha preparado durante siglos y siglos. Un diseño que Él nos ha revelado por medio de su Hijo: ese es el misterio de su voluntad divina, tal como san Pablo nos recuerda en una de sus cartas.

### **3. «El misterio de su voluntad»**

En su carta a los cristianos de Éfeso –en Asia Menor, actual Turquía-, san Pablo escribe acerca de la planificación de Dios sobre nosotros y sobre la Creación entera. El Padre de nuestro Señor Jesús derramó su bendición sobre los creyentes en Él; una bendición que «derrochó con nosotros –y icon cuánta sabiduría e inteligencia! -, revelándonos su designio secreto [...]: hacer la unidad del universo por medio del Salvador, de lo terrestre y de lo celeste» (*Carta a los Efesios 1, 3-10*).

Ese designio secreto, ese misterio que envolvía toda la planificación del Dios que todo lo puede y que es nuestro Padre, nos lo ha revelado el Hijo Jesús. Ese misterio escondido durante siglos y siglos nos ha sido manifestado en medio de la Creación. El mismo Maestro lo dijo en un momento de expansión de su corazón y de gran alegría: - «¡Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, iy se las has revelado a la gente sencilla!» (*Lucas 10, 21*).

Con la expresión “estas cosas”, Jesús se refiere, -nada menos-, a ese perfil de la voluntad misericordiosa de Dios que, desde toda la eternidad, ha decidido darnos a conocer por medio de su Hijo querido. Así, de un modo tan simple de decir –“estas cosas”– se sirve el Maestro

divino para hacernos comprender, de algún modo, que aquel misterio escondido se estaba fraguando desde siempre, hace siglos y siglos.

Por eso, pasmado ante el gran amor de Dios, san Pablo escribía a los cristianos de Roma, al concluir su carta, en medio de palabras de exaltación y de júbilo: «A aquel que tiene poder para afianzarnos en la buena noticia que anuncio y la proclamación de Jesús Salvador, con la revelación de un secreto callado por incontables siglos, pero manifestado ahora y, por disposición de Dios eterno, comunicado con escritos proféticos a todos los pueblos para que respondan con la fe, a Dios, el único sabio, por medio de Jesús Salvador, sea la gloria por siempre. Amén» (*Carta a los Romanos* 16, 25-27).

En la celebración de la Eucaristía, como conclusión de la oración central de Acción de gracias, los cristianos decimos: «Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos». No podemos agradecer mejor el misterio eterno de su voluntad salvífica sobre nosotros.

Dios se ocupa de nosotros y de toda la Creación. Hace cinco años publicó el papa Francisco su encíclica *Laudato si'*. Se trata de cuidar nuestra casa común. «La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de la enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra que "gime y sufre dolores de parto" (*Carta a los Romanos* 8, 22)» - escribe Francisco<sup>7</sup>.

#### 4. Dolores de parto

«Sabemos bien que toda la creación está gimiendo con dolores de parto hasta el momento actual, y no solo ella, sino también nosotros mismos estamos gimiendo interiormente, anhelando la adopción filial, en el rescate de nuestro cuerpo» (SAN PABLO, *Carta a los Romanos* 8, 22-23).

Las criaturas esperan, juntamente con nosotros, que la redención llegue a su término en Cristo. Las puso el Creador para nosotros: para que nos sirvamos de ellas en la construcción de los cielos y la tierra nuevos: ese Banquete constantemente mencionado por Jesús, y que tendrá lugar en su plenitud cuando se haya cumplido el tiempo histórico al que se refirió en su despedida: «Y, mirad, yo sigo estando

<sup>7</sup> FRANCISCO, *Laudato si'*. *Sobre el cuidado de la casa común*, Ed. San Pablo, Madrid 2015, § 2, pp. 7-8.

con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos» (*Mateo 28, 20*).

Las criaturas están destinadas a mantener en nosotros la sed y la presencia de Dios. San Juan de la Cruz entendió muy bien el rol de las criaturas:

«Que bien sé yo la fuente do mana y corre,  
aunque es de noche;  
...Oh, prado de verduras, de flores esmaltado:  
¡decid si por vosotros ha pasado!  
Y, yéndolos mirando, con sola su figura,  
vestidos los dejó de su hermosura».  
(*Cántico espiritual*).

Cuentan de Ignacio de Loyola que, en sus descansos por los huertos de Roma, tenía la costumbre de tocar con su bastón las flores pequeñas, murmurando: «Ya lo sé, ya lo sé. Calla»<sup>8</sup>.

El deseo de Dios, de ver su Rostro, es algo que los seres humanos llevamos impreso en nuestra persona. Un deseo interior que nos empuja a dirigirnos hacia Él.

## 5. El rostro de Dios

Una voz dentro de mí me invita a suplicar: «Señor, no me escondas tu rostro» (*Salmo 26, 8*). Vislumbro algo sobre ti, mi Dios y Dueño de todo lo que has creado, y te pienso como Alguien en quien apoyo todo mi ser, con entera garantía de seguridad: sin ti, no puedo desplegar el horizonte perfecto en el que se desenvuelve mi existencia, día tras día, lugar tras lugar. En ti quiero descansar toda mi persona, todo lo que soy y lo que tengo. Contigo y en ti me siento a mis anchas, y puedo desgranar mi vida y caminar con el sosiego de quien se sabe en un ambiente infinitamente acogedor y familiar.

Esa experiencia me sucede, a pesar de lo que Jesús dijo: - «A Dios nadie le ha visto jamás» (*Juan 1, 18a*). Crece en mi la esperanza de encontrarte, cuando leo lo que a continuación dice Jesús: «lo ha

---

<sup>8</sup> «Vámosle muy a menudo, tomando ocasión de cosas pequeñas, levantar el ánimo a Dios, que aun en las mínimas es admirable. De ver una planta, una yerbita, una hoja, una flor, cualquier fruta, de la consideración de un gusanillo o de otro cualquier animalejo, se levantaba sobre los cielos, y penetraba lo más interior y más remoto de los sentidos, y de cada cosita de estas sacaba doctrina y avisos provechosísimos para instrucción de la vida espiritual». PEDRO DE RIVADENEIRA, S.J., *Vida de San Ignacio de Loyola, fundador de la religión de la Compañía de Jesús*, Barcelona, Librería de la Viuda e hijos de J. Subirana Editores, Calle de la Puertaferriosa nº16, 1863, p.522.

contado el Hijo Unigénito que está de cara al Padre» (*Juan 1, 18b*). Solamente quien ha visto a Dios nos puede revelar cómo es.

Es un regalo del Cielo que llevemos en nuestra persona el deseo de ver a Dios. No solamente eso: cuando Él quiere, se encuentra con cada uno de nosotros. A veces, sucede que no acertamos con el camino que más nos ayude a acercarnos a Él, porque se trata de caminar por la senda de la sabiduría, la verdadera Sabiduría.

## 6. La verdadera sabiduría

«La ciencia más consumada  
es que el hombre bien acabe.  
Porque, al fin de la jornada,  
aquel que se salva sabe;  
y el que no, no sabe nada»  
(Anónimo).

Saber, saborear, sabiduría: conocer internamente el peso del Creador y de las criaturas, valorar todo en nuestro corazón, acoger dentro de nuestra persona la existencia de todos los destellos de luz y de verdad que nos envuelven. Ese es el camino que nos ayuda a posicionarnos en el Cosmos, a encontrar nuestro puesto en el mundo y a ser felices. Sin despreciar absolutamente nada. Sin miedo de acercarnos a todos y a todo.

Digo “el peso del Creador y de las criaturas”: se llega a esto mediante el conocimiento y amor del Padre Bueno, revelado por Jesús.

Jesús ha elegido el mejor recurso para acercarse a nosotros, los seres humanos, haciéndose enteramente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. Y, misteriosamente, tomando sobre sus hombros la carga de nuestro pecado, muriendo ignominiosamente, crucificado, para liberarnos de toda dolencia, de todo sufrimiento, de toda enfermedad, de todo pecado y de la misma muerte (*SAN PABLO, Carta a los Filipenses 2, 6-8*).

Vivir esa Sabiduría de Dios tiene momentos amargos; no podemos vivenciar íntimamente el sabor de los planes de Dios sobre nosotros si pasamos por alto a la Cruz. Los santos cristianos -incluido san Pablo- solían decir: «*Amor meus crucifixus est*», que significa: «Mi amor [Jesús] está crucificado». O también: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida

de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (SAN PABLO, *Carta a los Gálatas 2, 19-20*). Luego viene el sabor eternamente dulce de la Resurrección. Eso es vivir la verdadera Sabiduría.

Pedro -un español que consiguió su doctorado de ingeniería en Bélgica- tuvo un discurso que se hizo viral en las redes. Nos indicó cómo había encontrado la senda de la sabiduría y de la felicidad: dejando a un lado los sueños de poderío económico, de automóviles de moda, de sueldo espléndido. A este Pedro le faltó, -con todos mis respetos-, pronunciar una palabra más, la que hubiera sido la corona de todo lo que nos dijo: la Sabiduría de los que creemos en Dios, que pasa necesariamente por la Cruz y desemboca en la Resurrección.

\*\*\*

Hay un momento en la vida en el que tú puedes escuchar dentro de ti: «No temas, que te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú eres mío» (*Isaías 43,1*).

## 7. «Tú eres mío»

El profeta Isaías se refería al pueblo de Israel, escogido por Dios; pero yo puedo aplicar esa expresión a mi persona. De hecho, la Iglesia recuerda esto con motivo de María, a quien Dios toma como suya, y la preserva de todo pecado, apoyándose en la futura entrega de su Hijo hasta la Cruz y la Resurrección.

¿De veras puedo aplicarme estas palabras de Isaías? El único que puede pronunciarlas es el Padre de quien nos amó hasta el extremo, Jesús.

Michael Czerny, jesuita, recientemente nombrado cardenal por el papa Francisco, ha elegido lema de su ministerio. Una palabra latina: «*Suscipe*». Quiere decir: «Toma». Toma mi libertad, el meollo de mi ser entero; toma mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad...Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta.

Entonces, ¿por qué me extraño de que Dios pronuncie sobre mí: «tú eres mío»? Soy, desde que fui concebido, una criatura; y es lógico que mi Creador me proclama como suyo. En ese acto, que es de amor, no sólo se realiza en mi persona la gran verdad de la Creación, sino también la de mi redención. Al ser mi Señor y mi Dueño, Dios me quita las ataduras que me impiden volar, mis fallos de fidelidad, mis pecados; y posibilita que me desenvuelva en plena libertad: la libertad de los hijos e hijas rescatados por el Hijo.

Ese «Tú eres mío» es la palanca para que yo tome la opción a favor de Jesús. Palanca necesaria para colaborar con mis hermanos para que vivamos las Bienaventuranzas.

Siendo posesión de Dios, puedo escuchar las palabras de Jesús: «Sin mí, no podéis hacer nada» (*Juan 15, 5*). “Nada”, como “todo”, son dos vocablos rotundos, tajantes, con gran carga de absoluto. Los santos y santas que nos han precedido en el camino han sido muy claros: “Nada” te turbe, “nada” te espante; “todo” se pasa, Dios no se muda (TERESA DE JESÚS).

Sin contar con Jesús, nada podemos hacer que sea provechoso. En la medida en que aceptamos el «Tú eres mío», podremos apoyarnos en la fuerza del Espíritu del amor de Dios.

## 8. Superando conflictos

Como mendigos, suplicamos a Jesús el regalo de seguir el exigente camino que Él nos señala en su Evangelio.

«No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y también sus concupiscencias, todo lo que apetece el “mundo”; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1ª *Juan 2, 15-17*).

Se producen conflictos cuando queremos realizar la voluntad del Padre; cuando deseamos identificarnos con Jesucristo siguiéndolo de cerca, caminando hacia una mayor integración de nuestra persona, al servicio de nuestros hermanos.

No podemos olvidar lo que dijo Jesús: «El que quiera seguirme renuncie a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (*Lucas 9, 23*). La renuncia a nosotros mismos se nos presenta como algo muy difícil, casi imposible; pero tiene su faceta positiva, pues se trata de amar a Dios con una sinceridad plena, con un amor tal que la persona sale del estar replegada sobre sí misma y se entrega a Jesús sin entrar en cálculos matemáticos. Para una persona así, Jesús es lo primero de todo. Cuando renuncia a algo, lo hace por amor, no por masoquismo. La cruz, por otra parte, no hemos de buscarla, porque se nos va presentando cada día, en cuanto nos ponemos a vivir el Evangelio en

lo concreto de la vida. Seguir a Jesús que lleva la Cruz supone haber comprendido la lógica de Dios, que es distinta de la nuestra<sup>9</sup>.

Repetidas veces Ignacio de Loyola nos muestra el choque frontal entre el sentir mundano y la vida que nos ofrece el mismo Jesús: hay unos peldaños que nos conducen a tropezar en el error y la mentira: la codicia de riquezas, mirar a los demás por encima de nuestros hombros y creer que somos dioses. Hay, opuestamente, una escalera que nos lleva hacia la justicia y la verdad: el desapego de las riquezas, la aceptación de nuestras propias limitaciones y el ponernos al servicio de Dios y de los demás.

\*\*\*

Al encontrarnos con Dios, si caminamos en la verdad y vamos por la senda de la Sabiduría, nos damos cuenta de que, en definitiva, lo que Dios pretende de nosotros es nuestra salvación. Entonces es cuando nos acordamos de que somos pecadores.

## 9. Dios quiere salvarme

Con frecuencia, la situación de pecado amarga nuestra existencia. Y entonces nos hemos de preguntar: ¿Estoy disgustado y amargado porque me salen mal las cosas, y quedo mal ante mis propios ojos y ante los de mis hermanos? O, mi disgusto, ¿es un sinsabor por haberme posicionado contra el plan que Dios tiene pensado sobre mi persona, ofendiendo su presencia y cercanía cargada de amor por mí?

¿Qué es más importante?: ¿dar puñetazos contra la pared, o reconocer mi pecado y pedir a mi Creador y Señor ese perdón que solamente él sabe darme? El primer peldaño para ascender hacia la paz interior es la humildad. Recordamos Francisco de Asís: «*Dammi l'umiltà perfetta; dammi senno e cognoscimento*», que significa: «Dame la humildad perfecta; dame sentido común y conocimiento».

Nos falta, quizá, vivir la voluntad salvífica de Dios sobre nosotros, sobre mi persona. La imaginación puede causarnos jugadas muy fuertes. Por algo, Santa Teresa de Jesús la llamaba «la loca de la casa».

Dios no es precisamente alguien que se esconde detrás de un muro, y que se asoma bruscamente para castigarnos apenas pecamos. Esa es una imagen falsa sobre nuestro Buen Padre. El santo cura de Ars solía llamar a Dios «le Bon Dieu», el «Buen Dios». En unos tiempos en los que aún perduraba en la Iglesia la moral jansenista, rigurosa y

<sup>9</sup> Véase: J. M<sup>a</sup> RODRÍGUEZ OLAIZOLA, S.J., *Meditaciones de papel*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2008, p. 179.

paralizante, Juan María Vianney recibió la sabiduría sobre la Misericordia del Buen Padre Dios, a pesar de que no era un hombre de títulos académicos.

«No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente»<sup>10</sup>. En momentos de agobio me conviene saborear la gran verdad sobre Dios: que Él tiene sobre mí proyectos de amor y de misericordia. Que no desea otra cosa, sino salvarme y hacerme feliz. El papa Francisco suele repetir: «Dios está siempre dispuesto a perdonarnos; espera de nosotros que le pidamos perdón». El día en que Él nos regale con la convicción de que su deseo es nuestra salvación -la mía en concreto- ese día, digo, cambia por completo nuestra vida.

Podríamos decir que, al recibir ese regalo de lo alto, redescubrimos la paternidad de Dios.

## 10. Redescubrir al Padre

San Pablo se pone de rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra, y le suplica que conceda a los cristianos, —con esa riqueza que Dios tiene para regalarnos—, el favor de ser reforzados con la potencia del Espíritu Santo (*Carta a los Efesios 1, 3-19*), El Padre, desde toda la eternidad, pronuncia sobre cada uno de nosotros la palabra hijo -o hija-, porque nos ama en el Hijo Jesús.

Nos quedamos cortos al subrayar la constante voluntad salvífica del Buen Dios sobre cada uno de nosotros. Esa Voluntad sostiene en pie nuestro ser, constituye el sentido más radical de nuestra existencia humana y cristiana. La voluntad paterna de Dios está en nuestras raíces.

Si existimos y vivimos, si gozamos y sufrimos, si trabajamos en este mundo, todo ello es posible gracias a esa constante voluntad del Padre. Aquí estriba la importancia de buscar siempre la voluntad del Padre, y, por consiguiente, la importancia del discernimiento espiritual: ¿qué quiere Dios que yo haga en este momento de mi vida? No podemos hacer cosa mejor que buscar, hallar y cumplir la voluntad de Dios.

Asombra el impacto positivo que puede causar en una persona la vivencia de la paternidad salvífica de Dios: ser consciente de que *Dios me ama de veras*; no sólo eso, sino también hacer que esa convicción

---

<sup>10</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, I, *Introducción texto, notas y vocabulario por CÁNDIDO DE DALMASES, S.I.*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1987, *Anotación 2ª* [2], p. 43.

llegue hasta el fondo de mi corazón, y allí crezca y produzca fruto: confianza en Dios y en el prójimo, sentido de vivir gratuitamente como hijos del Padre, pasmo cotidiano ante tanto bien recibido.

Para conocer la voluntad salvífica del Padre sobre cada uno de nosotros, no hay mejor camino que ponernos delante de Jesucristo, de sus obras y de sus palabras. Porque «a Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer» (*Juan 1, 18*). Jesús es la Palabra hecha carne que nos interpela en cada tiempo y lugar. Pedimos al Padre conocimiento interno de Jesús, que por mí «de Creador ha venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados» (*Ejercicios, nº53*). Se despierta en nosotros el agradecimiento.

## **11. «Enteramente reconociendo»**

Los vascos, como san Ignacio de Loyola, solían usar el gerundio en su lenguaje: en este caso, me fijo en el pequeño libro de los *Ejercicios Espirituales* del fundador de la Compañía de Jesús. «Reconociendo», o «*reconosciendo*», es una palabra muy importante en la vivencia cristiana de un caballero -o de una dama-, que sabe y vive lo que es el respeto y el reconocimiento de la dignidad de los demás. Una vivencia que conduce inevitablemente al agradecimiento, es decir, a corresponder por nuestra parte, en este caso concreto, con un ofrecimiento nuestro a Dios por tanto beneficio recibido de su mano.

Se trata de una actitud constante, que se prolonga día tras día, noche tras noche, al percibir algo muy grande: que los seres humanos le importamos mucho a nuestro Buen Padre Dios; que ese amor que nuestro Creador nos tiene se va prolongando sin cesar, continuadamente, sin cansancio alguno, porque Dios no se cansa. Se trata, por parte nuestra, de ir dándonos cuenta, reconociendo, pasando revista en nuestro corazón a esas dosis de bondad y de misericordia que Él nos va regalando.

No solamente existimos, sino que hemos sido regenerados en la vida nueva, sumergidos en el ambiente de Dios: esa vida de la que habla Jesús de Nazaret con su amigo Nicodemo: -«Si uno no nace de nuevo, no puede vislumbrar el reino de Dios...Si uno no nace de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios...No te extrañes de que te haya dicho: "Tenéis que nacer de nuevo"» (*Juan 3, 5-8*). Hemos sido rescatados, redimidos, liberados de toda opresión, de todo sufrimiento, de nuestros pecados, incluso de nuestra muerte. Es lo que celebramos en el rito del Bautismo.

Y todos estos beneficios descienden “de arriba”, «como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas»; porque el amor que Dios nos tiene es un amor dinámico, «que trabaja y labora para mi bien en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra, o sea, [que se sitúa] como un trabajador, así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dando el ser, conservando, vegetando, sensando etc.»<sup>11</sup>

Por eso, es normal que, con san Ignacio, digamos: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad; mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y poseer; tú me lo diste; a ti, Señor, lo torno; dispón según tu voluntad. Dame tu amor y gracia, que esto me basta» (*Ejercicios* nº234).

Con esa conocida plegaria concluyen los días de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio. Supone una entrega total del creyente al Señor que nos salva. Dentro de la entrega está el compromiso de seguir buscando a Dios.

## 12. Buscar siempre a Dios

Si pretendemos contagiar el fuego del amor de Dios a los demás, es decir, servirles con la actitud de Cristo que lava los pies a los discípulos, tenemos que llevar dentro ese fuego, como el brasero lleva en su seno el fuego, incluso escondido. Como decía san Alberto Hurtado, jesuita chileno, hemos de ser «un fuego que enciende otros fuegos». Pero, en concreto, ¿cómo y qué realizaciones tenemos que hacer para encontrarnos con Dios en todas las cosas, y amar a todas las cosas en Dios? Vale la pena recordar un fragmento de las *Constituciones* de la Compañía de Jesús:

«Todos se esfuercen de tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aun de todas cosas particulares, siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina Bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni esperanza de premios, aunque de esto deben también ayudarse; y sean exhortados a menudo a buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor, apartando, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Creador de ellas, a Él en todas amando y a todas en Él, conforme a la su santísima y divina voluntad»<sup>12</sup>.

Ante todo —escribe Ignacio de Loyola en los *Ejercicios*— «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras». «No todo el que

<sup>11</sup> *Ejercicios Espirituales*, o.c. en nota 10 de este libro, nº236-237, p. 135.

<sup>12</sup> *Constituciones de la Compañía de Jesús*, en SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, B.A.C. Maior 104, Madrid 2013, *Parte III, cap. I § 288*, p. 462.

dice: "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos, sino quien realiza la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (*Mateo 7, 21*). «Quien practica la justicia es justo...; tenemos que dar la vida por los hermanos...Hijitos, no amemos de palabras ni con la lengua, sino con hechos y en la verdad» (*1ª Carta de Juan 3, 7-18*).

El mismo Jesús dice: «Si me amáis, observaréis mis mandamientos» (*Juan 14, 15-21*). Añade san Ignacio: «el amante da y comunica al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que, si uno tiene ciencia, la da al que no la tiene, lo mismo con los honores, con las riquezas, así el uno al otro» (*Ejercicios nº231*).

Dios sale a nuestro encuentro antes de que nosotros nos pongamos en movimiento hacia Él. La facilidad para encontrarnos con Dios, a quien buscamos, es un regalo del Cielo. Ignacio de Loyola recuerda en su *Autobiografía*: «siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad para encontrar a Dios, y ahora [año 1553] más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba»<sup>13</sup>. Llama mucho la atención esta última frase, una de las últimas reseñadas por san Ignacio. Esa facilidad para encontrar a Dios ha de ser alimentada con lo que el santo denomina "consolación espiritual"<sup>14</sup>.

\*\*\*

La realidad de Dios es inmensa, inconmensurable, nos sobrepasa en todos los sentidos. Por mucho que lo contemplemos, siempre nos quedamos cortos.

### **13. «Aún me quedas tú»**

En un salmo que recitamos, le decimos a Dios: «Qué incomparables encuentro tus designios, Dios mío, qué inmenso es su conjunto: si me pongo a contarlos, son más que arena; si los doy por terminados, ¡aún me quedas tú!» (*Salmo 138, 17-18*).

Nuestras palabras resultan siempre cortas. Con ellas, querríamos decir muchas cosas, demasiadas para nuestra capacidad. Por eso, en muchas ocasiones, con el fin de comprender mejor las cosas grandes –y grande es el plan de Dios sobre nosotros–, nos vemos obligados a desmenuzar la infinita bondad de los designios del Señor. Troceando

<sup>13</sup> *El peregrino. Autobiografía de san Ignacio de Loyola, o.c.* en nota 4, [99], pp. 150-151.

<sup>14</sup> Véase en este libro: *El recuerdo de su sabor*, p. 26.

los acontecimientos que vamos viviendo en nuestra historia personal y que son un regalo del cielo, hacemos un esfuerzo mental y afectivo para contar su número, para ponderar su cantidad. Son tan numerosos que necesitamos un tiempo larguísimo...

No obstante, no nos quedamos quietos y satisfechos una vez que hemos barruntado la multitud de puntos de vida en los que hemos experimentado el diseño del Padre sobre nuestra persona. Sentimos la necesidad de seguir "contando", pero esta vez no focalizamos nuestra atención en los números –los granos de arena-, sino que volvemos nuestros ojos hacia el Autor de ese plan sobre nosotros. Por eso, le decimos: «Aún me quedas tú».

Comparto lo que escribió un sabio sobre estas plegarias: «Cuando el ser humano ha terminado su tarea de ir entendiendo algo de la misteriosa actividad de Dios, se encuentra con el misterio supremo: Dios mismo»<sup>15</sup>.

#### **14. «¿Quién puede abarcarte?»**

De modo semejante, percibimos la grandeza de Dios y nos consideramos muy pequeños para entender del todo el amor que Él nos tiene. Necesitamos la ayuda del Espíritu

Por eso, Pablo escribe:

«[...] Que el Mesías se instale por la fe en lo íntimo de vosotros y quedéis arraigados y cimentados en el amor; con eso seréis capaces de comprender, en compañía de todos los consagrados, lo que es anchura y largura, altura y profundidad, y de conocer lo que supera todo conocimiento, el amor del Mesías, llenándoos de la plenitud total, que es Dios» (SAN PABLO, *Carta a los Efesios* 3, 17-19).

Ante estos párrafos de la Escritura, merece la pena que nos situemos en un ambiente sereno y que alejemos de nosotros todo ruido inútil, todo pensamiento borroso, todo afecto desordenado. El amor que nos tiene el Mesías -nuestro Salvador, Jesús- no tiene medida. Amor hasta el "no va más", amor hasta el extremo, hasta dar su vida por nosotros. Nuestro Mesías es el mismo Jesús de Nazaret: el que sanaba a los enfermos cuando conseguían tocar la orla de su manto (*Mateo* 14, 34-36); el mismo a quien Pedro dijo: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tienes palabras de vida eterna, y nosotros tenemos fe, y por eso hemos llegado a saber que tú eres el Santo de Dios» (*Juan* 6, 68-69).

---

<sup>15</sup> LUIS ALONSO SCHÖKEL, S.J., *Salmos y cánticos del breviario*, Ed. Cristiandad, Madrid 1966, p. 386.

Dar vuelta a estas cosas en nuestro corazón; saborear qué significa ese amor sin condiciones, sin límites, según las dimensiones de Dios. Rogar al mismo Jesús, con insistencia, que nos regale el don de ser acogedores de su Persona, tan cercana: de admitir -aunque sea un primer paso- que no solamente es posible, sino que, en realidad de verdad, su amor para con nosotros es inconmensurable.

En los bosques hay, en ciertos lugares, árboles añejos, de tronco anchísimo. Pienso en las secuoyas de la Cordillera de Sierra Nevada, en California (EE. UU. de América del Norte). Es inútil querer abrazarlos. Algo parecido -salvando respetuosamente la distancia- nos ocurre cuando queremos abarcar la anchura del amor que Dios nos tiene.

## 15. Examen de conciencia

San Ignacio de Loyola valora mucho el examen de conciencia. No sólo porque, al examinar nuestro comportamiento, descubrimos en qué hemos faltado a la fidelidad para con Dios, sino porque, -bien entendido en qué consiste dicho examen-, resulta ser un recurso poderoso para seguir caminando como personas -hijos e hijas de Dios- conscientes de que gracias al amor que él nos tiene, crecemos en la cercanía a Él.

Se trata de una investigación íntima, muy personal, para reconocer nuestros pecados, ciertamente; es una revisión, en la presencia de Dios, de cómo vivimos el día a día. Por eso, lo primero que estamos invitados a hacer, según san Ignacio, es: «dar gracias a Dios nuestro Señor por los beneficios recibidos» (*Ejercicios Espirituales*, nº43, 2).

El hecho de reconocernos pecadores, en el ambiente de ese agradecimiento de hijos, lleva consigo una aceptación realista, cordial y pacificada de nuestra realidad personal. El dolor del alma y nuestra petición de perdón son un regalo del mismo Dios, a través de Jesús, nuestro Hermano, en quien tenemos nuestra redención y liberación.

El examen de conciencia nos ayuda a reconocernos como criaturas tuyas: limitados por todas partes, necesitados de todo; le pedimos al Padre Dios que no deseemos otra cosa que usar las criaturas para alcanzar, todos juntos, el fin para el cual hemos sido puestos por el Creador en este planeta: nuestra salvación y la de todos los seres humanos; nuestra liberación de todo lo que sea sufrimiento, enfermedad, odios, guerras y, sobre todo, de la muerte.

Al recorrer con la memoria, y en la paz, las cosas que hemos ido realizando a lo largo del día, agradecemos a Dios los muchos bienes que hemos recibido de él; directamente de sus manos, o mediante la cercanía de nuestros hermanos.

Ignacio, admirador de Francisco de Asís, gustaba también de alabar a Dios en ese tiempo del examen de conciencia: dándole gracias por nuestros familiares, amigos y compañeros; por la vida, la salud, la luz, el sol, la lluvia, la nieve, el viento, el calor, el frío, el fresco, los animales, los árboles etc. Al mismo tiempo, el santo de Loyola recordaba el gran bien de la Redención que hemos recibido por medio de Jesús; agradecía a Dios la fe, la esperanza y la fuerza de la caridad, que no son algo que viene de nosotros, sino del Buen Dios. Dios usa con nosotros una misericordia de dimensiones infinitas: su amor se extiende de generación en generación. Siempre está dispuesto a perdonarnos, porque no se cansa de querernos como Padre.

## 16. «Sólo en Dios descansa mi alma»

Un lugar de descanso, por ejemplo, un paseo por un bosque de hayas; al menos, es un alivio de las sobrecargas de esta vida. Cuando ese descanso lo consigo mediante la presencia de alguien, me doy cuenta de que la relación interpersonal es, muchas veces, fuente de sosiego: una pena compartida es media pena; un gozo compartido es doble gozo. Cuando una fuerza interior me invita a descansar en Dios, entonces –sólo entonces– puedo afirmar que allí fijaría mi domicilio para siempre.

«Descansa en paz», decimos a quienes nos han precedido en el camino. En esa paz que solamente nuestro Dios te puede dar. Los ciudadanos del Imperio Romano deseaban a sus muertos: - «*Sit tibi terra levis*», que significa: «que la tierra te sea leve». Pero eso no basta, no es suficiente. Tampoco resulta suficiente que junto al cuerpo muerto nazcan flores. Necesitamos caminar por el sendero de la fe, no sólo por el de la poesía.

El *Salmo 61* dice: «[...] Descansa sólo en Dios, alma mía, porque él es tu esperanza [...]» Experiencia profunda de la protección divina. Algo semejante a lo que hizo Ana, la madre de Samuel, que se atrevió a desgranar su alma ante Dios. El sacerdote Elí, que la veía rezar, le dijo: - «¿Hasta cuándo va a durar tu embriaguez?». Pero Ana le respondió: - «No, señor; soy una mujer acongojada; no he probado vino ni bebida que embriague, sino que desahogo mi alma ante el Señor» (*1º Samuel 1, 13-15*).

El ahogo es algo muy humano, frecuente; tan frecuente que lo asumió Jesús desde el primer momento de su vida sobre este Planeta; los quehaceres, el compromiso ciudadano, la responsabilidad familiar, la asiduidad en el trabajo: todo eso fatiga: necesitamos desahogarnos. El desahogo es un preludio necesario de nuestro descanso. Jesús de

Nazaret, en medio del reproche, se desahogó con los apóstoles en el monte de los Olivos: - «¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para no caer en tentación» (*Lucas 22, 46*).

El mismo Jesús había dicho: - «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (*Mateo 11, 29-30*). Y en otra ocasión: - «Venid vosotros solos aparte, a un lugar despoblado, y descansad un poco» (*Marcos 6, 31*).

## **17. «Al menos a tientas»**

Son muchos los que piensan que hemos perdido la referencia última, o, mejor el referente último. Nuestra generación ha perdido la ingenuidad. Se nos han nublado los ojos del corazón, y no conseguimos comprender la realidad global que nos rodea y nos penetra. Nuestra mirada está velada por cataratas opacas.

Nos hemos cansado de usar las seguridades de los hombres y mujeres del Siglo de las Luces: los conocimientos científicos y las clasificaciones de las cosas, las palabras ajustadas de los escritores y humanistas, la música de alabanza, adulación y cortesía, la separación de poderes en los Estados; incluso, a veces, rechazamos la investigación profunda en el campo de la teología, y apreciamos poco el calor del amor dentro de las familias, y el fuego de los misioneros y misioneras.

Caminamos en la búsqueda de Alguien que es nuestro referente definitivo, que lo sostiene todo, que da sentido a todas las criaturas y carga de razón nuestros atisbos de la verdad. Buscamos como si fuésemos ciegos, palpando sin ver todavía. San Pablo de Tarso ya percibió, en su tiempo, esa situación tan seria que ahora vivimos: «*[Dios quería que todas las naciones] buscasen a Dios, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; después de todo, no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos [...]* No debemos pensar que la divinidad se parezca a oro, plata o piedra» (*Hechos de los apóstoles 17, 27-29*).

Para encontrarnos con Dios, y con su Hijo Jesús, no nos basta con sentarnos en la hierba, en la orilla de un gran lago, repitiéndonos dentro de nosotros un mantra que nos toca el corazón ("Nada te turbe; solo Dios basta" ...). Aun así, nos queda mucho. No tenemos más remedio que mendigar y, como el padre del niño epiléptico, gritamos a Jesús: «¡Fe tengo, ayúdame en lo que me falta!» (*Marcos 9, 24*).

Sigue siendo verdad lo que Jesús nos dijo: «Sin mí, nada podéis hacer» (*Juan 15, 5*). Nuestro caminar, con la vista borrosa, se puede

proseguir, con una esperanza que va creciendo; entonces nuestro corazón se hace grande –también eso es un regalo de nuestro Referente último– y acogemos con gozo la paz.

## 18. El recuerdo de su sabor

Se habla y se escribe hoy, -quizá más que en otros tiempos-, sobre el discernimiento, concretamente del que lleva el calificativo de "espiritual". Al leer, en el Oficio de Lectura, unos párrafos del obispo Diadoco de Foticé sobre la perfección espiritual, se me quedó grabada una frase: «Nuestro espíritu, desde el momento en que comienza a gozar de plena salud y a prescindir de inútiles preocupaciones, se hace capaz de experimentar la abundancia de la consolación divina y de retener en su mente el recuerdo de su sabor»<sup>16</sup>.

Para aquel venerable prelado gozar de plena salud espiritual quería decir haber sido perdonado por Dios. Si a esa salud se une el desprendimiento de los afectos que tantas preocupaciones nos causan, entonces el mismo Señor nos capacita para sacudir en paz el cedazo de nuestros pensamientos y deseos, o sea, para discernir.

Nos ponemos en la presencia de Dios y le pedimos luz para descubrir su voluntad: un modo de indicarnos que lo que decidimos hacer está de acuerdo con su plan salvador sobre nosotros es precisamente lo que los santos llaman "consolación", es decir, una sensación en nuestra alma que nos empuja a «inflamarnos en el amor de nuestro Creador y Señor [...] Y ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra podemos amar en sí, sino en el Criador de todas ellas»<sup>17</sup>.

Recordar el sabor que produce en nuestro interior ese consuelo de Dios. ¿En qué consiste ese "sabor"? Muy importante es ese "sabor" para la historia personal de cada uno. ¿Se trata solamente de una verificación de que por dentro estamos ajustados y en armonía? O, ¿es algo más? Es algo más. El obispo Diadoco pondera mucho el valor de ese consuelo de Dios, que hace que, ayudados por la caridad -amor a Dios y al prójimo- distingamos entre unas cosas y otras y optemos por lo mejor, lo que a Dios más le agrada. Y cita a san Pablo apóstol: «Esto pido en mi oración: que vuestro amor crezca todavía más y más en penetración y en sensibilidad para todo. Así podréis vosotros acertar con lo mejor y llegar genuinos y sin tropiezo al día del Mesías» (*Carta a los Filipenses* 1, 9-10).

<sup>16</sup> DIADOCO DE FOTICÉ, *Capítulos*, en *Patrología Griega* 65, columnas 1175-1176.

<sup>17</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, en *o.c.* en nota 10 de este libro, nº316, pp.167-168.

Recordar el consuelo con el que Dios nos consuela: eso nos empuja a comunicar esa fuente de paz y alegría a nuestros hermanos. La consolación espiritual es difusiva y contagiosa. Nos ayuda mucho para anunciar el Evangelio de Jesús. Por el contrario, la desolación suele ser dañina para nuestro crecimiento en la fe, la esperanza y el amor. Cuando nos hallamos desolados es como si estuviésemos de noche.

## 19. «Aunque es de noche»

«Que bien sé yo la fuente do mana y corre,  
aunque es de noche.

Aquella eterna fuente está escondida,  
que bien sé yo donde tiene su manida,  
aunque es de noche.

En esta noche oscura de esta vida,  
qué bien sé yo por fe la fuente fría,  
aunque es de noche».

(SAN JUAN DE LA CRUZ).

Impresiona la noche oscura que han vivido algunos santos. El reformador del Carmelo nos ha relatado esa vivencia sirviéndose de su afinada poesía. Y, más cercana, casi contemporánea a nosotros, la Madre Teresa de Calcuta, en su comunicación epistolar con un sacerdote amigo, nos dejó páginas muy fuertes. Ella actuó sobre este Planeta movida interiormente por la ternura de nuestro Padre Bueno sobre los seres humanos. Según ella, en sus últimos meses de vida, al levantar con su arrugada mano la cabeza de los moribundos, no conseguía sentir ni ver en ellos a Jesús, cosa que anteriormente sentía.

En cierto modo, nos rebelamos contra la oscuridad, y nos sobreponemos a ella mediante nuestra esperanza. La imagen fija de la entrada a los cementerios y sus tumbas nos impresiona, sugiriéndonos un universo de quietud, la quietud de los muertos. Por encima de esa especie de bóveda plomiza que nos crea nuestra fantasía, sabemos que la noche no es nuestro último y definitivo destino. La fe cristiana nos anima a vislumbrar esa luz que, al final del túnel, va creciendo, va creciendo. Hasta que llega un momento en el que, gratuitamente, como un infinito regalo del Cielo, el telón oscuro de las sombras se alza ante nuestros ojos, y saboreamos esa Fuente que mana y corre, aunque es de noche.

Ignacio de Loyola, hombre experimentado en lo humano y lo divino, escribió: «Oscuridad del alma, turbación en ella, moción hacia las cosas

bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a desconfianza, sin esperanza, sin amor, hallándose nuestra alma toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor» (*Ejercicios* nº317). Eso es desolación; eso es también noche del alma. «Cuando hay nubes sobre el Moncayo, no vemos el sol. Espere usted un poco, que saldrá el sol», repetía un Maestro a los novicios jesuitas.

Así que hemos de armarnos de paciencia -es una virtud, unida a la fortaleza, regalos del Espíritu Santo- y pensar en la consolación que está por venir de un momento a otro, cuando Dios quiera. Al mismo tiempo, habremos de examinar si en algo hemos sido infieles a Dios. Por la parte de Dios, su amor nunca se detiene. Es como una fuente que siempre mana.

## **20. No está quieto el Señor**

Ignacio de Loyola escribe que Dios trabaja y actúa por mí en todas las cosas creadas sobre la faz de la tierra. «En los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dando ser, conservando, vegetando y sensando» (*Ejercicios* nº235). El Señor no cesa de quererme, y lo demuestra por medio de su actividad incesante en todas las cosas que están a mi servicio. Este dinamismo eterno del amor de Dios para con nosotros nos habría de mover a buscar constantemente su voluntad mientras peregrinamos sobre la tierra.

Por eso, el santo de Loyola nos anima a ver «cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia, de la suma e infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc.» (*Ejercicios* nº237).

En nuestro mundo hemos perdido, en buena parte, la capacidad de admiración, así como la cercanía a muchas de las criaturas. Hemos de despertar en nosotros estas cualidades, ya que nos acercan a nuestro Creador y Señor, humanizándonos según su proyecto de amor sobre nosotros.

La técnica y las ciencias especulativas son también criaturas, salidas de las manos de los hombres con la ayuda de Dios. Pero hemos de saber situarlas en su puesto justo, sin que sean ellas el centro de nuestro apasionamiento. Es bien conocido el ejemplo de aquel que, al señalar a la luna con el dedo, ponía sus ojos en el dedo, no en la luna.

Admirar todo lo creado, todo lo recibido, todo lo realizado con nuestro esfuerzo y la ayuda de lo alto.

Y responder desde nuestra libertad pidiendo: Dame, Señor Jesús, conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, cayendo en la cuenta completamente —«enteramente reconociendo»—, pueda en todo amar y servir a su Divina Majestad, es decir, amar a Dios en todas las cosas, y a todas las cosas en Dios.

## 21. Libertad y vida

Libertad que, en resumidas cuentas, es la que entregamos a Dios en esa ofrenda que conocemos: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad...» El núcleo más vital y vivencial de nuestra relación de amor con Jesús va haciéndose, por regalo de Dios, cada vez más fuerte; de tal manera que podemos acercarnos poco a poco a tener como referente único y principal a Jesucristo.

Para llegar a esa meta, -que es alta y supone un esfuerzo por nuestra parte-, hemos de aceptar ese amor que Dios nos regala. Resulta difícil caminar en compañía de Jesús Resucitado, con esos ojos nuestros que, en un primer momento no ven, como les ocurrió a los dos discípulos de Emaús hasta que Jesús partió el Pan y se lo dio (*Lucas 24, 13-35*).

Ponemos orden en nuestra vida y ganamos en libertad: dos cosas que van juntas, con dos condiciones: que vivamos un ambiente de paz personal; y, si puede ser, una situación habitual de consuelo y alegría; reconocemos que todo, en definitiva, depende de acoger por nuestra parte el regalo que nuestro Buen Padre nos quiere dar.

«Piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés» (*Ejercicios, nº 189*). Elegir siempre -también en la vida cotidiana- lo que agrada a Dios, sin apegos, ni prejuicios; sin simpatías que nos envuelvan y nos bloqueen.

Vivir una actitud "eucarística" -de acción de gracias-, de alabanza, de ofrecernos a Dios, una y otra vez: todo lo que hacemos y vivimos; todo eso que es realizable de veras cuando la persona está liberada de condicionamientos mundanos. Vivir con un corazón libre.

Ante estas realidades divinas, me viene el deseo de considerar de nuevo la virtud del agradecimiento. Siempre nos quedamos cortos en esa virtud. En realidad, se trata de vivir en una actitud constante de acción de gracias, de Eucaristía.

## 22. Agradecimiento

Vivir como vivió quien nos reveló que somos hijos del Padre. Un buen conocedor de los *Ejercicios* de san Ignacio dejó escrito: «[...] entonces tendremos los ojos y el corazón abiertos en todo momento a la alabanza de Dios, como Jesús, y seremos capaces de ver la acción de Dios en los acontecimientos alegres o tristes de la existencia. Y responderemos a Dios que nos ama, que se nos da a nosotros, que está presente en los detalles más mínimos de nuestra existencia, con un ofrecimiento eucarístico que abarca toda la existencia»<sup>18</sup>.

*Estar con Jesús* es algo que se cumple sobre todo y principalmente *en el corazón*; no se trata de una imitación mecánica. Ignacio de Loyola «promovió un auténtico humanismo cristiano que no es una simple opción por el hombre, sino por el hombre Jesucristo. Cristiano es el que solo quiere a Jesús, de una manera absoluta, con todo su corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas; y todo lo demás lo quiere o lo elige en subordinación a Él»<sup>19</sup>.

Un amigo ha escrito recientemente: «Todo en la vida se convierte, para el que agradece, en un “Va por ti, Señor” colmado de reconocimiento y gratitud. La relación con Dios se hace entonces como un brindis permanente, como una cálida correspondencia de detalles y agradecimientos entre Dios y el hombre, como un precioso intercambio mutuo de realidades sin fin... “¡Va por ti, Señor!, ¡iva por ti! ¡Levanto mi copa bien alta por ti, Señor!”»<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> *Ejercicios Espirituales*, o.c. en nota 10 de este libro, nº234. Véase: C. M<sup>a</sup> MARTINI, *Ordenar la propia vida. Meditaciones con los “Ejercicios Espirituales” de San Ignacio*, Narcea S.A. de Ediciones, Madrid 1994, pp. 154-155.

<sup>19</sup> C. M<sup>a</sup>. MARTINI, o.c. en nota 18 de este libro, p.160.

<sup>20</sup> ANTONIO T. GUILLÉN, *Agradecer tanto bien recibido. Ejercicios de San Ignacio*, Gasteiz-Vitoria, 2006, p 77.

## 2.- MEMORIAS DE NUEVA VIDA

### 23. Renacer

Supongo que la entrevista entre Jesús y Nicodemo fue dentro de casa, en un ambiente de intimidad y cercanía. Se juntaban allí la acogida de Jesús y la curiosidad afanosa de Nicodemo. Porque el fariseo, en el fondo, buscaba la verdad.

“Renacer”: esa es la palabra clave; la contraseña guardada en el alma de Jesús que ahora aflora, iluminando la oscuridad de la noche. Jesús dice: - «De veras, de veras te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios». (*Juan 3, 3*).

La vida, lo nuevo: tal como pronuncia Jesús ese sustantivo – la Vida- y ese adjetivo –nueva-, marcan un carácter de definitividad. Jesús apuesta por la vida y por lo nuevo, por la vida nueva, por el renacer. Qué pena que nosotros, si buscamos algún ejemplo de algo definitivo e irreversible, vayamos a dar con el paradigma de la muerte. El Hijo del Hombre –como le gusta llamarse a Jesús– es precisamente quien nos invita a buscar nuestra definitividad en esa vida nueva que anuncia a Nicodemo. - «Tenéis que nacer de nuevo», insiste Jesús (*Juan 3, 7*).

El evangelista Juan se sirve del recurso literario de la mayéutica –la estrategia de preguntar para conocer- y de una cierta ironía en el lenguaje de los protagonistas. Las interrogaciones se convierten en fuente de respuestas. Y eso en los asuntos más serios del ser humano. Por eso, Nicodemo interroga a Jesús: - «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Es que puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y nacer?» A lo que Jesús responde de modo sencillo y misterioso a la vez: - «Sí. Te lo aseguro: si uno no nace de agua y Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios».

Jesús toma posición con claridad. Comprende el Maestro la seria dificultad del fariseo. Y añade: - «Te aseguro que hablamos de lo que sabemos, y que damos testimonio de lo que hemos visto personalmente, pero nuestro testimonio no lo aceptáis» (*Juan 3, 11*).

Así, tajante, es la palabra de Jesús. La Vida; y ahora aparece la presencia del Espíritu. Eso desorienta en un primer momento a Nicodemo. La novedad aportada por Jesús es muy fuerte; resulta difícil de creer para un sabio que presume de entender las cosas de este mundo, y, aun así, tampoco acaba de comprender «lo de la tierra». El fariseo amigo se siente bloqueado. Lo que revela Jesús requiere tiempo y ambiente de adoración ante realidades que no son de aquí abajo, sino «del cielo», es decir, de Dios.

Jesús propone a Nicodemo que acoja esa Vida, a lo largo de toda su historia personal, en todo tiempo y lugar; la Vida del Espíritu que nos va abrazando en todas nuestras etapas, saliendo de nosotros mismos, viviendo al estilo de Jesús hasta sus últimas consecuencias; haciéndonos servidores de nuestros hermanos, hasta la muerte incluida, caminando al encuentro del Resucitado.

El fariseo Nicodemo bien puede ser un reflejo de lo que somos. Nos acercamos a Jesús, confiando en que él nos tiene preparada una respuesta llena de verdad; que para eso es Maestro. Y, al mismo tiempo, nos acecha el miedo, un tipo de temor reverencial a lo que él nos pueda decir. Superamos la noche. No queremos que los demás nos vean caminar hacia Jesús.

Hoy, en tiempos de globalización de las cosas y de los acontecimientos, Jesús sigue buscándonos. El Hijo de Dios desea encontrarse con nosotros. Mucha gente joven -y no tan joven- se pregunta qué es la llamada de Dios.

## **24. ¿En dónde está la llamada?**

«Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos» (*Apocalipsis 3, 20*). Este fragmento de la Escritura puede desconcertarnos.

En el fondo, deseamos que alguien llame a nuestra puerta. Porque ese sonido –el de la aldaba, y el de la voz– son el preludio de un crecimiento nuestro en el aprecio por parte de los demás. Sobre todo, cuando esa llamada es una invitación, lejos de todo intento de dominio.

Cuando el Dios misterioso nos llama, cuando quien golpea la madera de nuestra puerta es alguien tan cercano como el Hijo que nos salva; cuando se trata de una invitación que escuchamos con ganas, entonces caemos en la cuenta de lo que el poeta español –escritor del siglo de Oro– escribía: «¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras? ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío, que, a mi puerta, cubierto de rocío, pasas las noches del invierno oscuras?» (LOPE DE VEGA).

A lo largo de nuestra vida experimentamos momentos de soledad. Quizás incluso antes de nuestra adolescencia. Sin embargo, me refiero a esa especial llamada –o llamado, como se dice en Latinoamérica– pronunciada por Jesús de Nazaret: llamada transformadora, tan sonora que nos cambia el nombre.

Nuestro nombre pronunciado por un amigo, no un amigo cualquiera, sino aquel en cuyo Nombre puso el Creador las cosas y las personas en su existencia. Adán y Eva, nuestros progenitores más antiguos, recibieron la fuerza divina para nombrar a las criaturas, también a los seres humanos. Al ir las nombrando, aquellos *Homo Sapiens* –varón y mujer– se iban adueñando de todo.

Jesús, cuando llama, nos cambia el nombre. Sin embargo, la llamada de Jesús es diferente. No trata de adueñarse de nosotros, sino de comunicarnos ese Amor, para que nos dynamicemos con ese regalo. Esa cena compartida con nuestro Llamador salta como una fuente de energía conciliadora y pacificadora; cena compartida.

Merece la pena mendigar a Dios ese regalo, ese favor gratuito de percibir su llamada y responder con un sí personal.

En un mundo tan alborotado como el nuestro, se nos hace difícil escuchar la voz de Jesús. Él dice a sus discípulos: «Sabed que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin de los tiempos» (*Mateo 28, 20*). Sí, Señor, sabemos que estás con nosotros, pero estamos aturdidos por tantas cosas. Ayúdanos a entrar en tu ambiente, a salir de nosotros para avanzar hacia tu encuentro. La iniciativa es tuya; como siempre, es un regalo tuyo, es un favor, una gracia. «Maestro, ¿dónde vives?» Les dijo: - «Venid y lo veréis» (*Juan 1, 38*).

Cuando damos un paso adelante, descubrimos que la lógica divina es muy diferente de la de los seres humanos. Para Jesús, hay un camino –el suyo– para acercarse hasta nosotros: el de hacerse pequeño. Eso significa que nuestro camino de respuesta a su llamada está lleno de exigencias, de renuncia a todo lo que nos impida vivir como “pequeños”, tal como Jesús.

## **25. Dios se hace pequeño**

Está de moda entre los cristianos afirmar que Dios se hace pequeño en Jesús. Corremos el riesgo de quitar importancia a ese “hacerse pequeño” de Dios.

Lamentablemente, desde hace algunos años estamos viviendo, como si flotásemos, en una sociedad mundial «líquida», en la que nos resulta muy difícil hacer pie para seguir caminando. Un ambiente globalizante

que nos obliga a quedarnos en la superficie de las cosas y de los acontecimientos. Por eso, necesitamos adentrarnos, siquiera un poco, para comprender mejor qué quiere decir que «Dios se hace pequeño».

Dice Jesús: «Os lo aseguro: Cada vez que lo hicisteis con uno de esos hermanos míos tan insignificantes, lo hicisteis conmigo» (*Mateo 25, 40*). Quien es pequeño resulta *insignificante*. Dice también: «Si uno quiere ser el primero, ha de ser el último de todos y servidor de todos» (*Marcos 9, 35*). Lo importante es ser pequeño: *servidor de todos*. Y añade: «Os lo aseguro: No hay ninguno que deje casa, hermanos o hermanas, madre o padre, hijos o tierras, por causa mía y por causa de la buena noticia, que no reciba cien veces más en este tiempo, casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y tierras -entre persecuciones- y, en la edad futura, vida definitiva» (*Mateo 10, 29-30*).

Los discípulos del Maestro, al vivir como pequeños, sufren *persecuciones*. Y también dice: «No andéis preocupados por la vida, pensando qué vais a comer; ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. Porque la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos: ni siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero y, sin embargo, Dios los alimenta. Y ¡cuánto más valéis vosotros que los pájaros! (*Lucas 12, 24*). Los pequeños no tienen que preocuparse, porque *confían en Dios*.

Ser pequeño, por lo tanto, lleva consigo: resultar insignificante, ponerse al servicio de los demás, soportar persecuciones y confiar en Dios. Esa es la opción de Dios Padre para su Hijo Jesús. Esa es la lógica de Dios, el modo de actuar divino. Aquí no hay vuelta de hoja; es cuestión de repensar si mi vida va bien encaminada; de la mano de quien, siendo Hijo de Dios, se agachó, se encogió, no se aferró a su categoría divina y se hizo hombre: cuando se nos acerca Dios, se hace pequeño.

Quien acepta esas exigencias de Jesús es una persona libre: su vida se transforma en un remanso de paz interior. Una paz que va acompañada de esa alegría que cantan los creyentes, los que se entregan en servicio a los demás.

## **26. «Cantaré eternamente las misericordias del Señor»**

Fray Juan de la Miseria pintó un retrato al óleo de santa Teresa de Jesús. De la boca de la monja sube una cinta con una leyenda escrita en latín: «*Misericordias Domini in aeternum cantabo*», que significa:

«Cantaré eternamente las misericordias del Señor» (*Salmo 88 [89], 2*). Según cuentan, la santa censuró dicha pintura y dijo al fraile: - «Dios os perdone, Fray Juan; que me habéis pintado fea y legañosa». Ella, sin embargo, no protestó contra la leyenda de la cinta Seguidamente, a continuación de esa frase, se reza en el salmo: «Anunciaré tu fidelidad por todas las edades». Un anuncio repleto de alegría.

Teresa daba vueltas a ese salmo en su corazón. Compartía totalmente y vivía con intensidad aquella exclamación: mujer totalmente segura de la misericordia y de la fidelidad del amor de Dios para con ella. Eso era un regalo del mismo Señor. Dice "misericordias", en plural. Porque la santa carmelita veía, como luces dispersadas en la Creación y en la Historia, los inmensos detalles, incontables por numerosos, de la Misericordia divina. Es como si la Misericordia se derramase en cascada sobre todos los seres y acontecimientos, y sus aguas salpicasen aquí y allá, bañando todas las cosas.

La santa cantaba -como lo hizo María de Nazaret en el *Magnificat*-; alzaba su voz en el silencio del convento, y se sumergía en la esperanza de la vida eterna, para siempre, eternamente. Su esperanza, llena de la Misericordia, le ayudaba a vivir en el momento presente las raíces de su confianza en Dios. Porque la vida futura dinamizaba su vida sobre esta tierra. Todo era para ella regalo del Cielo.

Con su canto, Teresa de Jesús nos dice que Dios es mayor que nuestros pensamientos, que "todo se pasa", que "Dios no se muda", que nuestro Creador y Señor es persistente en volcar sobre nosotros su ternura. Que hemos de adorarlo, poniéndonos, como mendigos, en actitud de acoger esos regalos.

En definitiva, eso es la nueva Vida de la que habló Jesús a Nicodemo. Un vivir ocupado en darse todo a los demás. «Vivo sin vivir en mí»- escribía la santa de Ávila-. Vivir «descentrados», saliendo constantemente de nosotros mismos, abriendo nuestra casa para acoger a tantos necesitados de techo, de trabajo y de lugar de descanso.

Vivir la nueva Vida es algo que se celebra y festeja en la cumbre de la fe cristiana. Una fiesta muy alta, rica en esa fuerza y ese gozo que caracterizan a los creyentes en Jesús.

## 27. La última cena

La santa Cena tiene un denso contenido para nuestra fe. No sólo porque Jesús se pone en situación de servicio total, de diaconía perfecta; sino también porque allí instituye el sacramento de la Eucaristía -Acción de gracias- y nos da el Mandamiento nuevo.

Así leemos a San Pablo: «Porque yo he recibido una tradición que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomo pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: "Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía". Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto, cada vez que lo bebáis, en memoria mía"» (*1ª Carta a los Corintios* 11, 23-25).

Jesús celebra la Pascua de los hebreos, memorial de la salvación del Pueblo israelita de la esclavitud de Egipto. Esa inserción de Jesús en la tradición religiosa de su pueblo es novedad absoluta; en el caso de Dios, no hay novedad absoluta que no sea una continuidad con toda la historia de salvación (*Éxodo* 12, 1-8. 11-14).

Toda intervención de Dios en nuestra vida acarrea una novedad, pero en continuidad con toda nuestra historia precedente. Y toda intervención de Dios en la Iglesia trae algo nuevo, pero en continuidad con la Tradición. Jesús nos une a Él en esa ofrenda de su vida, y lo hace con ganas: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de mi pasión» (*Lucas* 22, 15).

La llave para entender el ser de Jesús es el lavatorio de los pies: el gesto de Jesús que nos hace comprender su vida y su muerte, toda su existencia sobre esta tierra y su misión. Jesús asume con radicalidad absoluta, hasta el fondo, la forma de siervo. En su amor a nosotros, Jesús arriesga hasta la muerte. No lo podemos ni siquiera imaginar: él mismo anuncia la traición de Judas. Y le lava los pies...<sup>21</sup>.

La Eucaristía es la Hora de Jesús. Para eso ha venido al mundo y se vuelve al Padre. Jesús se pone totalmente a nuestra disposición, en nuestras manos; se hace alimento nuestro. Nos revela, todavía más, el sentido de la Encarnación; nos revela así la esencia de Dios.

Por eso, nosotros, unidos a Jesús, adquirimos sentido cuanto más nos pongamos a total disposición ante los demás, dándoles incluso nuestra vida. La vivencia de la nueva Vida nos abre una rendija de luz, aun en

---

<sup>21</sup> Véase *Juan* 13, 1-20.

medio de situaciones oscuras y dolorosas; un gozo intenso, fuertemente luminoso, que proviene de Jesús Resucitado.

## 28. La fuerza del gozo

Se trata de una alegría que rompe nuestros esquemas habituales y va más allá de nuestras limitaciones; porque, en realidad, es un gozo tan grande que parece que no nos cabe en el corazón. Una alegría tan inmensa nos sorprende de tal modo que casi nos paraliza: una especie de explosión vital que recibimos en nuestro interior. Un gozo que nos empuja a publicar nuestra fe con claridad y valentía. Diríamos que se trata de una alegría que no podemos aguantar dentro de nuestra persona.

No es cuestión de un dinamismo psicológico, de algo que pertenece a nuestra emotividad, sino de un hecho que supera a la misma Historia y se "perenniza" -se eterniza-, porque, junto con esa luminosidad que casi nos deslumbra, resuena en nuestras personas la palabra del Redentor: «Y estad seguros de que yo estaré con vosotros día tras día, hasta el fin del mundo» (*Mateo 28, 20*).

De tal modo es toda esta vivencia, tan íntima y personalizada, que para acercarnos a Jesús glorioso hemos de servirnos de una «humildad profunda» -así decía san Francisco de Asís en su *Cántico de las criaturas*-. Nos vemos entonces necesitados de un maestro, un pedagogo -el que toma por la mano al niño y lo educa- que acompañe nuestro paso en humildad y frescura, en medio de una sencillez extraordinaria.

Es un gozo sin aspavientos, sin objetivos propagandísticos ni proselitistas. Lejos del Resucitado queda el apasionamiento por el poder y las riquezas, el engreimiento de quien se cree saberlo todo. La llaneza de los primeros apóstoles del Evangelio fue la puerta de entrada para que disfrutasen de esa «perfecta alegría que yo tengo», decía Jesús (*Juan 17, 13*) ...; «Volveré a veros y os llenaréis de alegría y nadie os la podrá quitar...Tened buen ánimo: yo he vencido al mundo» (*Juan 16, 22.33*).

Entra de lleno en el grupo de las "memorias de nueva Vida" el asunto de la Resurrección. Durante los meses de confinamiento por causa de la pandemia -que han coincidido en parte con las fiestas de la Pascua- ha sido este el pensamiento y el sentimiento que más seriamente hemos vivido.

## 29. Resurrección

Se trata de un hecho que cada uno de nosotros, con Jesucristo, experimentaremos. Confieso que, si en algún modo no lo estuviésemos experimentando ya sobre este Planeta, no tendríamos ni siquiera las fuerzas necesarias para afrontar este asunto: tema serio, muy serio, pero lleno de alegría desbordante, incontenible, diríamos que contagiosa.

Nos escudamos, entre otras cosas, poniéndonos ante las pantallas de la televisión, del ordenador y del móvil. Paradójicamente, esas pantallas, pequeñas o grandes, nos ocultan los rostros de los seres humanos, de los animales y de las cosas. Constituyen como una barrera impenetrable en donde no existen apenas rendijas o puertas accesibles por donde pueda entrar la buena noticia de la Resurrección. Hasta tal punto que nos estamos olvidando de la realidad de todo, y no encontramos tiempo y lugar para recibir la verdadera alegría.

Hace casi dos mil años, Pablo de Tarso, en una presentación de su fe cristiana ante las gentes de Atenas, en el areópago –lugar de paseo y de conversaciones filosóficas– chocó con la cerrazón de los griegos ante la resurrección de los muertos. El fracaso de Pablo fue rotundo, completo. Tuvo que callar. Con claridad les había dicho que: «Dios tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia por medio de un hombre designado por él, y ha dado a todos garantía de esto resucitándolo de la muerte» (*Hechos de los apóstoles* 17, 31).

La respuesta de aquellos griegos fue: «De eso te oiremos hablar en otra ocasión». Menos mal que Pablo, yéndose del corro, se vio rodeado de algunos hombres y de una mujer que asentían la fe de Pablo: un tal Dionisio el Areopagita, una mujer llamada Dámaris y otros. Merece la pena recordar esos dos nombres: Dionisio y Dámaris. ¿Por qué asintieron, aunque en poco número, a la predicación de Pablo?

Y es que para creer en la Resurrección de Jesús -y en la nuestra con Él-, necesitamos algo más que un pensamiento filosófico. Si hay algo, en este mundo, que nos parezca definitivo para siempre es la muerte, la visión de un difunto. Ese cuerpo muerto nos parece de piedra, como cristalizado, detenido inesperadamente como un reloj quebrado.

La comunidad de la Iglesia, al iniciar la celebración de la Resurrección en la noche de Pascua, con la ayuda de los monjes, proclama ese acontecimiento en el canto gregoriano y entona con suavidad la primera palabra: «*Resurrexi et adhuc tecum sum*», que significa: «He resucitado y sigo contigo». La sencillez de las notas musicales del tetragrama nos invita a entrar por ese camino para acceder al ambiente de adoración que necesitamos.

Acertó el compositor musical de la antifona –párrafo introductorio litúrgico-, inspirado en las palabras. Pone en boca de Jesús glorioso su comunicación con el Padre, con su “Abbá”. Siendo la Resurrección algo muy importante para todos, el mejor modo de cantarla es la sencillez: con la voz tenue de quien recibe un gran regalo que nunca ha merecido.

Ante el misterio de la Resurrección, el creyente puede quedarse pasmado y encogido, incluso temeroso. Cuentan, entre las leyendas de san Francisco de Asís, que un día el hermano León manifestó al pobrecillo – el “poverello” – su dificultad de ponerse en la presencia de Dios, pues se reconocía impuro. A lo que Francisco le dijo: «No tengas miedo. Ponte ante Dios, y quedarás puro».

El evangelista Lucas narra el encuentro entre Jesús Resucitado y dos discípulos suyos que salían de Jerusalén camino de una localidad llamada Emaús. Era el mismo día en que Jesús resucitó. Los discípulos, muy entristecidos. Sus ojos no vieron que el amigo enconradizo era nada menos que Él. Al acercarse a la aldea, él simula que va a seguir caminando, pero ellos le dicen: - «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída» (*Lucas 24, 27*).

La invitación a quedarse, que surgió desde aquellos corazones deprimidos, fue un regalo de Dios, y facilitó a los discípulos la preparación a la alegría de la fe. Cayeron en la cuenta de que era Jesús, cuando, sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. También aquellos hombres necesitaban ojos nuevos. Ojos de Resurrección. «Pero él desapareció de su vista» (*Lucas 24, 31*).

Los dos discípulos, movidos por tanta alegría, no pudieron menos que echarse a correr y regresar a Jerusalén a compartir su gozo con sus compañeros encerrados en casa.

No basta con entender. Hay que orar sobre la verdad de la vida eterna. Es necesario vivir la vida reconociendo en la fe y en la esperanza ese destino inmensamente feliz que Dios, mediante su Hijo Jesús, nos tiene reservado.

### **30. Creo en Jesús resucitado**

Me permito una reflexión más personal, si cabe, sobre la Resurrección de Jesús y la nuestra.

«Resucitó al tercer día según las Escrituras»: es una de las afirmaciones que proclamamos en el Credo de nuestra Fe. ¿A quién maestro acudir para escuchar esta verdad, presentada de modo

sencillo y honrado? Busco y rebusco entre los teólogos de fama, y me quedo siempre con la sed de entender y de gustar esa realidad, esa vivencia tan deseada: hoy, siguiendo el modo de pedir de san Ignacio, suplico al Padre «conocimiento interno» del Jesús de las cinco llagas gloriosas que pasó por la muerte y la sepultura y, por eso, fue resucitado para la vida eterna.

¿Quiénes han sido las personas que más me han ayudado a creer en Jesús Resucitado? Recuerdo que, hace muchos años, siendo adolescente, entendí que en la familia celebrábamos con seriedad la Pascua de Resurrección. Que no solamente celebramos entre los cristianos las "Pascuas" de Navidad. Comencé a entender por entonces el peso de la esperanza y de la alegría que traía consigo la Pascua -el paso- de la pasión y muerte a la resurrección de Jesús.

Poco a poco, siendo ya jesuita, he ido comprendiendo la hondura de las contemplaciones del misterio de Jesús Resucitado que se va apareciendo a sus discípulos con palabras de consuelo y de ánimo. San Ignacio de Loyola propone a quienes hacen los *Ejercicios Espirituales* que se fijen en «cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan milagrosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos de ella». Invita al ejercitante a que mire «el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros»<sup>22</sup>.

Esa referencia ignaciana al trato personal del cristiano -o cristiana- con Jesús Resucitado hace que la figura de Jesús se nos acerque.

El lector comprenderá que no me explaye en otros asuntos relacionados con Jesús Resucitado. Sólo deseo recordar las palabras que un sacerdote jesuita, polaco, anciano, me decía: «Acuérdese siempre de que el Corazón de Jesús está siempre abierto para usted».

Sea lo que sea, observo que la mejor manera de entender y saborear el misterio de Jesús Resucitado es colocarse humildemente en plan de amistad con Él. «Como un amigo habla a otro, o un siervo a su señor» (*Ejercicios* nº54).

Ya que estamos en el ambiente de la Resurrección, y, tristemente, son muchos los hombres y mujeres que están pasando por la muerte durante estos días, me parece oportuno insistir en la unión, o comunión, de los santos.

No basta con afirmar que el núcleo de nuestra fe cristiana es la Resurrección del Señor. Estamos invitados a realizar algo más: algo que nos toque el alma, que nos alivie y consuele, que nos llame a

<sup>22</sup> *Ejercicios Espirituales*, en o.c. en nota 10 de este libro, nº223-224, p. 132.

entablar con Jesús resucitado una relación de amistad, tal como digo arriba. Los verdaderos amigos son los “aseguradores” de nuestra fe y esperanza; personas que, al tratar con ellas, nos comunican ondas de verdad sobre nuestra existencia en Cristo resucitado. Ellos nos infunden la alegría tan necesaria para seguir caminando sobre este Planeta empujados por el viento del Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos. Porque Jesús glorioso ha recibido un encargo de parte de su Padre.

### 31. Misión del Resucitado

Jesús ha sido constituido Señor y Mesías. «Entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías a ese Jesús a quien vosotros crucificasteis»<sup>23</sup>. Estas palabras de Pedro traspasaron el corazón de sus oyentes. Sería estupendo que *sintiésemos y gustásemos* que Jesús Resucitado está presente en nuestra vida.

Por eso, como de costumbre, hemos de bajar de la cabeza al corazón, y del corazón a la vida, esta parte luminosa del Misterio Pascual. «Los Evangelios repiten que el resucitado es el mismo Jesús, pero también insisten en que su manera de hacerse presente a sus amigos ya no es la misma». De hecho, «tal como nos narran los Evangelios, [hay] un no reconocimiento inicial por parte de los discípulos, y un sorprendente entrar, salir, aparecer y desaparecer de la escena por parte del Resucitado»<sup>24</sup>. San Ignacio nos invita sobre todo a considerar “*los verdaderos y santísimos efectos de la Resurrección*” (*Ejercicios*, nº223). Se nos presenta a Jesús en su oficio de consolar. La corporalidad de Jesús Resucitado causa en quienes se encuentran con él un consuelo indecible. «Para Dios es más importante construir personas que destruir enemigos; recuperar a los malvados y a los débiles, que destrozarlos; salvar al mundo que condenarlo»<sup>25</sup>.

### 32. Ventana abierta a la eternidad

Hay un enlace entre la espera y la esperanza. De hecho, un amigo anciano, enfermo, mientras paseaba hacia delante y hacia atrás, manifestaba su cansancio: “¿Cuánto falta? ¿Queda mucho?” Pregunta

<sup>23</sup> Discurso de Pedro con los Once, en *Hechos de los apóstoles* 2, 36.

<sup>24</sup> A. GUILLÉN, P. ALONSO, D. MOLLÁ, *Ayudar y aprovechar a otros muchos. Dar y hacer Ejercicios ignacianos, Colección “Pastoral”,* nº 103, Ed. Sal Terrae 2018, p. 132.

<sup>25</sup> A. GUILLÉN, P. ALONSO, D. MOLLÁ, *o.c.*, p. 134.

emblemática. Los cristianos no sólo hemos de esperar “a secas”. La buena Noticia de Jesús nos habla de una espera preñada de esperanzada.

En momentos serios para todos surge la pregunta sobre la unión que existe entre nosotros y nuestros difuntos. En un artículo de un periódico español, el escritor, hombre creyente, citaba lleno de admiración unas palabras de Joseph Ratzinger -Benedicto XVI-:

«...Se puede dar a las almas de los difuntos “consuelo y alivio” por medio de la Eucaristía, la oración y la limosna. Que el amor pueda llegar hasta el más allá, que sea posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros con vínculos de afecto más allá del confín de la muerte, ha sido una convicción fundamental del cristianismo de todos los siglos y sigue siendo también hoy una experiencia consoladora. ¿Quién no siente la necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos que ya se fueron un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón?

[...] Nuestras existencias están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones. Nadie vive solo. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo. En mi vida entra continuamente la de los otros: en lo que pienso, digo, me ocupo o hago. Y viceversa, mi vida entra en la vida de los demás, tanto en el bien como en el mal. Así, mi intercesión en modo alguno es algo ajeno para el otro, algo externo, ni siquiera después de la muerte»<sup>26</sup>.

En este punto concreto -en la relación que existe entre nosotros y nuestros difuntos, sin caer en fantasías inútiles-, «no es necesario convertir el tiempo terrenal en el tiempo de Dios: en la comunión de las almas queda superado el simple tiempo terrenal»<sup>27</sup>.

Nuestra hambre y nuestra sed de continuar viviendo por toda la eternidad van parejas con la esperanza nuestra -y de los que nos han precedido- de alcanzar, todos juntos, mediante Jesús Ilagado y glorioso, el Cielo que nos tiene prometido. Se nos abre una ventana hacia la eternidad.

---

<sup>26</sup> BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe Salvi*, Roma 30 nov. 2007, § 48.

<sup>27</sup> *Ibidem*.

## 3. - MEMORIAS SOBRE JESÚS

Me pregunto cuál fue -y es- el núcleo central, el más hondo, de la Persona de Jesús, y con qué misión vino a este mundo.

### 33. En el pomo del rolo está escrito

El autor de la *Carta a los Hebreos* resume la vida de Jesús y la contempla en el rótulo del rolo de pergamino, en donde se lee: «He aquí que vengo –pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí- para hacer, ioh, Dios!, tu voluntad» (10, 7). Un sometimiento total ante el Padre. Esa es la actitud más íntima de Jesús.

Se trata del acto de obediencia más serio que en todo el Universo se ha realizado: por amor. Sí, por puro amor. Obedeciendo, el ser humano se pone en el sitio que le corresponde dentro de la Creación; obedeciendo transcurrió la vida entera del Hijo de Dios encarnado. «Que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo; y se encarnó, por obra del Espíritu Santo, en María la Virgen, y se hizo hombre» -recitamos en el Credo.

«*Et incarnatus est*»: «Y se encarnó». El recuerdo de ese momento toca hondamente el sentimiento de quienes lo rezamos; incluso los músicos se detienen y lo pronuncian lentamente en su canto. Ahí está el anuncio de la proeza del Hijo de Dios: lo que aparentemente resulta poco menos que impensable, esa actitud de vaciamiento total de sí mismo, eso es lo que hizo para siempre el Hijo obediente de Dios, quien vino a la Creación y se sometió así a la voluntad del Padre.

Si los cristianos acogemos la invitación de Dios, por medio de Jesús que nos llama a ocupar nuestro puesto dentro del creado, esa Obediencia de nuestro único Señor se perpetúa también en nosotros. Aceptamos nuestra propia realidad y nos ponemos en situación de servicio a Dios, a nuestros hermanos y hermanas, a todas las criaturas. De tal modo, que se pueda afirmar: «Donde hay caridad y amor, allí

está Dios». Comenzamos a barruntar esa gran verdad del Evangelio: mediante nuestro servicio a los demás, ayudándonos los unos a los otros a sostener nuestra Casa aquí en la tierra, podremos vivir esa nueva Vida, esa gozosa esperanza, tan contagiosa y constructiva. Solamente unidos a Jesucristo en su Muerte, obedeciendo a la voluntad del Padre, entraremos en nuestra nueva y común habitación, porque resucitaremos con Él.

Esa actitud del Verbo de Dios que tomó nuestra carne, -la de cumplir la Voluntad del Padre-, fue recalcada por la Virgen María desde el momento de la Encarnación.

### 34. Anunciación-Encarnación

Simone Martini, ayudado por Lipo Memmi, en 1333, pintó un tríptico al temple sobre tabla que se conserva en la Galleria degli Uffizzi, en Florencia: la parte central del retablo es: la Anunciación a María y la Encarnación del Señor. Expresión plástica que raya en lo sublime y nos invita a la adoración del misterio de Dios. El eje central de esa pintura es un jarrón dorado que contiene cuatro lirios blancos.

El ángel Gabriel, de rodillas, sostiene con su mano izquierda un ramo florido, mientras se inclina con acentuado respeto hacia María. El ángel habla: una leyenda asciende desde sus labios hasta el rostro de María: «*Ave gratia plena, Dominus tecum*», que significa: «Salve, llena de gracia, el Señor está contigo».

María, sentada, ha interrumpido la lectura de las *Horas* y escucha llena de pudor las palabras de Gabriel. Desde lo alto, en el centro, en forma de paloma, desciende el Espíritu Santo sobre María. María está recogida en su corazón, como abrigándose en sí misma, porque en sus entrañas entra el Hijo de Dios. Así pronuncia mejor su asentimiento al plan divino sobre ella. María dice que sí.

«La contemplación de la Encarnación ...indica a qué tipo de compromiso es llamado el ser humano. El hombre -y la mujer- no solo tiene que aceptar, sino que, imitando a María debe entrar totalmente dentro del designio divino. Acoger y colaborar sin reservas en la obra de Dios»<sup>28</sup>. Este es el modo de actuar de Dios: establece su designio -diseño- sobre nosotros desde toda la eternidad. Somos, todos, preciosos ante su mirada, aunque no nos demos cuenta. Nuestra dignidad y nuestro valor son innegables.

---

<sup>28</sup> D. MOLLAT, S.J., *La contemplación de la Encarnación...*, en revista *Progressio*, marzo 1974, pp. 19-22.

La Encarnación del Señor es un misterio insondable que solamente podemos conocer mediante la fe. La fe es un medio para alcanzar la verdad. Dios nos ama a todos, hombres y mujeres; y el motivo de su amor está precisamente en que «Dios es amor» (SAN JUAN, 1ª Carta, 4, 8). No hay otro motivo más que el amor.

### **35. Las venidas del Hijo de Dios**

Su primera venida fue según la carne, la que preparamos en el Adviento y celebramos en Navidad. Su segunda, glorioso, será al final de los tiempos, tal como él mismo nos prometió. Hay, además, una venida que podríamos llamar intermedia: la de su cercanía constante a la Iglesia y a cada uno de nosotros. Cuando nos preparamos con penitencia y oración a la Navidad, se nos presentan esas tres venidas de Jesús. Al pensar en su última venida, -la del final de los tiempos-, podemos experimentar un poco de temor a lo desconocido. Como cuando, en tiempo de pandemia, -salvando la comparación-, nos preguntamos: - ¿Cuál será nuestro futuro?

### **36. «Por ahí vendrá»**

Un niño, al escuchar de su padre una señal de peligro, alza la mano, extiende el índice y, señalando a la puerta de casa, dice: «Por ahí vendrá». Permanece tranquilo, no se altera, y repite: «Por ahí vendrá». En cierto modo, también nosotros somos como niños. Sin conocer del todo la realidad de esta vida, nos "defendemos" de las amenazas sirviéndonos del mecanismo de ignorarlas, de quererlas cancelar de nuestros afectos. Sin embargo, un peligro no se puede eliminar a través de la ignorancia: el modo más sencillo de eliminarlo es encajarlo conscientemente en nuestra persona, aceptar su existencia y proceder en consecuencia.

La vigilancia se une a la prudencia y se actúa con valentía, poniendo remedio...Pero no basta con eso para tranquilizarnos: hemos de encontrar un asidero, una roca segura, un cobijo. Somos criaturas. Los filósofos nos llaman "seres contingentes": no tenemos en nosotros mismos el peso mediante el cual consolidar nuestra existencia. Nos estremecemos ante lo desconocido. Lo queramos o no, hemos de acudir a nuestro Creador, a nuestro Buen Dios.

En el tiempo de preparación a la Navidad, los cristianos alabamos a Jesús y le pedimos seguridad y feliz ventura para continuar el camino. Deseamos que las campanas y los carrillones del Nacimiento de Jesús nos recuerden a todos lo que entonces sucedió.

En realidad, todo eso resuena a salvación, a liberación de todo tipo de esclavitud. Pero seguimos viviendo con la mirada puesta en un futuro en el que la imaginación nos presenta oscuridades. El gozo y las lágrimas de alegría se mezclan con el ansia ante lo desconocido. Entonces es cuando recordamos esas palabras del niño: - «Por ahí vendrá». El pequeño está seguro porque su padre y su madre están junto a él. Por eso, no tiene miedo.

Los fariseos preguntaron a Jesús cuándo iba a llegar el reinado de Dios, y Él les contestó: - «La llegada del reinado de Dios no está sujeta a cálculos, ni podrán decir: "Míralo aquí, o allí"; porque el reinado de Dios está a vuestro alcance» (*Lucas 17, 20-21*). No en vano dice Jesús: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (*Mateo 28, 20*). Jesús nos revela un tesoro escondido: el amor del Buen Dios, amor que nos salva mediante su Hijo, muerto y resucitado por nosotros, a quien un día todos veremos venir.

### **37. Saltos de gozo**

Los dio, en el seno de su madre Isabel, Juan el Bautista. Fueron brincos de alegría, motivados por la cercanía de Jesús, él también en el seno de su madre María de Nazaret. Fue una visita de parientes, algo acostumbrado y, al mismo tiempo, acontecimiento muy relevante para todo el mundo. Un episodio que formaba parte de lo que podríamos llamar "protocolo" de la Encarnación del Hijo de Dios.

La Madre, virgen sobre la cual ha bajado el Espíritu Santo y la ha cubierto con su sombra, no pudiendo "aguantar" dentro de sí el gozo por la Criatura que acaba de concebir, sale de su casa de Nazaret, y ella sola, de prisa, va hacia la sierra, a casa de su pariente, con la respiración contenida y la emoción a flor de piel. Corre en actitud de servicio, de ayuda afectuosa, con el deseo de ponerse a disposición de la que ya es grávida de seis meses.

Isabel, madre de quien será el profeta anunciador de Jesús, apenas oye el saludo de María que entra casa, percibe que el pequeño Juan da un salto en su vientre, y, llena de Espíritu Santo, estalla en un grito de alegría: - «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! Y ¿quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Mira, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y dichosa tú, por haber creído que llegará a cumplirse lo que te han dicho de parte del Señor» (*Lucas 1, 42-45*).

La comunicación de la Buena Noticia se comparte con gozo; esa alegría hace que acudamos con ganas al servicio de los demás; y se manifiesta

en el baile –o los saltos– típicos de los seres humanos que se saben amados por Dios.

Cuántas veces nosotros, los cristianos, echamos a faltar esa fuerza interior, esa “rasmia”, ese dinamismo imparables que nos llevaría, corriendo, a acercarnos a nuestros hermanos más necesitados del anuncio del Evangelio. Jamás deberíamos estar quietos, con los brazos cruzados, ante nuestros hermanos más vulnerables (emigrantes, descartados, perseguidos, oprimidos por nuestra sociedad). Un cristiano que ni habla, ni actúa por amor a los demás, ni vive en actitud de servicio desinteresado, pierde el tiempo. Está claro que esa fuerza la tenemos que mendigar: se trata del Espíritu Santo que nos empuja por dentro, un verdadero regalo de Dios.

María, por su parte, entonó con toda su energía el cántico de alabanza que conocemos: el *Magnificat*.

### **38. *Magnificat***

Don Marco Frisina, presbítero romano, es músico compositor de cantos, de cánticos, incluso de oratorios de gran sensibilidad religiosa y evangélica. Al presentar su “Magnificat” predilecto, en una iglesia de Città Sant’Angelo –Pescara, 2018-, Don Frisina decía: «Deseo ser fiel a la Escritura. Este “Magnificat” es muy serio. Nos muestra lo que Dios quiere que recordemos del Él: que depuso a los poderosos de sus tronos, que levanta del suelo a su siervo Israel, que pone sus ojos en la pequeñez de su esclava –María de Nazaret-, a quien ha elegido para ser Madre de Dios: una niña que canta algo tan fuerte y violento que realiza el brazo del Señor a lo largo y ancho del mundo». El momento más alto del cántico –solista y coro- es: «*Quia respexit humilitatem ancillae suae*», que significa: «porque ha puesto sus ojos en la humildad de su sierva» (*Lucas 1, 48*).

Esa mirada de Dios sobre quien es tan pequeña, precisamente por serlo, es la fuente de alegría para la Madre de Jesús. Por un regalo de Dios, María se reconoce a sí misma como pequeña, sierva, incluso esclava...En modo alguno se desprecia a sí misma, sino que se consolida en su ser y eleva la voz, y grita: - «¡Magnificat!» El anuncio de la Virgen pregona su fortísima personalidad. La humildad es su apoyo, el soporte de su alegría más íntima. Junto al Dios que todo lo puede, porque Dios es amor, no se asusta la pequeña niña de Nazaret; al contrario, en Él solo encuentra su refugio, su abrigo, su todo.

Humildad, vivencia de la alegría que nos viene de Dios, y grito difusor de nuestra confianza en Él. Vivir la rudeza, tan lejana de las fantasías

de abalorios, de escuchar de la boca de Jesús de Nazaret: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos [...] Os lo aseguro: quien no acoja el reino de Dios como un chiquillo, no entrará en él»<sup>29</sup>. Ante este espectáculo en el que resuena con fuerza la alegría de la Madre de Jesús, me pregunto: ¿acepto los signos de mi pobreza y mi debilidad? Cuando me pongo en adoración ante Dios, ¿rezo como un pobre, como uno –o una– que va a mendigar el regalo de Dios, su perdón y su misericordia?

### 39. Raíces

Apenas abierto el Evangelio según san Mateo, te encontrarás con lo que normalmente se dice “genealogía” de nuestro Señor Jesucristo:

En la vida rústica -tan añorada ahora- y en los pueblos pequeños se aprecian los detalles de las familias. Precisamente por ser harto conocidas, por desenvolverse en ambientes cerrados, sus miembros pujan por encontrar claridad en sus antepasados. Hurgan y consultan viejos libros, releen documentos familiares, tienen a gala el escudo típico de la casa, cincelado en la dovela clave del portón de entrada. Los seres humanos llevamos dentro de nosotros el deseo de adquirir reciedumbre personal, una siempre mayor solidez de presencia en este mundo, como individuos o como comunidad. ¿Dónde nació usted? ¿A quiénes conoce mejor? ¿Qué vestimenta suele usted llevar en las fiestas? ¿Ha tenido que hablar en público alguna vez? ¿Practica usted algún oficio? ¿Forma usted parte de una familia numerosa?

Te invito, querido lector, a leer estas palabras que escribió para nosotros el evangelista: «Libro del origen de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán: [...] Así que el total de las generaciones desde Abrahán hasta David es de catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, otras catorce; desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, otras catorce» (*Mateo 1, 1.17*). Jesús asume toda esa tradición anterior a su nacimiento en Belén; su Padre es Dios.

Su entrada en la Historia es enteramente libre, con la libertad infinita de Dios. Lo cual no quita que Jesús se viva a sí mismo como alguien insertado en las vivencias de los seres humanos, las nuestras. Porque Jesús es verdaderamente hombre, sin dejar de ser verdaderamente Dios.

A lo largo de su vida sobre nuestro Planeta, Jesús hablaba de sus raíces: hablaba el arameo, con acento típico de Galilea, su pueblo de

<sup>29</sup> *Mateo 18, 2; Marcos 10, 15; Lucas 18, 17.*

familia; conocía muy bien el entorno del lago de Tiberíades; sabía trabajar como carpintero; leía los sábados las Escrituras en la sinagoga; sin embargo, Jesús tuvo constantemente el deseo íntimo de dar a conocer su profunda identidad y, en esos casos, experimentó el rechazo: «Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (*Juan 1, 11*).

«Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor». El evangelista nos trae este recuerdo de Jesús pequeño, narrándonos una escena de alta sensibilidad humana y religiosa (*Lucas 2, 22-40*). Por medio de la intervención de dos ancianos, Simeón y Ana, parece que la tierra se une con el Cielo. Y todo sucede en el interior del Templo de Jerusalén.

#### **40. Lo tomó en sus manos**

La faceta terrena -la vida de cada día, con gozos y penas- se pone de relieve a través de la actitud de María y de José: los dos con un deseo de cumplir toda Ley, divina y humana; los dos fatigan por sacar adelante la vida de aquel pequeño Hijo y lo ofrecen al Padre.

Ana y Simeón están avezados, en su ancianidad, en el ofrecimiento de sus personas al Padre del Cielo, en cumplir la voluntad de Dios. Para ellos, ofrecerse a Dios es algo acostumbrado. Los dos ancianos, al ver a Jesús, quedan asombrados; tanto que casi no pueden contener en su alma tanta riqueza y satisfacción.

El lado místico de esa unión con la voluntad del Padre, lo muestran en sus palabras y en su actitud. El anciano, mientras sostiene en sus brazos a Jesús, entra en trance de profunda alegría y manifiesta: «Ahora, mi Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto la salvación que has puesto a disposición de todos los pueblos» (*Lucas 2, 29-30*). Las manos arrugadas de Simeón sostienen al Salvador de Israel y del mundo entero.

El lado bronco y duro de la vida que le espera a la Madre brota también de los labios de Simeón: «Mira, -dice dirigiéndose a María-, éste está puesto para que en Israel unos caigan y otros se levanten, y como bandera discutida -y a ti, tus anhelos te los truncará una espada-; así quedarán al descubierto las ideas de muchos» (*Lucas 2, 34-35*).

Aquí queda, llena de sugerencias e interrogantes, la profecía de Simeón, mientras la anciana «hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén» (*Lucas 2, 38*). Ni Simeón, ni Ana, pudieron permanecer silenciosos: los dos hablaron y externaron lo que llevaban

dentro de su corazón. El viejo concretó mucho las cosas; la viejita hablaba y no paraba de hablar sobre el pequeño Jesús.

Tanto Simeón como Ana –los dos sabios, regalados por Dios en su ancianidad-, miraban cara a cara ese Rostro de Dios que tanto miedo había causado al mismo Moisés. Brilló la humildad de esos dos personajes, arropados por María y José. Ante el rostro del pequeño Jesús, el Hijo de Dios que había acampado entre nosotros, Simeón y Ana, llenos de felicidad y agradecimiento, sentían en sus personas una seguridad tan fuerte que ya podían morir en paz. Habían colmado toda su existencia sobre la tierra.

## 41. Revelación parsimoniosa

Jesús se sirve de un modo muy suyo para decirnos todo lo que quiere revelarnos: siendo como es la Palabra eterna del Padre, hecha carne como nosotros, menos en el pecado, nos va revelando poco a poco quién es, su identidad. A lo largo de su vida, sin prisas, nos lo va comunicando todo. Desde sus tiempos de adolescente y joven, sufre Jesús al darse cuenta de que la gente no lo acepta y no lo reconoce como el Hijo de Dios. «Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (*Juan 1, 11*).

Durante unos treinta años, Jesús, el hijo de María, había crecido, ayudado por José, -quien hacía de padre con él-, en el ambiente de la pequeña aldea de Nazaret, en Galilea. Sin sobresalir por encima de los demás, tomaba parte en la vida cotidiana del pueblo, en los trabajos del taller familiar y del campo, en las conversaciones de los jóvenes; trataba con respeto especial a los ancianos y a las viudas, disfrutaba en las fiestas sociales y religiosas, y era un asiduo fiel en el rezo de los sábados en la sinagoga.

Jesús se sirve del tiempo para darse a conocer.

Joseph Ratzinger -futuro papa Benedicto XVI-, al tratar sobre la Infancia de Jesús, tiene presente el hecho de que el factor tiempo cuenta en el modo de desenvolverse de todo ser humano: «El hombre individual no posee plenamente su vida en ningún momento; también en el hombre individual se extiende la vida temporalmente, y sólo la totalidad de esa sucesión temporal es, en conclusión, ese hombre»<sup>30</sup>.

Jesús, al revelarnos al Padre y a sí mismo, lo ha hecho sometiéndose a las condiciones espacio temporales que lleva consigo el misterio de

---

<sup>30</sup> JOSEPH RATZINGER, *El Dios de Jesucristo. Meditaciones sobre Dios uno y trino*, Ed. Sígueme, Salamanca 1979, p. 65.

la Encarnación. Jesús nace de mujer, la Virgen María; y en un espacio puntual: Belén de Judá.

Mientras estamos en este Planeta, necesitamos del tiempo para expresarnos. A lo largo del tiempo vamos escuchando las palabras de los demás; también las de Jesús. Diríamos que, gota a gota, puestos a su escucha, vamos entendiendo, poco a poco, las riquezas insondables del Maestro. Él mismo, ya desde su infancia, fue aprendiendo, paso a paso, que vivir como niño, para él concretamente, era aprender a decir: *Abbà*, "Padre querido", "Padrecito".

Quien desde toda la eternidad es Hijo de Dios, al insertarse por amor en nuestras coordenadas del espacio y del tiempo, sigue siendo verdaderamente divino, y, a la vez, asume totalmente nuestra naturaleza humana. Jesús vive nuestra vida; se hace igual a cada uno de nosotros, en todo, menos en el pecado. Por eso, escuchamos su palabra salvadora una y otra vez, como un eco que resuena en la Historia. Otra cosa será ese "fogonazo" del entendimiento, ese instante fuertemente luminoso y global, eterno, que los sabios cristianos denominan "visión de los santos": visión totalmente peculiar, de la que todos -así espero- gozaremos en el Cielo. «Amigos míos, hijos de Dios lo somos ya, aunque todavía no se ha manifestado lo que vamos a ser; pero sabemos que, cuando eso se manifieste, seremos semejantes a él, puesto que lo veremos tal cual es» (*1ª Carta de San Juan 3,2*).

También a nosotros, en el siglo XXI, se nos sigue revelando Jesús: «A través del tiempo se nos manifiesta esa impalpable presencia de Cristo que consiste en su palabra, palabra eterna pero adaptada a una revelación parsimoniosa [...] Adoro esa tenue presencia invisible de Cristo, sólo perceptible en el eco de sus palabras»<sup>31</sup>.

## 42. «¿No es este el carpintero?»

Un sábado, Jesús experimentó el sinsabor del rechazo. «Empezó a enseñar en la sinagoga; y muchos, al oírlo, estaban pasmados, diciendo: "¿De dónde le vienen a este estas cosas? Y ¿qué sabiduría es la que se le ha concedido a este, para que tales prodigios se realicen por sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? Y ¿no están sus hermanas aquí con nosotros?» (*Marcos 6, 1-3*).

Se asustaban los nazarenos ante la presencia erguida de Jesús, y se distanciaban de él. Actitud popular, mezcla de cercanía y de respeto al

<sup>31</sup> J. M<sup>a</sup> CABODEVILLA, *365 nombres de Cristo*, B.A.C. Normal 572, 1997, pp. 129-130.

mismo tiempo. Cercanía, pues Jesús había convivido con ellos durante muchos años, y sus padres y parientes eran -cosa obvia- conocidos de todos. Distancia y rechazo a la vez, porque allí, "el carpintero", hijo de María, -quizá José había fallecido-, se había metido a intelectual y milagrero. A pesar de todo, había algo en Jesús que impresionaba: ante él, sus vecinos se sentían interpelados.

Algo notaría Jesús en su alma: la terquedad de los que lo conocían demasiado y se cerraban ante la posibilidad de que de Nazaret pudiera salir algo bueno, nada menos que un hombre sabio. Jesús se sentiría bloqueado. Se encontró como paralizado: «No pudo hacer allí ningún milagro» (*Marcos 6, 5*).

Jesús respiró hondamente, levantó sus ojos al cielo e impuso sus manos a unos enfermos. Los curó. «Y se admiraba de su falta de fe». El sabor de aquel día le resultaría agrisado. Vio que se cumplía en él un refrán muy antiguo que la gente sabía de memoria. Jesús lo repetía, una y otra vez, quizás con un deje de amargura: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa».

### **43. «Ven y lo conocerás»**

En los caminos por las aldeas de Cesárea de Filipo, Jesús «pregunta a sus discípulos: - "¿Quién dicen los hombres que soy yo?" Ellos dicen: - "Juan el Bautista. Y otros, Elías. Otros, que uno de los profetas". Pero él les pregunta a ellos: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Tomando la palabra Pedro, le dice: "Tú eres el Mesías". Pero les prohibió que dijeran a nadie esto acerca de él» (*Marcos 8, 27-30*).

[El vocablo hebreo "Mesías", -que significa el ungido por Dios con aceite santo-, fue traducido al griego mediante la palabra "Cristós", y pasó al latín y a nuestra lengua: Cristo. A Jesús de Nazaret lo llamamos Jesucristo, o sea: el Mesías Jesús, el Ungido Jesús. O, simplemente, Cristo].

Si salgo a la calle con una grabadora y pregunto al primero que pasa: «Sabe usted quién es Jesucristo?». «¿Has oído hablar de Jesús?», me expongo a una variedad de respuestas, -y eso, suponiendo que algunos hayan querido responder-.

A finales del siglo I y comienzos del siglo II, en Antioquía -Asia Menor- por primera vez los seguidores del camino de Jesús fueron denominados "cristianos", que significa: "seguidores del Cristo". Es verdad que, hasta finales del siglo IV los cristianos fueron perseguidos por los Emperadores romanos: para el Estado Romano, estaba todavía en vigor un decreto imperial: era nefasto ser cristiano: «*nefas est*

*christianum esse*». A pesar de eso, muchos soldados romanos, con su familia, eran bautizados. No faltaban entre los cristianos familias acomodadas en la Urbe, como muestran las ricas sepulturas de Roma y de otras ciudades.

El Obispo de Roma gozaba de prestigio, -como en el caso de san Gregorio Magno, (590-604)-; era quien dirimía los asuntos jurídicos más graves, porque inspiraba seguridad y confianza. Nuevos estados se iban estableciendo sobre las ruinas del Imperio Romano Occidental y, en ellos, a pesar de guerras interiores, se iba extendiendo el cristianismo. Quiero decir con esto que el Evangelio de Jesús era conocido por muchas gentes.

Hoy -me permito decir-, existe una especie de "revival" de lo cristiano. En medio de nuestra sociedad cada día más secularizada, existen chispas de fe en Jesús. Los cristianos estamos convencidos de que hemos de colaborar entre todos los seres humanos, y caminar hacia la Persona de Jesús. Ese es nuestro compromiso. Incluso ante quienes persisten en afirmar que la fe cristiana ha sido y es "el opio del pueblo". Decimos: «No tengas miedo a nadie ni a nada; ni a Jesucristo. Ven y lo conocerás».

#### **44. La mujer de Samaría**

Las mujeres destacan a lo largo de la vida de Jesús. Desde María, su Madre, hasta María Magdalena, pasando por la mujer que conversó con él junto a un pozo.

La paciencia de Dios es infinita, como su misericordia. Dios sabe esperar. Cuenta San Juan en su Evangelio que Jesús, cansado del viaje, hacia mediodía, se sentó junto al pozo de Sicar, en Samaría. Mientras él descansaba, ejercitaba la paciencia, porque esperaba que viniese aquella mujer con la que entabló enseguida una inolvidable conversación.

Jesús espera y sufre, tiene sed, porque es verdaderamente Dios y, al mismo tiempo, verdaderamente hombre. Se sienta resignado junto a la fuente cuya agua no puede coger él solo. Por eso, dice a la mujer: - «Dame de beber» (*Juan 4,7*). La mujer ni siquiera puede imaginarse que un día, hacia las tres de la tarde, el mismo Hombre que ahora le pide un poco de agua fresca, gritará agotado: «Tengo sed» (*Juan 19, 28*).

Junto al pozo de Jacob salta la perplejidad, preludio del diálogo entre Jesús y la samaritana. - «Si tú conocieras el regalo de Dios y quién es

el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva».

El diálogo que conduce hacia la salvación se ha iniciado. Como si Jesús hubiese gritado, resuena en el corazón de la mujer: «agua viva, agua viva, agua viva...» Cambian las tornas: no es ahora el agua viva el centro de la conversación, sino Aquel que es capaz de dar el agua «que salta hasta la vida eterna». Como si ni Jesús, ni tampoco la mujer, tuviesen sed del agua fresca, sino un deseo profundo de entenderse entre ellos; o, mejor, como si la serenidad de Jesús se ofreciese a la escucha de la verdad personal de quien está a punto de hablar sobre ella misma.

El ser humano, en este caso la mujer, frente a la realidad de Jesucristo, experimenta la importancia de pronunciar la propia verdad, pero no siempre lo consigue, o bien, no siempre quiere hacerlo decididamente. A veces, callamos; otras veces, balbuceamos, sin renunciar a las cosas y a las personas a quienes estamos enganchados. Un hilo, aunque dorado, nos impide quizás hablar cara a cara con el Maestro. En ocasiones, sin embargo, el hombre, o la mujer, estallan de gozo y dicen: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será el Cristo?» (*Juan 4, 29*). Así lo hizo esa mujer de nombre desconocido.

Quien se decide a dar ese paso, apoyándose confiadamente en Dios, y entregándose a la Persona de Jesús, establece con él un compromiso que llena toda su existencia y colma su sed. El pacto de fidelidad con Jesús tiene una marca de definitividad; es para siempre.

## 45. Curandero de heridas

En nuestros días, se distinguen por su altruismo los cuidadores de la salud de los pueblos: médicos, enfermeros, limpiadores de residencias y hospitales, hombres y mujeres, etc. Jesús nos ha dado especiales signos de su identidad, comenzando por la manifestación de la Misericordia del Padre.

Escribe el evangelista que Jesús «recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia» (*Mateo 9, 35*). La Comunidad de los cristianos, al hacer memoria de estas faenas de Jesús, las comenta con un salmo: «Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas» (*Salmo 146, 3*).

Esto del vendaje de las heridas me impresiona de modo particular: es misión de Jesús vendar las heridas de su Pueblo –de todos nosotros–.

Curar así es una obra de la Misericordia, a la que todos los seres humanos estamos invitados. Como el samaritano de la parábola, lo primero de todo es darnos cuenta del prójimo herido. Solamente después de verlo es cuando nos movemos a compasión. Y sólo entonces optamos por acercarnos a él y procurar su sanación. Ese proceso de acudir al hombre –o mujer– abandonado y actuar para curarlo tiene lugar cuando nos dejamos empujar por el dinamismo fraterno, dejando a un lado todo lo que nos pueda distanciar entre nosotros. Ese movimiento afectivo y eficaz no es otra cosa que participar en la rueda del amor que Dios nos tiene.

La venda se pone en silencio, sin afán de protagonismo. Como si fuese un acto de administración cotidiana, como si no tuviese importancia. Como el samaritano, usamos aceite y vino, lo que haga falta.

Esa venda tiene luego un seguimiento. El buen sanador sigue trabajando hasta el final, hasta que el herido, se recupere. Eso implica otras tareas: «Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios de plata y, dándoselos al posadero, le dijo: - “Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta”» (*Lucas 10, 25 -37*).

No basta con la venda, ni con el bálsamo necesario; hay más tarea, hay más tarea...Hay que rematar la faena, hay que poner en movimiento ese amor fraterno que nos dice por dentro: “más”.

En el mismo sentido van encaminados los relatos de las curaciones milagrosas de Jesús, como la de una mujer que sufría dolores agudos de artrosis.

## **46. La mujer encorvada**

«Estaba enseñando un sábado en una de las sinagogas. Había allí una mujer que llevaba dieciocho años enferma por causa de un espíritu y andaba encorvada, y no pudiendo erguirse en modo alguno. Al verla, Jesús la llamó y le dijo: - “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”. Y le impuso las manos. En el acto se puso derecha y empezó a alabar a Dios» (*Lucas 13, 10-13*).

Tenía que ser precisamente Lucas, -el evangelista de la misericordia, de la compasión y de la ternura de Dios-, quien nos recordase esta curación obrada por Jesús. Son muchos los casos de seres humanos que provocan la compasión en los Evangelios, pero este -la mujer encorvada, que solamente nos narra Lucas-, causa un impacto singular. Ella tenía que mirar al suelo, por fuerza: para no tropezar en su camino y para evitar el agudo dolor de su columna vertebral. Una

mujer agachada, curvada, lenta en su movimiento, que arrastraba sus pies. Una hija de Dios en medio de la asamblea, que pasa casi inadvertida porque allí acudiría todos los sábados, como suele ocurrir en nuestras reuniones cristianas.

Recuerdo dos casos semejantes: la sacristana de un pequeño pueblo de los Pirineos, encargada de abrir el portón de la iglesia a media tarde, antes del rezo del rosario. Era puntual. Podrían suprimirse los relojes y las campanas, porque ella era exacta cumplidora de su encargo. Otro caso: otra anciana, soltera, necesitada siempre de hospedaje. Lloraba lastimosamente por el mero hecho de tenerse que acurrucar para entrar en un taxi. También ella era una mujer encorvada. Nunca podía erguirse, siempre quejosa, pero sin molestar. Si Jesús se hubiese encontrado con estas dos mujeres, seguramente les habría liberado de su dolencia.

San Pedro, al referirse en público a Jesús de Nazaret lo califica como aquel que «ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (*Hechos de los apóstoles* 10, 38).

#### **47. «Estuve enfermo»**

Es bueno acercarnos a quienes están enfermos. A veces no tenemos nada que decirles, y no hace falta. La presencia es lo que cuenta, no la palabrería. Presencia es consuelo, comprensión, entrega afectuosa, apoyo en la superación.

Imitar a Dios que se nos acerca en su Hijo y comparte con nosotros nuestra carne y nuestra sangre. Desde la cabecera de la cama, el enfermo puede divisar, -si está allí en figura-, a Jesús Crucificado. Esa imagen ayuda mucho. A veces, el enfermo no tiene que hacer absolutamente nada, sino descansar.

«Sucedió que, estando él en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra; al ver a Jesús, cayendo sobre su rostro, le suplicó, diciendo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Y extendiendo la mano, lo tocó diciendo: "Quiero, queda limpio". Y enseguida la lepra se le quitó» (*Lucas* 5, 12-13).

¿Qué plegaria hacemos ante este evangelio?: «Palpa con el tacto, pasa tu mano, acaricia, abraza y besa los sitios que pisa y toca Jesús. También puedes dar la mano, abrazar o besar tanto a Jesús como a alguno de los personajes que estás contemplando. Para finalizar,

recoge tu rato de oración haciendo un coloquio con el Señor, “como un amigo habla a otro amigo”»<sup>32</sup>.

Impresiona la carga de sabiduría cristiana que el papa Francisco muestra al conversar con médicos y enfermeros: «Es de esperar que las casas de cura sean cada vez más casas de acogida y de consuelo, donde el enfermo encuentre amistad, comprensión, amabilidad y caridad. En resumen, encuentre humanidad. El enfermo no es un número: es una persona que necesita humanidad [...] Es necesario no dejarse absorber por los “sistemas” que sólo apuntan al componente económico-financiero, sino actuar un estilo de proximidad a la persona, para poder asistirle con calor humano frente a las ansiedades que la afectan en los momentos más críticos de la enfermedad [...] La proximidad también es —digamos así— el método que Dios usó para salvarnos. El Dios de la proximidad se hizo próximo en Jesucristo: uno de nosotros. La proximidad es la clave de la humanidad y del cristianismo... Los enfermos se convierten en signos vivos de la presencia de Cristo, el Hijo de Dios, que vino a sanar y a curar, asumiendo sobre sí nuestra fragilidad»<sup>33</sup>. Jesús dijo: «Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis [...] Estuve enfermo y me visitasteis...» (*Mateo 25,40*).

## 48. Sin dinero en la faja

El mismo Jesús que sana es el Maestro que exige a los discípulos un desprendimiento de todo, y el desapego de muchas cosas y situaciones que atan el corazón y lo embotan, concretamente de las riquezas y el dinero.

«Jesús convocó a los Doce y los fue enviado de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les prohibió coger nada para el camino, sólo un bastón: ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja; que llevaran sandalias, sí, pero no ponerse dos túnicas» (*Marcos 6, 7-8*).

Los enviados de Jesús habían de confiar en la gente. Tener dos túnicas era cosa de ricos. Francisco de Asís quiso leer y digerir el Evangelio, pero no sus glosas ni añadiduras. Era el modo de mantener al mismo tiempo la sobriedad de Juan el Bautista y la mansedumbre de Jesús. Se trata de fiarse de la Providencia de Dios. Es el mejor sendero para

<sup>32</sup> A. CANO – A. LOBO, S.J., editores, *Más que salud. Cinco claves de espiritualidad ignaciana para ayudar en la enfermedad*, Ed. Sal Terrae, 2019, p. 69.

<sup>33</sup> PAPA FRANCISCO, *A los miembros del grupo Villa María care & research*, 1º febrero 2020.

alcanzar la humildad que los hijos de Dios necesitamos, con el fin de agradar a Dios y servir a los demás.

Humildad sin humillaciones es cosa imposible. Por consiguiente, es bueno pedir a Dios que nos conceda alguna humillación: algún "espere un poco, que enseguida le atiendo"; o: "¿quién es el último de la fila?"; "ya viene usted a complicarme la vida"; "¿para qué quiere usted los ojos, si no se fija?".

Es todo un arte cruzar el puente que va desde las humillaciones hasta la humildad. El maestro es Jesucristo. «Se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz» - escribe San Pablo (*Carta a los filipenses 2, 5-7*). En un primer momento, hay que tragar la humillación concreta, cayendo en la cuenta de que somos criaturas y, por lo tanto, limitados; no somos perfectos y, a veces, ni siquiera somos buenos. Y así, colocando nuestra humillación en su puesto, dar gracias a Dios porque nos mantiene en vida, nos conserva en nuestra identidad personal, nos pone al alcance los alimentos y las ropas que necesitamos y, es más, nos libera de nuestras angustias y pecados. Ahora es cuando nos percibimos como hijos del Padre Bueno.

Nos acordamos de Jesús: «No andéis preocupados qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Son los paganos quienes ponen su afán en esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del Cielo que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero que reine su justicia; y todo eso se os dará por añadidura» (*Mateo 6, 31-33*).

Los Hermanos Menores -como digo arriba- entendieron al pie de la letra el Evangelio: «Si en algún lugar nos encontramos con alguna moneda o dinero, no le prestemos mayor atención que al polvo que pisamos con los pies: porque eso es vanidad de vanidades, y todo es vanidad (*Eclesiástico 1,2*)»<sup>34</sup>.

## 49. «Arrimad el hombro»

Las enseñanzas de Jesús suponen que sus seguidores conducen una vida verdaderamente fraterna: son todos hijos e hijas de Dios. Entre ellos tienen que practicar la paciencia, soportándose los unos a los otros.

«Arrimad el hombro a las cargas de los otros, que con eso cumpliréis la ley del Mesías. Por supuesto, si alguno se figura ser algo, cuando no es nada, él mismo se da el timo...Cada uno tendrá que cargar con su

<sup>34</sup> SAN FRANCISCO DE ASÍS, - *Primera regla* §§ 8-9.

propio bulto» (SAN PABLO, *Carta a los Gálatas* 5, 2-5). Ayuda mutua. No me gusta dar consejos a mis hermanos, pero sí que os transmito lo que san Pablo nos aconseja a todos, siguiendo las huellas de Jesús.

Para que haya paz en una comunidad, es necesario que sus miembros estén dispuestos -y de hecho lo realicen- a ayudarse los unos a los otros. San Ignacio de Loyola escribió: «Su mayor y más intenso oficio debe ser buscar en el Señor nuestro su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles»<sup>35</sup>. En los decretos emanados por las Congregaciones Generales de los jesuitas se dice: «La solidaridad y responsabilidad de cada uno de los miembros de la Compañía respecto de ella debe manifestarse en el conocimiento de su espiritualidad, de su historia, sus santos, sus obras, sus hombres, sobre todo de los que se encuentran en dificultades por causa de Cristo, y en mantener la movilidad y disponibilidad ignaciana para ayudar a cualesquiera regiones de ella»<sup>36</sup>. La disponibilidad para el servicio apostólico supone muchas veces sacrificar el propio amor, querer e interés.

En nuestra sociedad, cada uno vamos a "nuestra bola" -como se suele decir en lenguaje coloquial-. Celosos de nuestro éxito personal en todo lo que emprendemos, concentramos, instintivamente, nuestros sentidos en las cosas, grandes y pequeñas, de cada día, evitando que los demás sofoquen nuestro trabajo. Pero no es eso lo que san Pablo nos dice: nos anima a llevar sobre nuestros hombros el peso nuestro, y añadir el de los demás.

Eso supone una actitud especial: porque, en primer lugar, hemos de fijarnos en la carga que soportan nuestros hermanos; y, así, midiendo nuestras propias fuerzas, tomaremos la decisión de echar una mano - cuando no es toda nuestra persona-, con el objetivo de aliviar el peso de nuestros prójimos.

Esa es la "ley del Mesías", de Jesucristo, quien, «no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte en cruz» (SAN PABLO, *Carta a los Filipenses* 2, 6-8).

---

<sup>35</sup> *Constituciones de la Compañía de Jesús*, en o.c. en nota 12 de este libro, *Examen*, cap. IV, [103], p.422.

<sup>36</sup> CONGREGACIÓN GENERAL XXXI -1965/1966-, doc. 19, n. 6a.

## 50. «Os lo repito: estad alegres»

Con lo dicho hasta aquí, ya vemos que la actitud normal, de cada día, del seguidor de Jesús ha de ser la alegría, tal como nos la recuerda san Pablo.

Alegría, "en el Señor", o sea, en Jesús. «Alegraos siempre en el Señor. Lo repito: ¡alegraos!» (SAN PABLO, *Carta a los Filipenses* 4, 4).

Una insistencia, la de san Pablo, que estalla en luz, como la música del cuarto tiempo de la *Novena Sinfonía* de Ludwig van Beethoven -pido disculpas por la comparación-. La alegría a la que se refiere el Apóstol cobra sonoridad en medio del volumen "piano" y sencillo de la vida cotidiana de los seguidores de Jesús, vida ofrecida en la paz del servicio a los demás.

Porque servir a los demás, -como lo hizo Jesús-, genera mucha paz y alegría en el corazón. Esa serena alegría que encaja perfectamente con la comprensión de la realidad que nos rodea, comenzando por nuestros hermanos y hermanas. La misma actitud interior que llevó a santa Teresa de Jesús a escribir: «Nada te turbe, nada te espante». San Pablo añadía en su carta a los filipenses: «No os agobiéis por nada». Esa rotundidad que lleva dentro la palabra "nada", aceptada hasta la médula del alma del creyente, es capaz de pronunciar el agradecimiento necesario para seguir viviendo con sensación de plenitud.

Cuentan que santa Teresa de Calcuta, durante los meses últimos de su vida continuaba su servicio de asistir a los moribundos que encontraba en la vera de las calles y caminos. Colocaba su mano arrugada bajo la nuca de aquellos miserables, y ese gesto le salía del alma empujada por la ternura de Dios. Nuestra Teresa de hoy repetía, una y otra vez, el protocolo de la caridad cristiana, como si estuviese viendo -aunque entonces no lo conseguía ver- el rostro del mismo Cristo. Solamente la alegría interior de la que escribe san Pablo era el soporte vital de aquella mujer albanesa. Ella podía seguir dando gracias a Dios, aunque se hallaba en situación de oscuridad interior.

El apóstol Santiago -el presidente de la comunidad cristiana de Jerusalén- escribe también sobre esta alegría cristiana y la reviste de paciencia:

«[...] Mirad cómo el labrador aguarda la valiosa cosecha de la tierra esperando con paciencia a que reciba la lluvia temprana y la tardía. No perdáis la paciencia también vosotros, reforzad el ánimo,

que la venida del Señor está cerca»<sup>37</sup>. Eran todavía pocos los cristianos de Jerusalén; vivían una cultura agrícola. Sabían que el Salvador iba a venir, glorioso. Vivían con la alegría pacificada, en espera confiada, como los pacientes labradores.

## 51. La sal insípida

Los discípulos de Jesús hemos de ser sus testigos, nos digan lo que nos digan. Hemos de tener cuidado en conservar el sabor de Jesús.

«Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se pone sosa, ¿con qué se salará? Ya no sirve más que para tirarla a la calle y que la pisotee la gente» (*Mateo 5, 13*).

Jesús lo sabía: es triste la insipidez de la sal. A base de muchas comidas entre amigos se van tejiendo las grandes amistades, consumiendo numerosos granos de sal. Incluso entre los animales, la sal atrae a las madres cuando lengüetean la cabeza del ternero, o de la oveja, recién nacidos y frotados con sal por el pastor.

La sal, hacedora de incorruptibilidad, simboliza la alianza permanente de Dios con su Pueblo -que ahora somos nosotros-. Hemos de pronunciar, con la fuerza del Espíritu Santo, el nombre de Jesús. Proclamar públicamente que él es el Señor de todo lo creado; y realizar, con todas nuestras energías -con nuestra sal- la curación de los enfermos, la desaparición de los miedos de muchos, la eliminación pacienzuda de nuestras depresiones, el acompañamiento en los duelos, el crecimiento de nuestras relaciones amistosas, el respeto a la casa común que se nos ha dado por nuestro Creador.

«Los discípulos de Jesús estamos llamados a alejar de la sociedad los peligros, los gérmenes corrosivos que inquinan la vida de las personas. Se trata de resistir a la degradación moral, al pecado, testimoniando los valores de la honestidad y de la fraternidad, sin ceder a los halagos mundanos del arribismo, del poder y de la riqueza»<sup>38</sup>.

Salerosos hemos de ser, no insípidos de corazón. De ningún modo hemos de dejarnos llevar por la sosera, presentándonos como momias ante los demás. Es el camino alegre de la Buena Noticia: el Evangelio. El plan de nuestro Dios es reunirnos, al final de los tiempos, en esa mesa grandísima del banquete del Reino de los Cielos.

---

<sup>37</sup> SANTIAGO, *Carta 5*, 7-8.

<sup>38</sup> PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, 9 febrero 2020.

Así, sirviéndose de parábolas, Jesús habla a sus discípulos y a la gente. Les revela los secretos del Reino de Dios. Junto a la sal, el Maestro se refiere a la luz, la que sirve para iluminar la casa cuando es de noche.

## 52. Lo escondido y la luz

Sigue diciendo Jesús: «¿Acaso se trae la lámpara para meterla debajo del perol -el celemín que conocían los campesinos- o debajo de la cama? ¿No es para ponerla en el candelero? Porque si algo está escondido es sólo para que se manifieste, y si algo se ha ocultado es solamente para que salga a la luz. ¡Si alguno tiene oídos para oír, que escuche!» (*Marcos 4, 21-23*).

A los pobres en el espíritu les dice “esas cosas” que no quieren escuchar los soberbios de corazón, los que se tienen a sí mismos como sabios y entendidos, aferrados a sus egoísmos y posesiones (*Lucas 10, 21-22*). Jesús va llenando el corazón de los que le siguen con verdades, una detrás de otra. Llegará el momento -la “hora”- en que esas verdades serán manifestadas a plena luz del día por los discípulos. El evangelista Marcos es partidario de poner énfasis en que Jesús es el Mesías, el Salvador misterioso, el celoso guardador de su secreto que, por otra parte, nos lo va comunicando poco a poco, y se sirve de parábolas.

Lo importante, cuando llegue el momento oportuno, es que ese secreto escondido estalle en toda su luminosidad, se publique a los cuatro vientos, porque se trata de la Buena Noticia para todos los seres humanos y para toda la Creación. La comunicación de los secretos de Jesús acarreará consecuencias dolorosas a quienes los proclamen, incluida la muerte violenta. La llama del Evangelio quema de veras.

Es arriesgado sacar a la luz “esas cosas” reveladas por Jesús de Nazaret. De ordinario, nos atrevemos a mencionar las palabras del Señor, pero solemos tener cuidado de no comprometernos con ellas. Por ejemplo: ¿amamos de veras a nuestros enemigos?

La alegría del Evangelio es difusiva, como el sabor de la sal, como la luz. De esa difusión de la alegría nos habla Jesús en una de sus parábolas.

## 53. La mujer, la moneda y la alegría

Qué difícil resulta mantener la alegría. Es algo más que bienestar y, sin embargo, la sensación de sentirnos cómodos y en nuestro sitio parece que tiene que ser un paso previo a la alegría. Ojalá estuviésemos todos

en nuestro sitio justo, en el lugar que, en justicia, nos corresponde estar dentro del concierto de las criaturas. Porque vivir en situación de reconciliación es estar dispuestos a recibir el regalo de la alegría.

La Creación se vive muchas veces –la mayoría– en ambiente de microcosmos, es decir: en esa área del cosmos cercana a cada uno de nosotros: la familia, la casa, la escuela, el trabajo, el huerto, la calle, la iglesia, la fiesta, la plaza, el parque, el regalo, etc. También ahí, en ese mundo a nuestra medida, recibimos la alegría.

Para mostrarnos en qué consiste la alegría, Jesús se sirve de unos relatos en los que, a primera vista, aparece un pastor, un ama de casa, un padre con dos hijos. No son ellos los protagonistas de las parábolas del Maestro de Nazaret, sino el Padre del Cielo, fuente de perdón y de alegría. Digo fuente en este caso, porque detrás de todo está la Misericordia divina.

Me fijo en la mujer, ama de casa, que tiene diez monedas y pierde una (*Lucas 15, 8-10*). Las casas romanas de tiempos de Jesús tenían pavimento de ladrillos, y sus patios estaban decorados con cantos rodados, incluso con trazados elegantes por medio de teselas de colores. De la bolsa de la mujer cae, por descuido, una dracma, el sueldo de un día de trabajo.

En una primera búsqueda, la moneda no aparece. El ama de casa barre el pavimento, miraba entre las plantas del patio. Nada. Cansancio y fatiga inútil. Por fin, en el sitio más inesperado, aparece la moneda. Se agacha enseguida; mira el metal con la efigie del Emperador y su leyenda «*Tiberii Caesaris Augusti*», que significa: «De Tiberio César Augusto». Respira, se seca el sudor y sale corriendo de casa. ¡Encontré la dracma! ¡Encontré la dracma!

Jesús se sirve de algo tan común y sencillo como el apego al dinero, un afecto explicable, sobre todo en la economía doméstica. Hoy nos preguntamos si esa alegría del ama de casa es desmesurada: total, por una moneda...Sin embargo, aquel gozo llena el corazón de la mujer y le empuja a exteriorizar lo que siente: una alegría contagiosa, que, a su vez, produce alegría en los demás. Como la Buena Noticia del Reino de Dios y de su Misericordia.

## 54. El banquete

Entre los hechos portentosos –“signos” los llama san Juan en su Evangelio– están los que manifiestan el deseo de Jesús de que todos participemos en el futuro banquete del Reino de los Cielos.

El banquete es símbolo de una realidad que nos espera; y que nosotros esperamos. Nuestra confianza en el Buen Padre Dios nos mantiene en situación de espera esperanzada. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados» (*Mateo 5, 6*): sabemos que, tarde o temprano, la justicia llega. El Señor nos ayudará a poner cada cosa en su sitio; cada uno de nosotros en el lugar que nos corresponde, según la "lógica" del amor que Dios nos tiene. Entonces podremos celebrar ese Banquete prometido; con un traje nuevo, como el que viste el hijo pródigo arrepentido y perdonado (*Lucas 15, 22*).

Junto al lago de Tiberíades, en Galilea, el Maestro y sus discípulos se ven en un grave aprieto, una circunstancia apremiante: una gran multitud se ha reunido en torno a Jesús. Se cierne ya la tarde y todos comienzan a sentir hambre. Jesús dice a sus discípulos: - «Dadles vosotros de comer». Según el evangelista, «eran como ovejas sin pastor», gentes que tienen dificultad en dar sentido a sus vidas, abandonados, descartados por sus dirigentes. Cinco panes y dos peces son suficientes para saciar el hambre de cinco mil personas adultas (*Marcos 6, 34-44*). Acontece algo serio.

Los cristianos que proclamaban ese suceso como Buena Noticia sabían que Dios nos alimenta por dentro, con su totalidad divina; pero no se olvida de nuestro cuerpo necesitado del pan. Y cuando nos alimenta, lo realiza "a lo Dios", espléndidamente, sin distinción de personas -somos hijos e hijas adoptivos del Padre-.

En toda la Creación, la única criatura que lleva dentro de sí el deseo de superarse a sí misma somos los seres humanos. Una superación -un "más", como diría Ignacio de Loyola-, un impulso hacia una convivencia fraterna de todos, sin excepción alguna. La gente se había distribuido, sentados sobre la hierba verde, en corros de cien y de cincuenta. Se entendían entre sí, porque todos experimentaban la misma hambre y sed.

Ante la multiplicación de los panes y los peces corremos el riesgo de lanzar al aire nuestras especulaciones sobre cómo explicar lo que pasó. Sin embargo, la interpretación científica -la que valora los pesos y las medidas de las cosas- no alcanza a comprender, si está sola, la verdad profunda del milagro: se trata de la estupenda noticia de que todos nosotros, un día, de veras, tomaremos parte en ese Banquete. Por parte de Dios, la mesa estará servida, caliente el pan y envejecido el vino.

## 55. «¿Todavía no comprendéis?»

Poco después de ese prodigio de los panes y los peces -quizá fueron dos milagros semejantes-, con ocasión de la mente obtusa de los discípulos, Jesús les preguntó:

«¿Por qué os decís entre vosotros, gente de poca fe, que no tenéis panes? ¿Todavía no comprendéis?; ¿no os acordáis de los cinco panes de los cinco mil hombres y cuántas cestas cogisteis?; ¿ni de los siete panes de los cuatro mil, y cuántas espuertas cogisteis? ¿Cómo no comprendéis que no os hablaba de panes? Pero ¡cuidado con la levadura de los fariseos y los saduceos! Entonces entendieron que no había dicho guardarse de la levadura de los panes, sino de la enseñanza de los fariseos y saduceos» (*Mateo 16, 8-12*).

Poco antes de estas preguntas, Jesús había dejado plantados a los fariseos y saduceos. Le habían tentado, pidiéndole una señal del cielo. Jesús les había respondido que, ya que, mirando al cielo, sabían interpretar el tiempo que iba a hacer, se extrañaba de que no supiesen entender la señal de cada momento. Y se refería a la llamada de Dios al arrepentimiento, como en el caso de los habitantes de Nínive: el regalo de la penitencia y del perdón: eso sí que es señal del cielo.

Los fariseos habían tentado al Maestro, proponiéndole que diese una muestra de su poder, algo que llamase la atención. Buscaban un Mesías que llevase al pueblo de Israel hasta el triunfo sobre los demás pueblos. Ahora, cuando Jesús y sus discípulos han atravesado el lago de Galilea y han llegado a la otra orilla, Jesús les previene, con un reproche de amigo, acerca de la «levadura» -las enseñanzas- de los fariseos y saduceos, quienes aspiraban a recibir un Mesías político y guerrero.

No hemos de quitar importancia a los milagros de Jesús, como en el caso de la multiplicación de los panes y los peces: prodigio que impresionó mucho a los discípulos -como es natural-; tanto, que, apenas Jesús menciona la levadura, ellos se acuerdan de los panes. Sus discípulos no se sentían incómodos frente a lo milagroso, sino que lo vivían con sencillez.

Fijo mi atención en la pregunta de Jesús: «¿Todavía no comprendéis?». Por algo el evangelista Marcos, al narrar este mismo pasaje, pone en boca de Jesús: «¿Aún no comprendéis ni entendéis, tenéis endurecido vuestro corazón, *teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís?*» (*Marcos 8, 17-18*. Jesús cita al profeta Isaías). Es un reproche parecido al que hizo a los dos discípulos que, después de haber resucitado Jesús, se dirigían en su compañía hacia Emaús: «¡Qué torpes sois y qué lentos para creer en todo lo que dijeron los profetas!» (*Lucas 24, 25*).

## 56. «...de estas hacéis muchas»

Jesús denuncia públicamente la hipocresía de los fariseos. Ellos, y los escribas, venidos de Jerusalén, preguntan a Jesús: «¿Por qué razón no siguen tus discípulos la tradición de los mayores, sino que comen el pan con manos impuras?» Él les contesta: “Qué bien profetizó Isaías acerca de vosotros, hipócritas, como está escrito: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos’. Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres» (*Marcos 7, 5-8*).

Añade Jesús que algunos, en lugar de solventar la estrechez económica de sus padres, ofrecían ese dinero al templo, «invalidando el mandamiento de Dios con esa tradición que os habéis transmitido. Y de estas hacéis muchas» (*Marcos 7, 13*). ¿A qué cosas se refería Jesús?

Con toda llaneza, Jesús echa en cara a los fariseos que se olviden hipócritamente de sus progenitores; pues dejan a un lado el gran mandamiento del amor a Dios con todo el corazón -y, concretamente, el amor al padre y a la madre mediante la ayuda económica-. Así es Jesús, inflexible cuando se trata del mandamiento que toca de lleno en el corazón del ser humano.

Me pregunto ahora si tengo que arreglar algunas cosas en mi relación con Dios, con mis seres más queridos y con todos; ¿pongo la atención central de mi persona en la vivencia del amor fraterno, en lugar de ponerla en abalorios y flecos inútiles? Los fariseos “observantes” habían creado una discriminación dentro del pueblo judío. Es imposible que honremos a Dios, mientras nos desentendemos de los demás.

## 57. Las bienaventuranzas de Jesús

Merece una consideración especial el denominado Sermón del Monte. Jesús toma asiento en una colina cercana al lago de Tiberíades -el “mar” tan querido por él-. Como nuevo Moisés, -legislador y profeta-, sube al monte y pronuncia, en primer lugar, las bienaventuranzas (*Mateo 5, 1-9*). El único referente de los cristianos es ahora el Hijo eterno de Dios que se hizo hombre.

La ley nueva que trae Jesús se concentra en un mandato que él mismo pronunciará con ahínco durante la última cena con sus discípulos: un

mandato "nuevo": «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.» (*Juan 15, 12-13*).

La primera impresión que algunos pueden tener al escuchar las bienaventuranzas es como si ellas enunciasen algo demasiado chocante, incluso contradictorio; como si Jesús no tuviese en cuenta la dura existencia humana. Sin embargo, el Maestro no se distancia de la realidad de nuestra vida, con sus alegrías y penas. Jesús habla al pueblo de aquella Palestina en la que los territorios de Israel, de Samaría y de Galilea estaban insertados, entre otros, bajo la dominación romana.

Jesús habla, por tanto, en medio de una sociedad en la que abunda la pobreza y la tensión social, económica, política y religiosa. Se dirige a los pobres, comparte el dolor de los afligidos, alaba la actitud de los mansos y de los limpios de corazón; no tiene miedo a declarar bienaventurados a los que trabajan en favor de la paz, y proclama dichosos a los perseguidos por causa de la justicia.

El sentido común nos dice que nunca podremos eliminar del todo las situaciones de descarte de las personas, de insultos proferidos contra los mansos, de atentados contra la vida de los constructores de paz, en fin, del rechazo contra quienes se esfuerzan por lograr la reconciliación entre todos. Surge la pregunta: ¿Cómo casar la segunda parte de cada bienaventuranza -la que corresponde a la felicidad futura- con la concreta situación personal de los seres humanos a los que Jesús se refiere?

Un humanista español del siglo XX escribió: «Bienaventuranza tiene su origen en la palabra "ventura" -originalmente plural neutro de *venturus*, es decir, las cosas que han de venir-»<sup>39</sup>. En esa expresión -"bienaventuranza"- se une el carácter de futuro con el de positividad: se trata de una palabra preñada de esperanza.

Las bienaventuranzas de Jesús son todo un programa de vida: el mejor camino para entrar en el corazón de Jesús y aprender esa ciencia que supera todo conocimiento, porque nos conduce a ponernos cara a cara ante Dios. En actitud de adoración, escuchamos de labios de Jesús: «Dichosos...felices...bienaventurados».

Las bienaventuranzas se refieren a un futuro feliz y eterno -los cristianos estamos siempre con los ojos vueltos hacia el futuro; "futurizados"-como gustaba decir J. Marías-, aunque sigamos con los pies en la tierra-. Como sucedió en el caso de los israelitas, aliados con

<sup>39</sup> JULIÁN MARÍAS, *Prólogo*, en *Las bienaventuranzas hoy*, Barcelona, Editorial Planeta, "Testimonio", 1999.

Dios por medio de Moisés, ahora, aliados por medio del Hijo de Dios, también nosotros llegaremos un día a la tierra prometida: tierra nueva, que va unida al cielo nuevo.

No todo lo que dice Jesús en público son noticias alegres. A veces, tiene que enfrentarse a los fariseos y saduceos, las sectas religiosas de Palestina que ejercían una ascendencia autoritaria sobre el pueblo. Los saduceos negaban que existiese la resurrección de los muertos; en tanto que los fariseos, un poco más dialogantes, se plantaban en sus críticas contra Jesús.

## 58. Los pobres de espíritu

En el Evangelio según san Lucas (6, 20), los pobres son denominados con esa palabra escueta: "pobres". Sin embargo, el evangelista Mateo une a ese término el "de espíritu". Eso no quiere decir que Mateo haya querido suavizar la dureza del ser pobre. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (*Mateo 5, 3*).

«Pobres de espíritu» son los que tienen espíritu de pobres. «Esos pobres son los *anawim* del Antiguo Testamento: conscientes de su radical necesidad de Dios, ponen solo en Él su confianza; son los *humildes*, más bien que los que carecen de bienes materiales. Esos *pobres* pueden ser ricos, como el rey David, que «llámase *pobre*, aunque está claro que era rico, porque no tenía su voluntad puesta en las riquezas [...] Si fuera realmente pobre, y de voluntad no lo fuera, no era verdaderamente pobre»<sup>40</sup>. Puede existir una especie de triunfalismo de la pobreza, no evangélico. Es el caso, al parecer, de algún manuscrito procedente de Qumrán, en el que una de aquellas comunidades contemporáneas a Jesús se da a sí misma el título honorífico de "pobres de espíritu".

Como observa un sabio exegeta<sup>41</sup>, los pobres y los humildes a los que se refiere el profeta Sofonías eran los israelitas que habían perdido su independencia política. Ellos habían aprendido a vivir aguantando su condición de sometidos, poniéndose bajo la protección de Dios.

La consecuencia de la vida de los pobres en el espíritu es que Jesús les promete el Reino de los Cielos. Ellos se posicionan con humildad ante la Buena Noticia de Jesús. «Quien ha aprendido a no contar consigo mismo, quien ha aprendido a conocer la fragilidad humana [...] está abierto a la novedad del Reino. El Reino ya es suyo, de alguna manera, porque está dispuesto a recibirlo con gusto y con alegría, porque acoge

<sup>40</sup> Véase: MANUEL IGLESIAS, S.J., *Nuevo Testamento*, B.A.C. Maior, 2017, p.33.

<sup>41</sup> C. M<sup>a</sup>. MARTINI, *Las bienaventuranzas*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, Ed. San Pablo, 1994, p. 19.

la palabra de Jesús como palabra que da seguridad, consuela, comunica serenidad y esperanza»<sup>42</sup>.

Me pregunto: ya que vivo en medio de una sociedad de "primer mundo", -por mucha pandemia que estemos sufriendo-, ¿en qué medida puedo considerarme discípulo de Jesús? Soy un privilegiado. No me falta la comida de hoy, ni la de mañana; ni la cama para descansar hoy, y mañana... Me pregunto: "¿Tengo que renunciar a mi situación de privilegio? ¿Cómo lo hago? ¿Qué pasos he de dar en mi vida?"

Pedro Arrupe decía: "En él solo la esperanza". Ignacio de Loyola escribió: «La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno. El amor de esa pobreza nos hace reyes aun en la tierra, y reyes no ya de la tierra, sino del cielo... Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos", porque ya ahora tienen derecho al reino»<sup>43</sup>.

Y el papa Francisco nos urge a que pongamos empeño no sólo en ayudar a los pobres desde el punto de vista de la economía -techo y trabajo-, sino también desde la perspectiva de la fe en Dios:

«Quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una apertura especial a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria»<sup>44</sup>.

## 59. Los de corazón limpio

Otra de las bienaventuranzas de Jesús recae sobre los limpios de corazón. Ya conocemos a ese tipo de personas. La presencia de Jesús recién nacido produce salvación cuando es acogida por el corazón de los pastores en Belén. El corazón limpio de María fue aplicando a la vida de cada día lo que Dios le revelaba por medio de su Hijo. Ella guardaba esa Presencia divina en su corazón y le daba vueltas interiormente.

<sup>42</sup> C. M<sup>a</sup>. MARTINI, *Ibidem*, p.20.

<sup>43</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a los padres y hermanos de Padua*, 7 agosto 1547, en *Obras de San Ignacio de Loyola*, B.A.C., Col. Maior, 104, Madrid 2013, o.c. en nota 12 de este libro, p. 744.

<sup>44</sup> FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 24 noviembre 2013, Libreria Editrice Vaticana, 2013; Ed. San Pablo, Madrid 2013, § 200, pp. 185-186.

El rezo del *Salmo 23* (24) nos ayuda a comprender mejor esta bienaventuranza: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? – El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos ni jura contra el prójimo en falso».

A quien busca únicamente el Reino de Dios y su justicia, Jesús promete que verá a Dios tal cual es, al final de los tiempos, en el monte de la Jerusalén de los Cielos.

Quien tiene como regalo de Dios un corazón limpio es una persona sin trastienda, sin segundas intenciones. Mirándole a la cara, cualquiera de nosotros nos damos cuenta de que nos encontramos ante un hombre, o una mujer, sin dolo, sin postizos, sin afán de disimular lo que es en realidad.

Desgraciadamente, los seres humanos actuamos, a veces, con crueldad inaudita, rayana en la psicosis y la locura. Incluso en medio de banquetes y diversiones sociales, se presentan actitudes de marcado egoísmo y afincada soberbia. Son perfiles que nos asustan, por un lado; pero, por otro, estamos acostumbrados a soportar. Jesús tuvo que encajar en su vida esos desastres y desajustes, pecados sociales como el que ocurrió con Juan el Bautista.

## 60. Una bandeja que pesa

«[Ella pregunta a su madre]: - ¿Qué le pido? La madre le contesta: - La cabeza de Juan Bautista. Entra ella enseguida, a toda prisa, adonde está el rey, y le pide: - Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista. El rey se entristece mucho, pero, debido a los juramentos y a los convidados, no quiere desairarla. Manda inmediatamente un verdugo, con orden de que le lleve la cabeza de Juan. Va, lo decapita en la cárcel, le lleva la cabeza en una bandeja y se la da a la muchacha: y la muchacha se la da a su madre» (*Marcos 6, 24-28*).

Hasta aquí el Evangelio. Fragmento rotundo, crudo, trágico, negro. Me impresiona ver al verdugo llevando en sus manos esa bandeja. Pesa.

No debemos pasar por alto las cosas grandes, en particular las que nos ayudan a comprender mejor lo que somos los seres humanos. Juan el Bautista concluyó así su vida sobre la tierra. Desagradablemente: porque había obrado la justicia, al denunciar al rey Herodes el Grande que convivía con la mujer de su hermano. Juan no pretendía grandezas extraordinarias, sino solo anunciar la justicia divina y avisarnos a todos de que el Ungido -el Cristo- estaba ya entre nosotros.

Jesús, el anunciado por Juan, acabó también de modo cruel en el Calvario, crucificado, desnudo ante el pueblo y ante su Madre. Por mucha música sinfónica que recuerde esas muertes, y las obras de los mejores artistas plásticos colaboren a ese recuerdo -las muertes de Juan el Bautista y de Jesucristo-, no hemos de andar con tapujos, ocultando con sábanas blancas la verdad de los mártires: Esteban, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Cecilia, Anastasia, ... Pablo Miki, Edith Stein [Teresa Benedicta de la Cruz], Don Pedro Poveda, Maximiliano Kolbe, Rutilio Grande, Oscar-Arnulfo Romero, Don Peppino de Sicilia, Don Popieluzko de Polonia, etc.

Aunque nos cueste creerlo, quienes ofrecen su vida por amor al Buen Dios y a Jesucristo, entregándose en servicio de los demás, son como luces brillantes, muy fuertes, en el panorama de la Creación. Construyen la paz, ven el lado bueno de todos, perdonan a sus enemigos, y ponen su espíritu en las manos de Dios.

El suceso triste de Juan el Bautista supuso un golpe fuerte para Jesús. Dicen los sabios que desde entonces Jesús se decidió más intensamente a continuar su misión entre el pueblo de Israel. No solamente Israel, sino también entre los pueblos de los gentiles.

## 61. Migajas y cachorros

Un acercamiento a los pueblos "extranjeros" por parte de Jesús se manifestó en el caso de una pedigüeña: ella no era israelita, pero su niña estaba enferma.

«Habiendo entrado [Jesús] en una casa, -en territorio de Tiro- no quería que lo supiera nadie, pero no pudo pasar inadvertido, sino que, enseguida, una mujer, cuya hija tenía un espíritu impuro, en cuanto oyó hablar de él, llegó y se postró a sus pies. La mujer era griega, sirofenicia de nacimiento; y le rogaba que al demonio lo expulsara de su hija. - Pero Jesús le decía: «" -Deja que primero se sacien los hijos, pues no está bien coger el pan de los hijos y echarlo a los perritos". Pero ella, en respuesta, le dice:" -Señor, pero también los perros debajo de la mesa comen las migajas que tiran los niños". Él le dijo: - "Por eso que has dicho, puedes irte: el demonio ha salido de tu hija" Y cuando llegó a su casa, encontró a la niña echada en la cama, y que el demonio había salido» (*Marcos 7, 24-30*).

Jesús, con esta curación, se muestra a sus discípulos como salvador de todos, no solamente de los judíos. Es como si se dilatase el corazón del Señor, liberador de todos los seres humanos.

El evangelista Marcos se sirve de palabras pequeñas para relatarnos cosas grandes: tanto la hija de la mujer de lengua griega, como la hija de Jairo, jefe de la sinagoga (*Marcos 5, 21-24; 35-43*) son tratadas con el calificativo de "hijita", palabra afectuosa; hasta los perros son calificados de "perritos", -cachorros-. Lo grande de este relato es - como digo- que Jesús amplía el horizonte de la salvación: el área salvífica de Dios Padre no queda restringida a un espacio diminuto; sino que, por el contrario, se extiende hasta el lugar en donde haya hombres y mujeres que salvar de los odios mutuos, de las incomprendiones, de las enfermedades y de la muerte.

Contemporáneos de Jesús de Nazaret eran los hablantes de lengua griega, quienes se consideraban dueños de Tiro y Sidón -tierras que los judíos veían como enemigas, "de los paganos", "de los fenicios"- . De modo semejante, los fieles de la Sinagoga pretendían ser los apoderados del Pueblo de Israel. Pero Jesús rompe las barreras, supera los obstáculos, inspira en los hombres y mujeres de los pueblos consideraciones de reconocimiento humilde de la propia tierra, y de aceptación recíproca entre los países diversos.

La mujer sirofenicia, la que probablemente hablaba el griego común, nos da un ejemplo de aceptación humilde de su situación en la vida. Con su abajamiento, consigue provocar en Jesús la palabra que sana, que expulsa a los demonios.

La vida pública de Jesús se desarrolló en un arco de tiempo -unos tres años- en el que se puso en camino desde el territorio de Galilea, atravesando la Samaría, yendo paso a paso, seguido por sus discípulos -y discípulas- hacia Jerusalén, la tierra de la paz que lo iba a rechazar, juzgar, incluso crucificar. Jesús lo anuncia repetidas veces a los Doce y a los demás. Ellos no quieren escuchar esas predicciones tan penosas. Por eso, un día, el Maestro quiso presentarse ante algunos de ellos, identificándose como Hijo de Dios.

## **62. Como la luz**

«Se llevó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y a solas los subió a un monte alto. Y se transfiguró ante ellos: Su rostro relumbró como el sol, y su ropa se volvió blanca como la luz. Y, fijaos, se dejaron ver de ellos Moisés y Elías, conversando con él...Una nube luminosa los cubrió. Y, mira, [se oyó] una voz desde la nube, que decía: " Este es mi Hijo querido, en quien me complazco. ¡Escuchadlo!"» (*Mateo 17, 1-5*).

Tres son los discípulos elegidos por el Maestro en esta ocasión: Pedro, Santiago y su hermano Juan. Los mismos que se llevó Jesús a la casa de Jairo, cuya hija resucitó; los que quiso Jesús que estuviesen muy cerca de él, mientras oraba con gotas de sangre en el huerto de Getsemaní.

«Señor, lo mejor es quedarnos aquí; si quieres, pondré aquí tres tiendas: una para ti, una para Moisés y una para Elías». Eso dijo Pedro. Jesús no pronunció palabra alguna, sino que se transfiguró. Como en otras ocasiones, san Pedro no sabía lo que decía, aunque le salía de muy dentro. Aquel bienestar de Pedro, de Santiago y de Juan era indescriptible.

Mientras los judíos, abajo, disfrutaban en la Fiesta de las Tiendas, arriba, en la cumbre, un ambiente glorioso se apoderaba de todos - incluso de Moisés y de Elías-. Sí, un ambiente de gloria, la gloria típica de la Trinidad divina. Ningún batanero de la tierra podría emular la blancura resplandeciente de aquellos vestidos de Jesús.

En tanto, Moisés -el representante de la Ley de Dios-, y Elías, -el encargado de hablar por Dios-, conversaban sobre la futura pasión, muerte y resurrección de Jesús. De modo que, sobre la montaña, como si fuese un nuevo Sinaí, se abrazan la gloria reconfortante de Dios y el misterioso tránsito por el que el Mesías tiene que pasar para ser glorificado en la Resurrección.

El Espíritu está allí en forma de nube luminosa; el Padre habla: «Este es mi Hijo predilecto. Escuchadle».

Experiencia única, la de los tres apóstoles. La presencia de Dios, en toda su plenitud, fue el panorama ante el cual desfiló el serio relato de la Ley y los Profetas. «¿No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria?» (*Lucas 24, 26*).

### **63. Icono de la Vida Consagrada**

Este fragmento evangélico fue tratado con esmero en ocasión de la Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre la Vida Consagrada, en 1995. En la Exhortación Apostólica de san Juan Pablo II *Vida Consagrada*<sup>45</sup>, el evento del monte Tabor se presenta como un icono privilegiado para comprender mejor la vida de quienes -hombres y mujeres- se consagran al Señor de un modo especial. Los padres

---

<sup>45</sup> JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Vida Consagrada*, -25 de marzo de 1996-, §§ 19-22.

espirituales de la Iglesia, y los teólogos, ven en esa nube la presencia del Espíritu Santo.

La vocación a la vida consagrada va muy unida a la acción del Espíritu Santo. Él llama, a lo largo de los siglos, a nuevos hombres y mujeres a que perciban la fascinación de una vida comprometida mediante los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia. El mismo Espíritu les sostiene y va guiándolos en el crecimiento de su entrega. Los consagrados van siendo, día a día, más "cristiformes" -adquieren el estilo de Jesucristo- de modo que prolongan en la Historia la presencia del Señor Resucitado.

Ese es el objetivo de los consagrados y consagradas: prolongar en el mundo la presencia de Jesús. «La persona que se deja conducir por el Espíritu Santo va llegando progresivamente a la total configuración con Cristo, y refleja en sí un rayo de esa luz inaccesible, mientras va caminando, como peregrino en la tierra, hasta la Fuente inagotable de la luz»<sup>46</sup>.

Dios es el mejor pedagogo. Pedro, Santiago y su hermano Juan necesitaban esa transfiguración de Jesús, porque ya empezaban a oír -lo decía él mismo- que el Hijo del Hombre iba a realizar su misión mediante el sufrimiento (*Mateo* 16, 21). Sin embargo, era necesario sostener la fe de los discípulos con una experiencia de gloria: una anticipación de lo que sus ojos verán cuando Jesús resucitará de entre los muertos.

## 64. El amigo muerto

El fallecimiento de un amigo se siente mucho. Hasta derramar lágrimas. No solo los poetas, también los hombres y las mujeres más rudos. Quizá lloran más los amigos cuando "el que nos ha dejado"-o, "la que nos ha dejado"- son pobladores del mismo pueblo y conocidos por todos. Los vecinos suelen verse todos los días, incluso algunas noches, y entre ellos se saben historias comunes.

Te invito a entrar en la casa de Betania, a unos tres kilómetros de Jerusalén. Sólo se oyen allí los pasos de las espardeñas, las nuestras y las de Marta y María, hermanas del difunto. Ambiente de luto. Las lágrimas se mezclan con el agua recién sacada del pozo. Lázaro, el amigo, también bebía de esa agua. Se respira sobriedad y dolor al mismo tiempo. ¿Cómo es que Jesús tarda tanto en venir? ¿Es que, para demostrar su amor a esa familia ofuscada, el Maestro tiene que marcarse cierta distancia? No entiendo, en un primer momento, la

---

<sup>46</sup> JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Vida consagrada* § 19.

tardanza de Jesús: «Al enterarse de que Lázaro estaba enfermo, se quedó, aun así, dos días en el lugar donde estaba» (*Juan 11, 6*). Sus hermanas han hecho todo lo posible por informarle. Muchos judíos amigos han acudido a Betania, a celebrar el duelo familiar.

Hasta aquí, querido lector, la "composición de lugar" -como diría Ignacio de Loyola-. Viene ahora la petición: -Dame, Señor, la serenidad necesaria para comprender lo ocurrido, compadecerme del dolor de esa familia, y entender de una vez tus palabras, las que dirigiste a Marta: - «Yo soy la Resurrección y la Vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí de ningún modo morirá nunca. ¿Crees esto?» (*Juan 11, 25-26*).

Es fuerte la pregunta de Jesús: «¿Crees esto?». Antes de acercarse al sepulcro -el cuerpo de Lázaro estaba allí desde hacía cuatro días-, Jesús espera que Marta diga: - «Sí, Señor, yo tengo fe y creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

Preguntó Jesús en dónde lo habían sepultado. Cuando escuchó que le decían: - «Ven a verlo, Señor», se echó a llorar. El sepulcro «era una cueva y una losa estaba puesta en la entrada» (*Juan 11, 38b*). Jesús gritó muy fuerte: - «¡Lázaro, ven fuera!». Y luego: - «Desatadlo y dejadle que se marche» (*Juan 11, 44*).

Algunos judíos, al ver lo sucedido, se adhirieron al Maestro de Nazaret. «Otros, sin embargo, fueron a ver a los fariseos y les refirieron lo que había hecho Jesús» (*Juan 11, 45-46*).

A los judíos se les brinda la oportunidad de comprender que el amor de Dios se manifiesta en Jesús. Por eso, Jesús esperó a que pasase algún día, porque quiso mostrar la potencia de Dios. La fe supone adhesión a Jesús; creer en él, en libertad, sin ataduras. La fe es regalo de Dios. Aquello fue una "figura" anticipada de lo que iba a ser la Resurrección de Jesús y la nuestra.

## **65. El "hoy" y la "hora" de Jesús**

Se acercaba la "hora" que estaba esperando Jesús desde hacía mucho tiempo. En varias ocasiones, Jesús se refiere al momento presente -al "hoy"-, y nos indica su aceptación del tiempo y del espacio, o sea, de la situación que le toca vivir. Por ejemplo, cuando acaba de proclamar la lectura del profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret, su pueblo:

«Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (*Lucas 4, 21*). Son palabras claras, fuertes, decididas. La voz de Jesús ha sido la respuesta a esos ojos clavados en Él de los nazarenos que han

participado en el servicio divino del sábado. "Hoy" tiene un singular valor, una energía fortísima para el Hijo de Dios. Ese adverbio de tiempo hace referencia a los planes divinos de salvación y liberación sobre nosotros.

En la plegaria de Israel se repite esa actitud de vivir en el momento presente el amor salvífico de Dios: - «Ojalá escuchéis "hoy" su voz: no endurezcáis el corazón como [...] en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras» (*Salmo 94, 7-9*). El pueblo elegido por Dios, a pesar de haber hallado su descanso en la Tierra Prometida, ha de escuchar cada día la llamada de su Señor, y cumplirla.

Ante el ladrón arrepentido, Jesús, ya en el Calvario, afirma su promesa de perdón, actualizándola. - «Te lo aseguro: "hoy" estarás conmigo en el Paraíso» (*Lucas 23, 43*).

Junto al "hoy" de Jesucristo se halla su "hora": - «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora» - dice a su Madre en las bodas de Caná de Galilea, cuando ella se dirige a él y le dice: «No tienen vino» (*Juan 2, 3-4*).

Jesús, a lo largo de su vida, tiene presente esa "hora" que es suya, muy suya. La "hora" de su Pascua, de su vuelta al Padre. Como verdadero Dios, él es el dueño y soberano del tiempo; como verdadero hombre, él sufre, cada vez más, ante esa "hora" definitiva que se le acerca, la "hora" de su muerte y de su resurrección. - «Ahora me siento fuertemente agitado; pero ¿qué voy a decir: - "¿Padre, líbrame de esta hora"? ¡Pero si para esto he venido, para esta hora!» (*Juan 12, 27*).

En Caná, María precipitó la intervención milagrosa de Jesús, diciendo a los que servían a la mesa: «Haced lo que él os diga» (*Juan 2, 5*). Sin embargo, cuando es inminente la muerte en cruz de su Hijo, María permanece en silencio. Qué más hubiese querido, sino que el fruto de sus entrañas saliese airoso de aquel triste proceso. Junto a la cruz de Jesús, María tuvo que resistir en pie. Había llegado la "hora".

## 66. El frasco roto

«Y, estando él en Betania, en la casa de Simón el leproso, mientras está a la mesa, viene una mujer llevando un frasco de alabastro lleno de perfume de nardo legítimo de subido precio; quebrando el alabastro, lo derrama sobre su cabeza» (*Marcos 14, 1-3*). Una mujer, cuyo nombre no dice el evangelista; un frasco -un pomo- de alabastro; un perfume de nardo auténtico, legítimo. La palabra "nardo" proviene del arameo, la lengua de la familia de Jesús.

Los vasos de alabastro, recipientes helénicos y romanos, eran blanquecinos, de pequeño tamaño. Se conservaban cerrados, concienzudamente taponados, con el fin de que el perfume no se evaporase. Esos pomos podían servir para ungir a los monarcas y jefes del pueblo, pero también para embalsamar los cuerpos de los difuntos. Pronto los Padres de la Iglesia hicieron notar, ante este pasaje del Evangelio, que «si el alabastro no se rompe, no podemos ungir, porque el perfume no se expande» (SAN JERÓNIMO, años 347-420).

Ante el alabastro roto, las reacciones de los presentes fueron diversas, incluso opuestas: Judas Iscariote declaró su rechazo a toda cortesía con Jesús. El discípulo traidor -y sus partidarios- no entendía la misión salvadora que el Maestro quería cumplir en la cruz. - «" ¿Para qué se ha malgastado así el perfume? Podía haberse vendido ese perfume por más de trescientos denarios de plata, y habérselo dado a los pobres". Y reñían a la mujer.

Pero Jesús replicó: - "Una obra excelente ha realizado conmigo; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis hacerles bien cuando queráis; a mí, en cambio, no me vais a tener siempre [...]De antemano, ha perfumado mi cuerpo para la sepultura. Os aseguro que en cualquier parte del mundo entero donde se proclame esta buena noticia se recordará también en su honor lo que ha hecho ella"» (*Marcos 14, 5-9*).

Observamos la conciencia personal que Jesús tiene de sí mismo. Es verdad que Él, después de resucitado, dijo: - «Yo estoy con vosotros cada día hasta el fin de los tiempos» (*Mateo 28, 20*). Y así es: a Jesús glorioso lo podemos encontrar hoy en los pobres que están con nosotros. Pero también es verdad que Jesús sabe muy bien quién es Él, mejor que todos nosotros. Antes de padecer la muerte por todos nosotros, acepta el perfume propio de los reyes y de los dirigentes del pueblo, y premia agradecido el homenaje de aquella mujer.

## **67. Presente en la Eucaristía**

Hay muchos modos de presencia: la madre del recién nacido busca en los grandes almacenes unas botas de lana para el pequeño, -o la pequeña-. Ella tiene presente a su hijo: su afecto y sus pensamientos giran en torno a la nueva criatura que ha dado al mundo. Eso es un modo de presencia.

Un esposo, cuando ha quedado viudo, toma en sus manos la foto más entrañable de su cónyuge. Lloro ante ella. La besa. Decide colocarla en

la mesilla de su habitación. No puede dejar de recordar a su esposa. Eso también es un modo de presencia.

El abuelo, al llegar la Navidad, se pone a hablar y no cesa. Los de casa lo escuchan; no hay más remedio. Conocen las historias del anciano, que son las mismas que ha referido todas las navidades. El abuelo recuerda a la maestra que le enseñó la tabla de multiplicar y los siete pecados capitales. Otro modo de presencia.

Sin embargo, ni el niño recién nacido, ni la esposa difunta, ni la maestra de la infancia del abuelo "están" allí, físicamente presentes en el corazón de la madre, en las lágrimas del viudo y en los recuerdos del anciano.

Ponernos en la presencia de Dios es buscar su cercanía, vivir su proximidad. - «En él vivimos, nos movemos y existimos», predicaba san Pablo en el areópago –la plaza mayor– de Atenas (*Hechos de los apóstoles* 17, 28). Sabemos que tal concienciación de la presencia de Dios es un regalo del cielo. El regalo de Dios no es solamente "tener conciencia" de su presencia, sino vivir esa realidad.

En los últimos renglones del Evangelio según san Mateo, al despedirse de los discípulos, Jesús les dice: - «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (28, 20). Esta situación de "estar con nosotros" se debe a la cercanía, tan íntima como solamente el Hijo de Dios lo sabe hacer, de Jesucristo glorioso y resucitado.

En el Concilio Vaticano II declararon los Padres reunidos:

«Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"» (*Mateo* 18, 20)<sup>47</sup>.

Cuando los cristianos celebramos la Eucaristía presididos por un presbítero, no solo recordamos lo que hizo Jesús, como quien recuerda a un ser querido que nos ha precedido en el camino hacia Dios, sino que la Eucaristía es un tipo singular de conmemoración, el memorial del ofrecimiento de Jesucristo al Padre, de tal modo que: «Haced esto

<sup>47</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia: *Sacrosanctum Concilium* 7.

en conmemoración mía» es algo de tal alcance que supera enteramente nuestra capacidad de comprender: en palabras que siempre se nos quedan pequeñas, afirmamos que el Hijo de Dios se hace presente, se "presentifica". De modo que lo que antes era pan, ahora es el Cuerpo de Cristo; y lo que antes era vino, ahora es la Sangre de Cristo.

Celebramos así el hecho extraordinariamente nuevo del Sacramento de la Eucaristía. Pablo lo recordaba a los Corintios:

- «He recibido una tradición que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias [*Eucaristía*], lo partió y dijo: - "Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía". Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar diciendo: - "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía". Y, de hecho, cada vez que coméis de ese pan y bebéis de esa copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que él vuelva» (SAN PABLO, *1ª Corintios* 11, 23-25).

## **68. La noche en que iba a ser entregado**

Ese escrito de san Pablo -hacia el año 56 de nuestra Era- es el más antiguo que nos relata la institución de la Eucaristía, tal como se lo habían transmitido a él. Sin embargo, como afirma Joseph Ratzinger -Benedicto XVI-, las raíces de ese texto de Pablo y del texto correspondiente del Evangelio según Marcos (14, 22-23) son de la década de los años 30 después de Cristo. Palabras pronunciadas por Jesús durante la última Cena, conservadas como oro en paño por la comunidad primitiva. El testamento del Señor. Estamos ante el núcleo del cristianismo: Jesús es la figura central, el único referente.

Jesús se pone en nuestro lugar para expiar el juicio de Dios. «Nueva alianza sellada con mi sangre» (Pablo). «Que se derrama por todos» (Marcos). Jesús nos anuncia así el triunfo de la misericordia divina. Es un evento totalmente original. Aunque nos cueste entenderlo, hemos de ver que, -tal como Jesús lo dice-, él se pone en nuestro lugar y nos anuncia su inminente muerte en cruz por amor a nosotros. Nuestra sensibilidad moderna se resiste a aceptar esa muerte que Jesús nos anuncia en la Eucaristía.

Aquí estamos tocando la cruz, o sea, «la extrema radicalización del amor incondicional de Dios; amor en el que, a pesar de todas las negaciones por parte de los hombres, Él se entrega; toma sobre él el "no" de los hombres, para atraerlo de este modo a su "sí"- (*2ª Carta a los Corintios* 1, 19)...No hay contradicción entre el jubiloso mensaje de

la Buena Noticia de Jesús y su aceptación de la cruz como muerte «por vosotros y por muchos»; al contrario: sólo en la aceptación y transformación de la muerte alcanza el mensaje de la gracia toda su profundidad»<sup>48</sup>.

## 69. Getsemaní

Habiendo terminado la cena -la última cena-, ya de noche, Jesús desciende con sus discípulos hacia el Oriente, al torrente Cedrón. El grupo ha dejado de cantar, van hablando en voz baja, y desde lo hondo del pequeño valle suben la cuesta empinada hacia el monte de los Olivos, como si se dirigiesen a Betania; pero esta vez el Maestro necesita quedarse quieto entre los viejos árboles todavía en flor. Aquel huerto había acogido repetidas veces al Señor y sus discípulos. Esta vez tienen miedo, mucho miedo. Ocho de ellos no se atreven a meterse entre los olivos. Jesús habla a los tres más cercanos a él -Pedro, Santiago y Juan- y les dice: - «Orad, para no caer en tentación». Luego se distancia de ellos unos cuantos metros, como un tiro de piedra. Puesto de rodillas, ora: - "Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya"» (*Lucas 22, 42*).

Por tres veces ruega Jesús a su Padre (Abbá). Entra en agonía e insiste más en su oración: «Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (*Lucas 22, 44*), lo cual nos hace suponer que sus vestidos estaban ensangrentados.

Es la ocasión para que yo pida a Dios que me dé dolor con Cristo dolorido y angustiado, que yo pueda compartir con él su sufrimiento, y, sobre todo, que me dé cuenta de que todo eso lo sufre por mis pecados. Que es verdad lo que san Pablo reconocía: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Carta a los Gálatas 2, 20*).

El Señor me está invitando a que ponga atención a sus palabras: mientras los Apóstoles dan muestras de cansancio y se duermen, me dice que me ponga junto a él. Oigo su conversación con el Padre y siento que me pide que me fije en todo lo que le rodea: la noche fresca, el brillo tranquilo de la luna llena, un silencio cargado de amenazas. Oigo que dice ante los que cierran sus ojos y sus oídos: - «Mi alma está triste hasta la muerte» (*Marcos 14, 34*). Y, como coronación de todo,

---

<sup>48</sup> Véase J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, 2ª parte: *Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Ed. Encuentro, Madrid, 2011, pp. 139-150.

afirma su plena confianza en el Padre; no se echa atrás en su actitud de obediencia.

## **70. El Hombre de la cruz**

Fijo mis ojos en ese Hombre que sufre y que se llama Jesús; ante él, poco puedo decir, poco puedo hacer.

Ante Jesús Crucificado, me pregunto: ¿por qué nos fijamos tan poco en esa imagen? No es que la rechazemos; pero, ciertamente, no supone para nosotros un plato de gusto. Mirar al Crucificado es colocarnos, frente a frente, ante una interrogación: ¿Por qué existe el mal, el sufrimiento, la enfermedad, el odio entre los seres humanos y, sobre todo, la muerte?

Un ciudadano español, hombre intelectual y bondadoso, tenía la costumbre de colocar un crucifijo sobre la mesa de su despacho. Algo veía allí: quizá el travesaño horizontal le inspiraba el ancho horizonte de la vida humana...Quizá.

En el interior de la Basílica del Pilar de Zaragoza, -como también en otros lugares-, hay una talla barroca de un Cristo crucificado. La gente, con libertad, se acerca hacia él con silencioso respeto. Alguna cosa llevan dentro de sus personas. (¿Quién lo sabe? Es secreto sagrado, personal e intransferible). Se aproximan luego hacia el Crucificado, extienden la mano y tocan sus rodillas ensangrentadas, sin miedo, como si ese gesto naciese desde dentro de sus entrañas; deslizan su mano hasta los pies clavados. Y, luego, se santiguan, trazando sobre sus personas una cruz.

Se dirigen después, en medio de muchos, hasta la imagen de la madre del Crucificado, -la Madre de ese Hombre-, y, sin levantar la voz, se diría que le cantan en silencio, hasta que la ven llorar. Porque la Madre de ese Hombre, que es Dios, es para ellos algo más que una señal de salvación.

El Hombre de la cruz, Jesús, ha sido acogido por los literatos: como aquel que escribió el cuento en el que un niño -Marcelino- entabla un diálogo sincero, cordial y fuerte con el crucificado de un desván en un convento de frailes. Santa Teresa de Calcuta, en los últimos meses de su vida sobre nuestro planeta, no conseguía vislumbrar el rostro del Crucificado detrás de la cabeza de cada moribundo que levantaba al borde los caminos. Sin embargo, ella realizaba ese gesto, como si fuese movida por el amor del Padre, porque llevaba dentro de sí la inercia compasiva del Hombre de la cruz.

## 71. Coloquio con Cristo crucificado

Me pongo ante Jesús puesto en cruz. Impresiona mucho estar así: los imagineros del Siglo de Oro cincelaron tallas de Jesús que ahora nos sirven de apoyo para la oración y la meditación.

En nuestro mundo se habla poco o nada sobre el hecho de que nuestra salvación -mejor, nuestro Salvador- cuelga de un madero. Como si hubiésemos despojado a Cristo, -que muere en la cruz porque nos ama-, de ese poder rescatador y reparador de nuestra ofensa al Padre. Antes de dar pábulo a otras consideraciones, con toda sencillez releemos:

«No me mueve, mi Dios, para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido,  
muéveme ver tu cuerpo tan herido,  
muévenme tus afrentas y tu muerte».

«Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,  
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,  
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,  
pues, aunque lo que espero no esperara,  
lo mismo que te quiero te quisiera». Amén.

Aprecio mucho la pedagogía del escritor (J. M<sup>a</sup> SÁNCHEZ SILVA) que con su arte literario nos ayuda a colocarnos ante Jesús crucificado, valiéndose de la sencillez de un niño: - «Y tú, ¿quieres mucho a tu madre?». Responde Cristo: - «Con todo mi corazón». Y Marcelino: - «Y yo, a la mía más»<sup>49</sup>. Entra en el coloquio la Madre. La que está de pie junto a la cruz de su Hijo. Dolorosa. Jesús cuelga del madero. La magnitud de la ofrenda del Crucificado llega a traspasar, como una espada, el alma de María. Ignacio de Loyola, en sus *Ejercicios*, añade: «De Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo

<sup>49</sup> JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ SILVA, *Marcelino, pan y vino*, Ed. Anaya, Madrid, <sup>2</sup>1987, 233 pp.; filme de LADISLAV VADJA, 1954.

hacer por Cristo; y así, viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere» (nº53).

Crucificaron a Jesús fuera de los muros de Jerusalén. Costumbre romana: las ejecuciones de los malhechores tenían lugar "extramuros". El Calvario se halla junto a la Puerta de Efraín, en el lado occidental de Jerusalén.

## 72. El patriarca y las estrellas

El libro del *Génesis* nos narra el plan de Dios sobre el patriarca Abrahán. Comienza con una exigencia: - «Sal de tu tierra y de tu parentela y vete a la tierra que yo te mostraré [...]» (*Génesis* 12, 1).

Salir de la propia tierra es doloroso. Supone dejar atrás los hogares a los que uno está acostumbrado, los campos, los huertos, el ganado, el trato con las personas conocidas, con personas que hablan la misma lengua y celebran los mismos festejos; con gentes que se postran del mismo modo y adoran al único Dios.

Al obedecer, Abrahán se convierte en un emigrante, un ser humano que no sabe a punto fijo en dónde va a encontrar su techo en el futuro. El dueño del Universo llama a Abrahán y a su esposa, y los envía hacia una tierra desconocida, hacia un ambiente incierto. «Partió Abrahán como le había dicho el Señor» (*Génesis* 12, 4).

Un tiempo después, tiene lugar la visita de tres misteriosos personajes delegados del mismo Dios. Abrahán y su esposa estéril viven en una tienda, como perennes peregrinos, junto al encinar de Mambré, cuyos árboles dan sombra y descanso. Los caminantes saludan; Sara y Abrahán responden con la naturalidad de quienes viven la vida de cada día. Les invitan con insistencia a detenerse. Comen. Mientras tanto, Abrahán está de pie, como un sirviente. Y, al despedirse, uno de ellos pronuncia palabras serias: - «Dentro de un año volveremos, y entonces tu mujer habrá tenido un hijo». Crece la esperanza del patriarca, quien hasta entonces no había tenido hijos de su esposa Sara (*Génesis* 18, 1- 15).

La historia de Abrahán continúa. Nace Isaac, signo de un futuro esperanzado. Pero Dios quiere modelar más el temple del patriarca; quiere que funde una ciudad para habitar, para que en ella quepa su futura descendencia, que será mucha... Entonces acontece la prueba máxima; el corazón del patriarca es invitado a sangrar de dolor ante la costumbre de sacrificar al primogénito del fundador de la ciudad. - «Toma a tu hijo único, a tu querido Isaac, y ve con él hasta el monte Moria. Allí te diré lo que tienes que hacer».

Caminan juntos padre e hijo. (*Génesis* 22 1.7.11). Menos mal que Dios detiene lo que Abrahán, por obediencia, está a punto de realizar. El patriarca sustituye a su hijo por un carnero que degüella, y lo ofrece al Señor. Esta vez la obediencia es decisiva. El Señor le promete una descendencia innumerable, que nadie podrá contar: - «Te colmaré de bendiciones. Multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa» (*Génesis* 22, 17).

Queda en el aire la pregunta que se nos presenta cuando Jesús muere en el Calvario. - ¿Por qué era necesario que Jesús sufriese la muerte para mostrarnos el amor que Dios nos tiene? Interrogantes de este estilo surgen -con mayor motivo, si cabe- durante los tiempos de aflicción de las gentes. Volveremos sobre este asunto tan delicado, cuando recordemos la conversación de Jesús Resucitado con sus dos discípulos que se dirigían a la aldea de Emaús<sup>50</sup>.

### **73. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso»**

Impresiona la serenidad de Jesús en la cruz. Una actitud del Nazareno en la que se unen la distancia y la cercanía. Distancia, pues es el Hijo eterno de Dios; cercanía, ya que es, él mismo, el Hijo de la Virgen María. Ante él, aunque ahora está clavado en la cruz y escarnecido, todos somos llamados al respeto profundo y a la súplica más aguda. Respeto y adoración porque se trata de Dios; súplica desde la pobreza, porque es nuestro Hermano.

Sobre el leño de la cruz estaba clavado un letrero escrito sobre tablilla de madera, en tres lenguas: hebreo, griego y latín: «*Iesus Nazarenus, Rex Iudeorum*», que significa: «*Jesús Nazareno Rey de los judíos*». El buen ladrón -así solemos llamarlo- había increpado a su compañero que se burlaba de Jesús: - «Tú, sufriendo la misma pena, ¿no tienes siquiera temor de Dios? Además, para nosotros es justa, nos dan nuestro merecido; este, en cambio, no ha hecho nada malo». Luego, dirigiéndose al Nazareno, añadió: - «Jesús: acuérdate de mí cuando vengas como rey».

A lo largo del Evangelio según san Lucas, cuando las gentes llamaban al Maestro de Nazaret, no se atrevían a nombrarlo con su nombre propio -Jesús-, sino que lo llamaban Señor, o Maestro. Sin embargo, el buen ladrón, que había sido crucificado juntamente con otro malhechor al lado de la cruz de Jesús, se atreve a llamarlo

---

<sup>50</sup> Véase en este libro: *Emaús*, p. 91.

pronunciando su Nombre. Señal de confianza grande, de intimidad con quien se reconoce Rey, aunque su reino no es de este mundo.

Jesús le respondió: - «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso» (*Lucas 23, 43*). El buen ladrón ha pronunciado el Nombre sobre todo nombre -Jesús, el Señor-, al que se refiere san Pablo cuando escribe: «[...] Dios, a su vez, lo exaltó y le otorgó ese nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se arrodillen todos los seres del cielo, de la tierra, y del abismo, y para gloria de Dios Padre, toda lengua confiese: ¡Jesucristo es Señor!» (*Carta a los Filipenses 2, 9-11*).

El buen ladrón ha pasado a la historia como uno de los primeros que han comprendido y aceptado -viendo a Jesús de Nazaret en la cruz, vaciándose totalmente de sí mismo por amor a los seres humanos- que Él es el dueño y Señor de todo.

## **74. *Stabat Mater***

Los seres humanos de buena voluntad hacemos memoria de los hermanos y hermanas a quienes podemos ayudar en situación de dolor, de sufrimiento y de llanto. Se desata, entonces, una fuerza solidaria que nos empuja a ayudarnos los unos a los otros, a mantener enhiestas nuestras personas, a estar "en pie". Es más: los cristianos sabemos que el sufrimiento tiene un valor salvador y liberador, porque vivimos el dolor unidos a Jesús Crucificado<sup>51</sup>. El dolor humano viene a resultar un punto "crucial" -nunca mejor dicho- de encuentro entre todos nosotros.

El dolor es siempre misterioso. Si miramos a Jesús en la Cruz, entonces estamos ante el Misterio. El Buen Dios entrega al mundo a su Hijo para liberarnos del mal. De ningún modo el dolor y el sufrimiento son absurdos, porque el Hijo de Dios, Jesús, los ha sufrido en su carne y en su alma. Digo en su carne y en su alma, y ahí se me presenta la Mujer que, junto a la Cruz, se mantuvo de pie -*stabat*-: María, la Madre. La virgen que, por obra del Espíritu Santo concibió en su seno y dio a luz a Jesús, verdaderamente hombre, y verdaderamente Dios.

María, al declararse nada menos que "esclava del Señor", no comprendería del todo la carga tan pesada que ella misma ponía sobre sus hombros. Pero ya le dijo el anciano Simeón, antes de que Jesús aprendiese a andar, que el dolor se le echaría encima: «Mira, este - Jesús- está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten, y

---

<sup>51</sup> JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Salvifici doloris* sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, Roma, 11 de febrero de 1984.

será como un signo de contradicción -y a ti misma una espada te traspasará el alma-, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones» (*Lucas 2, 34-35*). Hasta que llegó aquel momento tan triste, en el Calvario, cuando la Madre oyó el gotear de aquella Sangre - "nuestra sangre"-.

Como escribió a este propósito un presbítero asturiano, María decía entonces en sus adentros: «Yo conocía la noche de la fe, pero nunca creí que fuera tan profunda. Ni una sola ventana con luz en el alma...Sin ángeles, sin voces de lo alto. Sólo la noche...Y si al menos ahora viviera José...Dímelo, hijo, respóndeme: ¿Es que siempre hay que salvar con sangre? Yo acaricié tantas veces tu frente cuando de niño tenías fiebre. Pero las espinas, no, nunca pude imaginarlas...Hijo, hijo, perdóname por seguir viva cuando tú estás muriendo. Perdóname por no saber decirte nada en esta hora, por no saber ni orar, por tener el alma como el desierto de los desiertos»<sup>52</sup>.

## **75. «Y al punto brotó sangre y agua»**

La revelación del amor que Dios nos tiene alcanza mayor altura, - quizás la máxima altura- en el Evangelio según san Juan, cuando nos recuerda lo que sucedió en el Calvario.

El cuerpo de "Jesús de Nazaret, el rey de los judíos", cuerpo de quien ha expirado poco antes, está ahí, paralizado, muerto, marcado por los hierros de los látigos y chorreando sangre de las heridas en las manos y en los pies. Pero, como si todo eso no bastase, sufre la arremetida de la lanza de un soldado romano. No basta para Dios que contemplemos ese homicidio en su Hijo plagado de heridas. Falta el golpe de gracia -si así pudiéramos llamarlo-. Entonces, tal como lo vio san Juan, se abre la puerta para entrar en la casa del amor de Dios. Es crudo decirlo: las prisas por descolgar el Cuerpo de Jesús antes de que se eche encima la vigilia de la Pascua, empujan al lancero romano.

«Al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados con una lanza le abrió el costado, y brotó enseguida sangre y agua. Y el que lo vio y sigue bajo el efecto de aquella mirada continúa testificando, y es fidedigno su testimonio, es decir, él sabe que refiere un hecho verídico, para que también vosotros creáis» (*Juan 19, 33-35*). El evangelista nos pide un tiempo de silencio, de meditación.

---

<sup>52</sup> JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO, *Stabat Mater*, en periódico ABC, marzo 1988, 3ª página.

A lo largo de los siglos, la comunidad de la Iglesia ha ido recitando una alabanza colmada de adoración y agradecimiento: «Salve, verdadero cuerpo nacido de María virgen, que verdaderamente ha padecido, inmolado en la cruz por el ser humano».

El discípulo amado por Jesús –o la Comunidad que aquel discípulo presidió- nos narra estas cosas con el fin de que «nosotros también creamos».

Juan evangelista permanece cordialmente absorbido por la gran verdad: henchido de alegría y fuerza, ponderando cuánto amor nos tiene Dios y qué sentido tan simbólico como verdadero tiene el ver con los ojos de nuestro interior ese gran misterio: la herida del Costado nos conduce al Corazón del Hijo, al manantial del agua Viva y de la Eucaristía perfecta. No en vano nuestros grandes hermanos en la Iglesia han visto allí, en el agua y la sangre que brotan del Costado de Jesús, los beneficios del Bautismo y de la Eucaristía.

Escribe san Agustín: «[El Señor] hizo un gran negocio en la cruz: allí se pagó todo el precio que valíamos nosotros, cuando su costado fue abierto por la lanza del que lo golpeó; de allí brotó la sangre, precio del orbe entero».

## **76. «Lo que palparon nuestras manos»**

Juan tuvo la suerte de estar recostado, cara a cara, en la última Cena de Jesús con sus discípulos.

Esa fue la Cena en la que el Maestro se despojó de su manto, se quedó solamente con la túnica y se ciñó una toalla. Luego, se puso a lavar los pies a sus discípulos. Aquel gesto sorprendió a todos, y eso que habían sido muchas las muestras de Jesús en las que ponía de relieve el objetivo por el que había tomado nuestra carne: la diaconía, el servicio a todos, la alabanza al Padre, nuestra salvación (*Juan 13*).

La reacción de los apóstoles presididos por Simón Pedro fue tajante, de rechazo total: dejarse lavar los pies es humillante, tanto para quien lava como para quien es lavado. Significa no solo un acto de cortesía de parte de los esclavos, sino la aceptación, en el fondo, de la necesidad de alguien que nos quite la basura que llevamos en nuestro cuerpo. En definitiva, se trata de dejarnos querer por Alguien que nos salva. Y ese sólo puede ser Dios, o el Hijo de Dios. Dice Jesús a Pedro: - «Si no te lavo, no tienes parte conmigo»; a lo que Simón Pedro responde: - «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza» (*Juan 13, 8-9*).

San Juan recordaba lo que nos comunicó: «Lo que han visto nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos...; eso que hemos visto y oído os lo anunciamos también a vosotros» (*1ª carta de Juan 1, 1.3*). Haber tocado con sus manos el cuerpo de Jesús suponía haber comprendido y aceptado que el Hijo de Dios se había hecho hombre. Que Jesús no era un fantasma, sino hombre verdadero. Fue Jesús -el Señor y Maestro- quien lavó los pies de sus discípulos. Después de resucitado, fue Jesús quien se dejó palpar por el incrédulo Tomás.

Tomás había dicho: - «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos, y no meto la mano en su costado, no lo creo [...] Llegó Jesús, se puso en medio y dijo [...] a Tomás: - "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente". Contestó Tomás: - "Señor mío, y Dios mío"» (*Juan 20, 25-28*). Es fuerte la bienaventuranza que Jesús pronuncia sobre Tomás: - «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto» (*Juan 20, 28*).

## 77. Una visita gozosa y esperada

Jesús resucitado fue apareciéndose a sus amigos, llevando consuelo a todos y cada uno: dándoles la paz que personalmente necesitaban. Aunque la Escritura no nos la refiere, el sentido común nos lleva a considerar la visita -esperada con esperanza inquebrantable- de Jesús Resucitado a su Madre.

San Ignacio, después de haberse empapado en la *Vita Christi* del cartujo Ludolfo de Sajonia, al puntualizar los misterios de la vida de Cristo en sus *Ejercicios Espirituales*, escribe: «La primera aparición suya [de Cristo Nuestro Señor]: Apareció a la Virgen María; lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros, porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: "¿También vosotros estáis sin entendimiento?"» (*Ejercicios n°299*).

Escribe el cartujo:

«[...] Y como la bienaventurada Reina del cielo supo de cierta ciencia que ya su Hijo no estaba en el sepulcro, mas que era resucitado y hecho inmortal e impasible, no quiso ir con ellas [*las otras mujeres*] al monumento [*sepulcro*], porque, después de dejarlo sepultado, se retrajo en retraimiento de soledad de llorosa tristura[...] Y así estaba sola y asentada en algún lugar secreto de la casa...Pues estando de este semblante muy lamentable la santísima Madre y Señora, orando y manando de sus ojos lloros crueles y no de ligero

remediables, le apareció a deshora el príncipe de la gloria, Jesucristo, su amantísimo Hijo, vestido de vestiduras muy blancas de gloriosa refulgencia[...] Después de esto, se asentaron entrambos, y miraba la madre al Hijo con toda diligencia, deleitándose en su cara deificada. Miraba asimismo sus llagas gloriosas...»<sup>53</sup>.

Esta visita nos hace pensar que ningún otro consuelo es más intenso para cualquiera de nosotros que este de ver confirmado, -como en este caso-, en qué bien hicimos en fiarnos anteriormente de Dios, como lo hizo su Madre.

Aquí, querido lector, sobran las palabras. Sería estropear esto, si un servidor continuase a escribir. No le faltaba razón a Ignacio de Loyola, ni a los cristianos europeos de entonces, los seguidores de la "devoción moderna". Sabemos que es necesario entrar por la carne glorificada de Jesús, aceptando sencillamente que fue resucitado por el Padre Bueno, precisamente por haber obedecido hasta el final el plan divino de salvación de todos los seres humanos. Contemplando así este encuentro de Madre e Hijo, lo mejor es quedarnos en silencio.

## 78. La ventana

La conversación del Hijo con la Madre, tal como podemos imaginarla, resulta emblemática. Estoy seguro de que debió de ser todavía más entrañable que la que san Agustín de Hipona tuvo con su madre, pocos días antes de que ella muriese. Con todo respeto por el Resucitado y su Madre -porque además las comparaciones son arriesgadas-, me atrevo a considerar lo que ocurrió una tarde del siglo IV, en un albergue de Ostia Tiberina.

Asomados a la ventana, apoyados en el alféizar, Mónica y Agustín conversan en completa intimidad. Son madre e hijo, y están preparando su viaje marítimo, hacia Cartago, desde la desembocadura del Tíber. No saben exactamente qué les traerán los días venideros. Piensan y sienten en voz alta: esta vez también -no es la primera - sus palabras hablan de eternidad. Una vida eterna, a la que se accede, llamados por el Padre del Cielo, a través de la muerte temporal.

Su lenguaje sereno va cargado de confianza y abandono. Son cristianos, los dos; vivencian en sus personas lo que comenzaron a vivir cuando fueron bautizados. Mónica en Tagaste; Agustín en Milán. Ellos se sumergieron en la muerte de Jesucristo y como resucitados. Anticipan aquí, sobre la tierra, lo que vivirán para siempre con Cristo

---

<sup>53</sup> *Vita Christi*, § 70. Véase: ROGELIO GARCÍA MATEO, S.J., *El misterio de la vida de Cristo en los Ejercicios ignacianos y en la Vita Christi Cartujano. Antología de textos*, B.A.C., Madrid 2002, pp. 296-298.

glorioso. Viven de la fuente de agua viva que brota del amor del Salvador.

- «Hijo, por lo que a mí respecta, nada en esta vida tiene ya atractivo para mí. No sé qué hago aquí ni por qué estoy aquí, agotadas ya mis expectativas en este mundo. Una sola razón y deseo me retenían un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Dios me lo ha dado con creces, puesto que, tras decir adiós a la felicidad terrena, te veo siervo suyo», dice Mónica<sup>54</sup>.

Carlo Maria Martini, jesuita, poco tiempo antes de morir, dejó escrito en uno de sus libros: «Podemos repetir las fórmulas que la Iglesia nos ha transmitido durante siglos:

«Pasión de Cristo, confórtame.  
¡Oh, buen Jesús!, óyeme.  
Dentro de tus llagas, escóndeme.  
No permitas que me aparte de ti.  
Del maligno enemigo, defiéndeme.  
En la hora de mi muerte, llámame.  
Y mándame ir a ti,  
para que con tus santos te alabe.  
Por los siglos de los siglos».

Al hacerlo así, nos ponemos en disponibilidad para la realización del dinamismo bautismal que se dará en plenitud en el momento de la muerte»<sup>55</sup>.

Ciertamente, en la hora de nuestra muerte, nos encontraremos cara a cara con el misterio del abandono en los brazos de Dios, el misterio de saber confiarnos al Padre como hijos e hijas.

---

<sup>54</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, Traducción de JOSÉ GOSGAYA, O.S.A., B.A.C. Minor 70, Madrid 1994, *Libro IX*, § 26, p. 298.

<sup>55</sup> CARLO M. MARTINI, *Creo en la vida eterna*, Ed. San Pablo, Madrid <sup>3</sup>2012, p. 33.

## 79. Emaús

Esta palabra basta para señalar otra aparición de Jesús Resucitado, en la que se trata sobre lo necesaria que fue la muerte de Jesús -y su Resurrección- con relación a nuestra salvación: merece la pena que releamos el texto de san Lucas:

«Aquel mismo día [*el primero de la semana*], dos de ellos iban camino de una aldea llamada Emaús, [...] y conversaban de todo lo que había sucedido.

Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos, pero algo en sus ojos les impedía reconocerlo. Él les preguntó: - ¿Qué conversación es esa que os traéis por el camino? Se detuvieron cariacontecidos, y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: - ¿Eres tú el único de paso en Jerusalén que no se ha enterado de lo ocurrido en estos días en la ciudad? Él les preguntó: - ¿De qué? Contestaron: - De lo de Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron, cuando nosotros esperábamos que él fuese el liberador de Israel. Pero, además de todo eso, con hoy son ya tres días que ocurrió.

Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han dado un susto: fueron muy de mañana al sepulcro y, no encontrando su cuerpo[...] Algunos de nuestros compañeros fueron también al sepulcro y lo encontraron tal y como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron[...] Cerca ya de la aldea a la que iban, hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo: - Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de caída[...] Estando recostado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo ofreció. Se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista. Entonces se dijeron uno a otro: - ¿No estábamos en ascuas mientras nos hablaba por el camino haciéndonos comprender la Escritura?

Y levantándose al momento se volvieron a Jerusalén; encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que decían: - Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan» (*Lucas 24, 13-35*).

Surge, pues, querido lector, la pregunta: - ¿Por qué Jesús tenía que sufrir la muerte, de tal modo que "era necesario" que la sufriese? El mismo Jesús echa en cara a sus discípulos que estuviesen tan ciegos, que no se diesen cuenta de lo que había sucedido con Él: «¡Qué torpes sois y qué lentos para creer en todo lo que dijeron los profetas! ¿No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria? Y, tomando pie de Moisés y los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (*Lucas 24, 25-26*).

Jesús se refiere a sí mismo y se denomina "el Mesías", o sea, el salvador de Israel. Ante el gobernador Poncio Pilatos ha declarado: «Mi

Reino no es de aquí [...] Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad [...]» (*Juan 18, 36-37*).

Había dicho a sus discípulos: «Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre [...] Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre [...] ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? (*Juan 14, 9-10*); así de íntima es su unión con el Padre; era necesario que el mundo comprendiese que Él ama al Padre, y que, «como el Padre me ha ordenado, así actúo» (*Juan 14, 31*).

¿Cómo es posible, pues, que Jesús actuase en obediencia al Padre y aceptase libremente ir a la Cruz por nuestra salvación, a no ser porque el Padre también aceptaba que el Hijo se ofreciese en sacrificio para expiar el pecado? Algunos dicen: - "Si el Padre, -el Buen Dios que Jesús nos ha revelado-, ha aceptado que Jesús se entregase a la muerte, y muerte de Cruz, por nuestra salvación, ¿cómo es posible que el Padre permitiese ese sacrificio?

Hemos de acatar y adorar las palabras que el evangelista Juan pone en boca de Jesús: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (*Juan 3, 16-17*).

San Juan Pablo II, dirigiéndose a los Religiosos y Religiosas, se refirió al amor que Dios demostró al mundo, amándolo en su Hijo Redentor: «aquel mundo que el Padre amó "nuevamente" en el Hijo eterno, Redentor del mundo" [...]»<sup>56</sup>.

## 80. *Ave verum*

No puedo menos que traer a colación dos cánticos de fe cristiana y de agradecimiento. Son el *Ave verum* musicalizado por W.A. Mozart, y el *Te Deum* que cantan los monjes en canto gregoriano.

Algunos, quizá, piensan que el *Ave verum* trata del inicio de una invocación a María, como en el caso del *Ave Maria*. Sin embargo, el recitado del *Ave verum* es diferente: se trata de una invocación al cuerpo de Jesús. Se afirma en ese canto que quien nació de María Virgen es verdadero hombre; sí, un hombre como nosotros; en todo igual a nosotros, menos en el pecado.

Se manifiesta, además, que Jesús de Nazaret sufrió la Pasión, ofreciendo su vida en la Cruz por todos los seres humanos. Y se añade

<sup>56</sup> Carta encíclica *Redemptionis donum*. *El don de la Redención*, Ed. Paulinas, Madrid 1984, nº10.

que, de su costado, perforado por una lanza, brotó agua y sangre. Una vez recordado esto, los cantores piden a Jesús que, en el momento de nuestra muerte, lo tengamos presente, que incluso nos dé gusto saborear su Nombre. Al final, una invocación humilde: «Jesús, cargado de amor de hijo; Jesús, el “no va más” de la dulzura; Jesús, Hijo de la Virgen María».

La comunidad de los cristianos -la Iglesia-, a lo largo de los siglos ha ido expresando lo que es esencial a la fe, lo que tiene peso y valor sobre nuestra cercanía a Jesús glorioso y en nuestra actividad social y fraterna con los demás. Este retazo musical es un ejemplo del joyero de la Iglesia.

Te invito, querido lector, a que busques los minutos que necesitas para escuchar el *Ave verum* musicado para polifonía y orquesta por W.A. Mozart. Es muy fácil encontrarlo, pero es de pocos escucharlo y dejar que esa melodía serena entre, poco a poco, en nuestra persona y nos ayude a rezar.

«*Ave, verum corpus, natum ex Maria virgine; vere passum, inmolatum in cruce pro homine. Cuius latus, perforatum, fluxit aqua et sanguine. Esto nobis praegustatum in mortis examine. O Iesu pie, o Iesu dulcis, o Iesu, fili Mariae*». «Salve, verdadero cuerpo, nacido de María Virgen; que padeció de veras, que se inmoló en la cruz por los seres humanos. De cuyo costado perforado brotó el agua y la sangre. Sé para nosotros una delicia anticipada en el momento de nuestra muerte. Jesús buen hijo, Jesús dulce, Jesús hijo de María».

## 81. *Te Deum*

La *alabanza* a Dios brota del corazón agradecido y alegre; del corazón que piensa más en los demás que en sí mismo. Mejor: del corazón que se entrega a los demás y se derrama sobre las criaturas sin romanticismos, pero abrazándolas a todas.

Hace pocos meses falleció en Salamanca un amigo jesuita. Antes de que se nos echase encima la pandemia. Dejó publicado un libro esencial para rumiar la verdad del agradecimiento: “*Agradecer tanto bien recibido*” es el título y el zumo de ese pequeño escrito<sup>57</sup>. Alabar y agradecer a Dios –mi amigo lo llamaba “el Dios Regalador”-; así es como crecemos en paz, una paz que no podemos menos que contagiar a nuestros semejantes.

<sup>57</sup> ANTONIO T. GUILLÉN, S.J., *Agradecer tanto bien recibido*, Vitoria-Gasteiz 2006.

A ello se junta nuestra *reverencia*: una actitud que, podríamos decir, se dibuja curvando nuestra persona; inclinando con admiración total nuestro ser de criaturas y nuestro de redimidos ante la cercanísima presencia de Dios. Digo "cercanísima", ya que no encuentro palabra que lo pueda decir adecuadamente. Se trata de un gesto de nuestra persona que se arquea en plan de obediencia completa.

El Beato Charles De Foucault recitaba todas las noches: «*Padre, me pongo en tus manos. Lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas*». Eso es la verdadera reverencia. Desde el desierto en el que a veces nos encontramos, incluso en la noche cerrada, cada uno de nosotros puede recitar esa oración, agarrado a Jesús.

A la alabanza y la reverencia acompaña el *servicio*: es algo divino que el mismo Dios, mediante Jesucristo, regala a la comunidad humana. San Pablo (*Carta a los Filipenses 2, 5ss.*) nos ha dejado el dechado de Jesús manifestado en el servicio, en la diaconía:

«El cual, siendo de naturaleza divina, no retuvo como un privilegio el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, y pasando por uno de tantos, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».

¿Cómo ponerse al seguimiento de un maestro que tanto se agachó, lavando incluso los pies de sus discípulos, como si fuese un esclavo? La diaconía de Jesús tiene sentido pleno desde el momento de haberla asumido por amor. Así alabamos, reverenciamos y servimos a Dios.

## 4.- MEMORIAS DE FE PARA TODOS

### 82. Iglesia de Jesucristo: los primeros cristianos

Es bueno conocer, siquiera un poco, la vida de los primeros cristianos, al menos en sus rasgos esenciales, los que pertenecen, por ejemplo, al perfil de la primera Comunidad, la de Jerusalén: los testigos de la resurrección de Jesús, además de orar juntos, acudían diariamente al Templo de Jerusalén con un mismo espíritu, partían el pan en las casas -la Eucaristía-, tenían todo en común, ayudando a los más pobres con la limosna; y perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles<sup>58</sup>. «El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común» (*Hechos de los Apóstoles* 2, 42-47; 4, 32-37).

No fue aquella, -la de Jerusalén-, la única Comunidad que se formó con los seguidores de Jesús. Antioquía de Pisidia -en la Provincia romana de Asia Menor, zona de la actual Turquía- fue el primer lugar en donde los discípulos de Jesús fueron denominados "cristianos", o sea, seguidores del "Cristós", que quiere decir "Mesías", o "Ungido por Dios".

La Comunidad de Roma, presidida por Simón Pedro, nombrado por Jesús responsable y presidente de la caridad en todas las iglesias o comunidades, había iniciado su curso en la segunda mitad del siglo I,

---

<sup>58</sup> Al comenzar esta *Sección Cuarta*, sobre la presencia de la Comunidad de la Iglesia en el mundo, relato brevemente el estilo de vida de los primeros cristianos, predecesores nuestros. En esta *Sección Cuarta* ofrezco algunas reflexiones sobre la vida de fe y de caridad esperanzada de quienes formaron las primeras comunidades cristianas, poniendo de relieve la fraternidad que los unía, su obediencia a los Apóstoles, su actitud de servicio a los más necesitados. Luego voy señalando lo que llamaríamos el "perfil actual" de los cristianos, señalando que la santidad de vida está al alcance de todos, que los jóvenes son muy importantes para el presente y futuro de la Iglesia. En el campo de las relaciones interhumanas me detengo en los asuntos bélicos y su sufrimiento. Cito algunos cristianos que con su vida y con su muerte martirial nos dan testimonio de Jesús. Reflexiono sobre la situación actual del mundo: la incertidumbre que, paradójicamente, se nos presenta como ocasión de vivir la cercanía de Dios.

y en Roma fueron martirizados Pedro y Pablo, el año 64, en tiempos de Nerón. Sabemos que pronto, en tiempos de los Apóstoles, en la ciudad de Alejandría, -actual Egipto, cerca de la desembocadura del Nilo-, se conocía la existencia de Jesús, sus enseñanzas y milagros<sup>59</sup>. Jerusalén, Antioquía, Roma y Alejandría eran las ciudades más importantes en donde se formaron las primeras comunidades cristianas. Todas estas Comunidades tenían en mucho aprecio las relaciones mutuas. Intercambiaban muchas cartas, en lengua griega y latina principalmente, sobre todo a partir de mediados del siglo III.

Todas estas comunidades cristianas, -y muchas otras-, extendidas por los territorios dominados por el Imperio Romano, vivían unidas por un mismo Espíritu, en comunión, tal como la entendían los Padres de la Iglesia, como Ignacio de Antioquía y Policarpo de Esmirna, presididas en la caridad por el Obispo de Roma, a pesar de las dolorosas divisiones que surgían en el área africana y de los intentos intervencionistas del Estado Romano.

### 83. Lenguas de fuego

Cincuenta días después de la Pascua -era Pentecostés-, estaban los Apóstoles reunidos en el cenáculo, tal como escribe san Lucas: «Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús y con sus hermanos» (*Hechos de los Apóstoles* 1,14). Añade: «De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos» (*Hechos* 2, 1-3). Fue entonces cuando quedaron llenos de Espíritu Santo y hablaban diversas lenguas, regalo del Espíritu.

Superado el desconcierto originado por la muerte de Jesús, los apóstoles y demás discípulos, habiendo sido visitados por el Resucitado, y habiendo acogido al Espíritu Santo, abrieron de par en par las puertas de sus casas y proclamaron en Jerusalén, con firmeza y valentía, la Buena Noticia: que Jesús había resucitado, y que mediante Jesús eran perdonados los pecados. Ya desde aquel momento miles de personas aceptaron ese Evangelio, recibieron el

---

<sup>59</sup> Recuerdo el caso del discípulo Apolo -o Apolión-, judío natural de Alejandría, que se presentó en la comunidad de Éfeso y pasó luego a la de Corinto. Se hallaba instruido en la doctrina cristiana, pero no conocía otro bautismo, sino el de Juan el Bautista. Véase: *Hechos de los Apóstoles* 18, 23-28; 19, 1-8. Fue san Pablo quien, mientras Apolo se hallaba en Corinto, bautizó en el Nombre del Señor Jesús a unos discípulos en Éfeso, discípulos que no conocían sino el bautismo de Juan el Bautista.

Bautismo y se unieron al núcleo de los Doce (*Hechos de los Apóstoles* 2, 41).

Los judíos devotos residentes en Jerusalén, aunque procedían de diversos pueblos, entendían perfectamente a los apóstoles. La valentía del Espíritu sostenía las palabras que anunciaban la Buena Noticia. Nunca se había visto un entendimiento tan intenso entre los seres humanos. Quedaba cancelado el viejo recuerdo de los fallidos constructores de la torre de Babel y su confusión de lenguas. El vigor del Espíritu había venido gratis, por iniciativa divina; y la oración comunitaria de la recién nacida Iglesia -regalo también del Cielo- estaba preparada para recibir ese fuego divino.

Jesús, en su entrevista con Nicodemo, había afirmado que el Espíritu se presenta como Viento que «sopla donde quiere y oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni adónde va» (*Juan* 3, 8). Se trata de la tercera Persona de la Trinidad: el regalo del Amor que procede del Padre y del Hijo. Con palabras nuestras, aunque demasiado pequeñas -toda palabra nuestra se queda corta y más en este caso- podríamos decir que el Espíritu Santo es la fuerza del Amor de Dios, el coraje divino que nos mantiene en la fe, la valentía que nos sostiene en los momentos difíciles, y la frescura y llaneza para proclamar que Jesús ha resucitado y nos ha rescatado del sufrimiento, de la muerte y del pecado.

Aquella vida impregnada de fe y confianza en Dios, Padre del Señor Jesús, constituyó la perspectiva desde la que el evangelista Lucas, al redactar los *Hechos de los Apóstoles*, tuvo en cuenta el nacimiento y el desarrollo de la primera Comunidad de Jerusalén. Lucas narró los hechos, tal como se iban sucediendo, pero desde el punto de vista de la fe en Cristo, el Resucitado. Siendo como eran testigos de lo que habían visto y oído, los discípulos de quien había sido "derrotado", paradójicamente, se fueron apoyando en la fe en Dios y en los hechos históricos que iban viviendo, en medio de alegrías y de sufrimientos, incluso de persecuciones.

El apóstol san Pablo es para nosotros un cristiano modelo. No fue él quien fundó el cristianismo -como algunos han sugerido-; el fundador y consolidador del cristianismo fue Jesús, quien apoyó la Comunidad Cristiana en los doce Apóstoles, presididos por Simón Pedro (*Mateo* 16, 18). Aquellos primeros creyentes en el Mesías Jesús fueron creando un ambiente de fraternidad. Se reconocían y se sentían verdaderos hermanos, los unos de los otros.

## 84. «Saulo, hermano»

Llega hasta el fondo del alma la acogida que, en Damasco, recibe Pablo de Tarso, entonces invidente, por parte de Ananías: «Saúl, hermano, recobra la vista» (*Hechos de los apóstoles* 22, 13).

San Lucas nos relata las palabras que Pablo había pronunciado en defensa propia, en las gradas del Templo de Jerusalén, antes de que las autoridades romanas lo trasladasen como prisionero a Cesárea. Pablo, delante de la gente de Jerusalén, hacía memoria de lo que le había acontecido cuando, años antes, se encaminaba hacia Damasco para arrestar a los cristianos. Él mismo cuenta que una luz deslumbrante lo había dejado ciego, y que Jesús le habló. Cuando Pablo, sin vista, llegó a Damasco, «[...] Un tal Ananías, hombre devoto al modo de la Ley, recomendado por todos los judíos de la ciudad fue a verme, se puso a mi lado y me dijo: "Saúl, hermano, recobra la vista"».

Acogida cargada de afecto fraternal, de personas que se saben hermanos. Ananías pronuncia el nombre propio: "Saúl". Y luego el calificativo de "hermano". Pablo dice: «Y yo, en aquel momento, recobré la vista y lo vi. Él me dijo: "El Dios de nuestros padres te destinó a que conocieras su designio, vieras al Justo y escucharas palabras de su boca, porque vas a ser su testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído. Y ahora, ¿a qué esperas?: levántate, bautízate y lava tus peccos invocándolo a él"» (*Hechos de los apóstoles* 22, 14-16).

Abrazo entre dos correligionarios, cada cual más devoto de la Ley de Moisés. El acontecimiento tuvo lugar en esa singular visita. Ananías se dirigió a la casa en la que Pablo se alojaba. El hombre recomendado por todos los judíos de Damasco, Ananías, había abrazado el camino de Jesús de Nazaret. Y precisamente con ese Jesús, el Nazareno, Saulo se había encontrado en el camino: «¿Quién eres, Señor? Yo soy Jesús, el nazareno, a quien tú persigues [...] Como yo no veía por el resplandor de aquella luz, los que estaban conmigo me llevaron de la mano hasta Damasco» (*Hechos de los Apóstoles* 22, 8-11).

Se amontonaron una serie de hechos providenciales; no fue casualidad. Ananías estaba "preparado" para acoger a Pablo. Y Pablo, por su parte, había recibido del Señor el colirio de la luminosidad. Un hermano ayudó al hermano. Quién sabe si fue entonces, después de recibir el Bautismo, cuando Saulo cambió su nombre por el de Pablo.

## 85. Como las cuerdas de una lira

Entre los Padres de la Iglesia destacó el mártir Ignacio, obispo de Antioquía -capital de Siria-, asesinado el año 107 en el anfiteatro Flavio de Roma, por orden del emperador Trajano.

En carta dirigida a los cristianos de Éfeso -Asia Menor, hoy Turquía-, Ignacio, camino del martirio, les invitaba a comportarse de un modo acorde con su obispo y con el colegio de los presbíteros que acompañaban al obispo. Nunca mejor dicho: "acorde", ya que el mártir escribe: «Vuestro colegio presbiteral...está armonizado con vuestro obispo como las cuerdas de una lira. Este vuestro acuerdo y concordia en el amor es como un himno a Jesucristo. Procurad todos formar parte de ese coro, de modo que [...]seáis como una melodía que se eleva a una sola voz por Jesucristo al Padre, para que os escuche y os reconozca por vuestras buenas obras, como miembros de su Hijo».

Cuesta a veces comprender lo que el mártir Ignacio quería expresar en su carta. Se sirve de una parábola musical, y pone de relieve los instrumentos de los músicos, en concreto, las cuerdas: el arpa, la lira, etc. En una orquesta, antes de interpretar el concierto, el primer violín suele sonar sus cuerdas con la nota dominante: todos los músicos se ajustan con él.

San Ignacio mártir -del que fue devoto Íñigo de Loyola- resultó ser un maestro en el arte de juntar a los dispersos. Los primeros cristianos necesitaban unir, "acordar", armonizar los pensamientos y los afectos de todos; porque todos los seres humanos -afirmaban los recién bautizados- somos hijos. Al escuchar cada uno la palabra del obispo, se produce la alabanza de Dios.

El obispo es el vigilante, el que tiene los ojos bien abiertos y busca por encima de todo el bien de la comunidad. Nos ajustarnos al sonido principal de quien está puesto para guiarnos y confortarnos en la esperanza y la caridad: el obispo de Roma, sucesor de Pedro, y sus compañeros, los obispos de las demás diócesis.

## 86. Iglesia de servidores

Abundan en nuestro mundo -también dentro de la Iglesia-, ideologías que quieren emerger por encima de los pensamientos y sentimientos de muchos, sin tener en cuenta lo de la armonía interna que deseaba san Ignacio de Antioquía. Suele tratarse de posiciones partidistas: sus ideas, -según afirman-, son la única llave, la única contraseña que necesitamos para resolver los problemas sociales, económicos, incluso religiosos, también los de la Comunidad de la Iglesia.

Por otra parte, estamos viviendo cada vez más lo que podríamos denominar "diaconía eclesial" -quiero decir de servicio- comenzando por aquellos que en la Iglesia están constituidos en autoridad. Ellos han de vivir -como suelen repetir los papas- como "siervo de los siervos de Dios".

Ya en tiempos de san Pablo existían divisiones entre los creyentes. «Cada uno por vuestro lado andáis diciendo: "Yo estoy con Pablo, yo con Apolo, yo con Pedro, yo con Cristo"» (SAN PABLO, *Carta Iª a los Corintios* 1, 12). En ocasiones, se pone en duda la relación entre maestro y discípulos, entre el obispo y los fieles diocesanos, entre el papa y los fieles católicos.

Necesitamos limar asperezas, y reconocer la presencia de Dios y de su Hijo Jesucristo en la Iglesia entera: en el papa, en los obispos en comunión con él, en el pueblo santo de los bautizados; con humildad, hemos de pedir perdón por nuestros errores y pecados.

«La única Iglesia de Cristo, que en el Credo confesamos una, santa, católica y apostólica, [...] constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, permanece en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él, aunque puedan encontrarse fuera de ella muchos elementos de santificación y de verdad que, como dones propios de la Iglesia de Cristo, inducen hacia la unidad católica [...]»<sup>60</sup>.

## 87. Encontrar a Dios en todo tiempo

Escribe un amigo: «Toda situación nos ofrece una posibilidad de encuentro con Dios»<sup>61</sup>.

Por eso, el fundador de la Compañía de Jesús ordenó: «Sean exhortados a menudo a buscar en todas las cosas a Dios nuestro Señor, apartando, cuanto es posible, de sí el amor a todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, a Él en todas amando y a todas en Él, conforme a su santísima y divina voluntad»<sup>62</sup>.

Para llegar a esa actitud, se necesita que nos deshagamos de nuestros afectos desordenados -ese desapego es un regalo de Dios-. Eso supone

<sup>60</sup> CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium*, B.A.C., Normal, Madrid 1965, Capítulo I, § 8.

<sup>61</sup> Véase: DIEGO M. MOLINA, S.J., *Discernir la presencia de Dios en la vida*, en revista *Manresa*, nº83 -2011, pp. 229-240.

<sup>62</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, en *Obras, o.c.* en nota 12 de este libro, Parte III, cap. I, [288], p. 462.

una vida de trabajo pacificado que nos ayude a encontrarnos con Aquel que viene a nuestro encuentro en todas las cosas.

Un placer, un determinado gusto, puede ser sustituido en nuestra persona solamente por otro placer. Allí en donde me veo apegado a tener más, a mirar a los demás por encima de sus cabezas, incluso a creermelo el "no va más" de la perfección, he de poner, por el contrario, el gusto por ese encuentro con Dios: vivirlo como un mendigo que necesita de todo, con humildad, con simplicidad. «Admitir y desear, con todas las fuerzas posibles, cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado»<sup>63</sup>.

Así, aun sufriendo momentos dolorosos en la vida, nos damos cuenta de que Dios tiene siempre una palabra que decir. Detrás de los tiempos dolorosos está Él. Misteriosamente. Y, al enviarnos a su Hijo para que nos rescatase, atravesando la muerte, -y muerte de cruz-, nuestro Buen Padre nos dice que ni el dolor, ni la muerte son una estupidez, un sinsentido: porque el sufrimiento y la muerte han sido asumidos por Jesús!

Ignacio de Loyola, en su experiencia junto al río Cardoner, en Manresa, comprendió que en su encuentro con Dios era el Señor quien tenía toda la iniciativa. Ignacio, en cierto sentido, quedó desarmado, al caer en la cuenta de que su trabajo realizado en la búsqueda de Dios no era sino un regalo divino, una gracia del Cielo. Dios es siempre el primero en ponerse en camino hacia nosotros. Desde entonces, para Ignacio, «cualquier servicio es medio de encuentro con Dios; todo se convierte en posibilidad de encuentro con Dios, incluso aquellas realidades que difícilmente puede pensarse que sean actuación de Dios en la historia»<sup>64</sup>.

«Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo» (*Juan 8, 23b*). Jesús no dice, en modo alguno, que no está con nosotros, acompañándonos. Por el contrario, afirma: «Y, mirad, yo sigo estando con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos» (*Mateo 28, 20b*). Jesús está -y seguirá estando- siempre con nosotros.

## 88. Al alcance de todos

Nos resulta difícil, en nuestra sociedad, intercambiar vivencias espirituales con los demás, o sea, la "conversación espiritual". La devoción a Dios y a las personas o cosas relacionadas con lo sagrado

<sup>63</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Constituciones* de la Compañía de Jesús, en *Obras*, o.c. en nota 12 de este libro, *Examen*, cap. IV, 101, pp. 421-422.

<sup>64</sup> DIEGO M. MOLINA, S.J., o.c. en nota 61 de este libro, p. 234.

es asunto muy lejano para muchos; junto a nosotros, hay realidades cada vez más ignoradas.

Poco a poco, nos dejamos envolver por una visión globalizante de las cosas y de las personas que prescinde de Dios, porque su recuerdo constante no lo consideramos necesario. En el fondo, nos escabullimos de la Verdad y del fundamento -del cimiento- de nuestras personas.

Y, sin embargo, hay personas singulares, como Francisco de Sales - obispo que fue de Ginebra, en Suiza, + 1622-, que en los tiempos iniciales del Iluminismo -la Ilustración- dio señales de ser un hombre fuertemente religioso. Nos vino a decir con su vida, sobre todo con sus escritos, que todos podemos alcanzar la santidad cristiana, cada uno en su puesto. En su labor de pastor de los católicos que vivían en ambiente tenso y agitado, codo contra codo con los cristianos calvinistas, Francisco de Sales interpelaba a hombres y mujeres de las diversas categorías sociales, invitándolos a valorar su vida diaria, llenándola de piedad cristiana y de optimismo; ponderando, así, la cercanía de Dios y de sus santos.

Su *Introducción* a la *Vida Devota* inicia con frases encaminadas a clarificar en qué consiste la verdadera devoción, y cómo hay falsas devociones. Afirma que cada cristiano -o cristiana- ha de integrar su propia vocación con la devoción, es decir, con una inclinación afectiva y personal de adoración y respeto del Señor en todo lugar y en todo tiempo. Escribe con claridad qué es y qué no es esa devoción:

«[...] Cada uno pinta la devoción según su pasión y fantasía. El que es aficionado al ayuno se tendrá por muy devoto si puede ayunar, aunque su corazón esté lleno de rencor, y -mientras no se atreverá, por sobriedad, a mojar su lengua en el vino y ni siquiera en el agua-, no vacilará en sumergirla en la sangre del prójimo por la maledicencia y la calumnia.

[...] Otro creerá que es devoto porque reza una gran cantidad de oraciones todos los días... Otro sacará con gran presteza la limosna de su bolsa para darla a los pobres, pero no sabrá sacar dulzura de su corazón para perdonar a sus enemigos».

Luego añade: «[...] Del mismo modo que algunas piedras preciosas bañadas en miel se vuelven más fúlgidas y brillantes, sin perder su propio color, así también el que a su propia vocación junta la devoción se hace más agradable a Dios y más perfecto»<sup>65</sup>.

Francisco de Sales se anticipó a nuestro tiempo. El Concilio Vaticano II declaró: «Debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual»<sup>66</sup>.

<sup>65</sup> FRANCISCO DE SALES, *Vida Devota*, parte 1ª, cap. 3.

<sup>66</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, -7 de diciembre de 1965- nº22.

## 89. «Encender estrellas»: el ímpetu de los jóvenes

Hay expresiones altamente evocadoras. El Papa Francisco, en su exhortación apostólica después de la reunión sinodal del 2017 –sobre los jóvenes–, se manifiesta así: «El Señor nos llama a encender estrellas en la noche de otros jóvenes, nos invita a mirar los verdaderos astros, esos signos tan variados que Él nos da para que no nos quedemos quietos, sino que imitemos al sembrador que miraba las estrellas para poder arar el campo»<sup>67</sup>.

Este tipo de eslogan se asemeja al que se extendió cuando murió el jesuita Alberto Hurtado, evangelizador de Chile: «Su fuego era capaz de encender otros fuegos»<sup>68</sup>.

Con el cambio del talante de nuestra sociedad, podríamos llegar a pensar que ni siquiera los jóvenes de hoy viven ideales y proyectos grandes. A veces, nuestra vida da la impresión de que se nos ha vuelto demasiado apática y casi plana, como el electrocardiograma de un enfermo del corazón en estado muy grave. Y, sin embargo, la fuerza interior de los jóvenes sigue adelante, solo que no nos viene relatada por las redes sociales. Hay mucha gente joven que sigue su camino personal y se compromete, se cansan en sus estudios, en su atención a los marginados, en su grupo de oración y de reflexión en común; y todo eso lo realizan sin estropicio, sin grandes ruidos.

Pienso que los jóvenes son quienes pueden colocar estrellas en el cielo azul, por decirlo de modo un tanto poético; así, el paisaje de nuestro mundo se cargará de vida y de ilusión. Resulta fatigoso y sacrificado ir marcando el paso detrás de un proyecto de vida personalizado; en primer lugar, porque tenemos que valorar las cosas de nuestra estrella, de tal modo que nos decidamos con un serio compromiso por acciones que nos construyan personalmente y ayuden también a la construcción personal de los demás.

En este asunto de las estrellas, de cargar nuestro mundo de ilusión, cada uno de nosotros es una criatura irrepetible; somos todos distintos, y nos respetamos los unos a los otros. Somos, en definitiva, hijos e hijas de Dios. Si alguien nos preguntase: - «Y tú, ¿por qué has elegido esa estrella?», le podríamos responder: - «Porque ella me indica el sentido de mi vida». Ojalá tu estrella parpadee siempre. El futuro del mundo y de la Iglesia está en las manos de los jóvenes.

<sup>67</sup> PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Christus vivit*, Roma 2018, Ed. Mensajero, 2019, §33, p. 20.

<sup>68</sup> Palabras de Mons. Francisco Valdés. Y Mons. Larraín afirmó que las vocaciones que el santo jesuita suscitó eran la realización en el tiempo de la eterna palabra de Jesús: “He venido a traer fuego a la tierra...”

Quizá lo que acabo de escribir arriba produzca la impresión de que me olvido de los males que sufrimos y de los brutales acontecimientos que hemos padecido durante la Historia. Se trata de datos que nos vemos obligados a reconocer, si queremos ser justos con la Historia.

## 90. Canario en la mina

Con motivo del 75º aniversario de la liberación de los prisioneros del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau -27 enero 1945-, se ha hecho memoria histórica en diversos medios de comunicación. En alguno de ellos se pronunció la frase: «Como canario en la mina». Se valoraba lo inútiles que, con frecuencia, resultan los lamentos humanos.

El canto de los pájaros raya, en ocasiones, en la más alta calidad. Varias tonalidades se suceden las unas a las otras, como si esas pequeñas criaturas no se cansasen jamás. Pienso en algunos supervivientes -de los entonces muchachos, hoy ancianos-, de aquella situación atroz, quienes recuerdan cómo se las arreglaron para sobrevivir, a pesar de las mayores barbaridades que tuvieron que superar.

Conseguían intercambiar zapatos y ropa con los nuevos prisioneros que iban llegando, hacinados los unos junto a los otros, en los vagones del ferrocarril. La voz de aquellos chicos, desgraciadamente, no alcanzaba el volumen suficiente. Se arriesgaban, incluso, dando vivas a los mismos perseguidores y carniceros, pero sus cuerdas vocales, por mucho que vibrasen, no traspasaban los umbrales de los corazones clausurados. Toda petición venía sofocada; todo lamento, allanado; toda lágrima -si quedaba alguna- era despreciada. Allí, los seres humanos eran descartados; los cuerpos de los muertos, tirados como sacos en los callejones.

Un canario no puede ser escuchado, a no ser que en el bosque haya silencio. Y en Auschwitz, el grito ensordecedor de los hombres y mujeres famélicos cundía por todos los barracones. Cuántas veces los pobres y marginados gritan y nadie los escucha. La comunicación interhumana se consigue solamente en la justicia y en la paz. Todo diálogo resulta imposible cuando el ser humano está fuera de sí, loco seguidor de eslóganes y líderes destructores.

Jesús de Nazaret lloró al acercarse a Jerusalén: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a mis hijos como la clueca reúne a sus pollitos

bajo las alas, pero no habéis querido!» (*Mateo 23, 37-38*). Hasta el mismo Hijo de Dios vive su impotencia contra la furia de los seres humanos. Jesús la cargó sobre sus hombros.

Me impresiona leer: «La SS colgó a dos hombres judíos y a un joven delante de todos los internados en el campo de concentración. Los hombres murieron rápidamente, la agonía del joven duró media hora. '¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Dios?', preguntó uno detrás de mí. Cuando después de largo tiempo el joven continuaba sufriendo, colgado del lazo, oí otra vez al hombre decir: '¿Dónde está Dios ahora?'. Y en mí mismo escuché la respuesta: ¿Dónde está? Aquí. Colgado del patíbulo»<sup>69</sup>. Necesitamos ayuda para entender el misterio del dolor. Estamos demasiado acostumbrados a ver a Jesús en la Cruz.

## 91. Nguyễn Văn Thuận

El Venerable vietnamita Francisco Javier Nguyễn Văn Thuận vivió encarcelado durante ocho años seguidos (1975-1983). Resulta heroico el modo de sobrevivir de ese hombre de Dios. Murió, cardenal, en Roma (2002). Con respeto y admiración nos acercamos a lo que él mismo nos relató durante sus primeros días de prisión<sup>70</sup>.

- «"¿Pudo usted celebrar la misa en la cárcel?... - ¿Cómo consiguió encontrar pan y vino?" - Cuando fui arrestado tuve que salir inmediatamente con las manos vacías...Me permitieron escribir y pedir las cosas más necesarias: ropa, pasta de dientes...Escribí a mi destinatario: - "Por favor, mandadme un poco de vino como medicina contra el dolor de estómago". Los fieles entendieron lo que eso significaba: me mandaron una botellita de vino de misa con una etiqueta que decía: "medicina contra el dolor de estómago", y las hostias las ocultaron en una antorcha que se usa para combatir la humedad».

El policía le preguntó: - «"¿Le duele el estómago? - Sí. -Aquí hay un poco de medicina para usted". Nunca podré expresar mi gran alegría: todos los días, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, celebraba la Misa. A veces tenía que celebrar cuando todos iban al baño, después de la gimnasia... Me encogía en la cama para celebrar la misa de memoria, y repartía la comunión, pasando la mano por debajo del mosquitero. Fabricamos bolsitas con el papel de los paquetes de cigarrillos para conservar el Santísimo Sacramento. Llevaba siempre a Jesús eucarístico en el bolsillo de la camisa».

<sup>69</sup> ELIE WIESEL, premio Nobel de la Paz.

<sup>70</sup> Véase: *Cinco panes y dos peces. Testimonio de fe de un obispo vietnamita en la cárcel*, Ed. Ciudad Nueva, Madrid <sup>8</sup>2006, pp. 40-43.

Van Thuân decía para sí mismo:

«Tú crees en una sola fuerza: la Eucaristía, el Cuerpo y la Sangre del Señor que te dará la vida».

Y escribía:

«La fuerza del amor de Jesús es irresistible. La oscuridad de la cárcel se convierte en luz; la semilla ha germinado bajo tierra durante la tempestad. Ofrezco la Misa junto al Señor: cuando reparto la comunión me doy a mí mismo junto al Señor para hacerme alimento para todos... Cada vez que ofrezco la misa tengo la oportunidad de extender las manos y de clavarme en la cruz de Jesús, de beber con Él el cáliz amargo. Todos los días, al recitar y escuchar las palabras de la consagración, confirmo con todo mi corazón y con toda mi alma un pacto nuevo, un pacto eterno entre Jesús y yo, mediante su sangre mezclada con la mía» (Véase SAN PABLO, *1ª Carta a los Corintios* 11, 23-25).

## 92. Bienaventurados los que sufren

Al escuchar las bienaventuranzas de Jesús, nos da la impresión de que el Maestro repite hasta la saciedad la misma idea, la misma experiencia de vida y de esperanza: alcanzarán la felicidad del Reino solamente quienes confían en Dios y se desapegan de las "seguridades" humanas. «Bienaventurados los que sufren, porque éstos van a recibir consuelo» (*Mateo* 5, 4).

La aflicción es un estado de vida en el que podemos encontrarnos sin haberlo elegido. Con razón, en un primer momento nos preguntamos cómo sea posible que esa situación sea precisamente una fuente de felicidad. No es bueno que perseveremos en una situación desolada - la desolación hay que echarla fuera de nosotros, cuanto antes-. ¿Cómo alejar de nosotros el sufrimiento? ¿Acaso lo tenemos que aceptar como algo positivo? No somos masoquistas.

En la versión oficial de la Sagrada Biblia de la Conferencia Episcopal Española leemos: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (*Mateo* 5, 5); así traduce el término griego "*penthôntes*": los que lloran, por ejemplo, la muerte de un ser querido. Es verdad que, ampliando el panorama de las lágrimas, puede entenderse que Jesús se refiere a los que lo pasan mal en su condición de oprimidos - prisioneros, esclavos, descartados-. A ellos anuncia Jesús que su situación cambiará, y dejarán de llorar.

El Papa Francisco afirma: «El mundano ignora, mira hacia otra parte cuando hay problemas de enfermedad o de dolor en la familia o en su alrededor. El mundo no quiere llorar [...] Se gastan muchas energías

por escapar de las circunstancias donde se hace presente el sufrimiento, creyendo que es posible disimular la realidad, donde nunca puede faltar la cruz»<sup>71</sup>.

### **93. Incertidumbre del mundo y cercanía de Dios**

El Papa Francisco se preocupa -es su trabajo- porque dentro del mundo, y de la Iglesia, tenga lugar una "pastoral de la incertidumbre". Una pastoral en medio del desconcierto. El sufrimiento global de los seres humanos, en las circunstancias en las que nos encontramos, nace precisamente de la vivencia angustiada ante el tiempo futuro que nos tocará vivir después de que concluya la pandemia.

A todos nos interesa saber qué ocurrirá...Abajamos la cabeza y reconocemos nuestra necesidad de tener alguien muy cerca de nosotros, al menos saber que están junto a nosotros quienes no pueden acercarse físicamente al lugar puntual en el que nos hallamos: confinados en casa, o atados a la cama de un hospital.

La forma más elemental del inicio de la certeza sobre los acontecimientos que nos abruman es la cercanía afectiva de nuestros prójimos. Cuando somos queridos por alguien, entendemos mejor todas las cosas. Los cristianos sabemos bien que no estamos solos; que, aunque Jesús no camina siguiendo el sendero quebrado de nuestras injusticias, está siempre a nuestro lado, manchado su rostro con la sangre de nuestros odios y cargando sobre sus hombros nuestro pecado. «Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron» (*Isaías 53, 6-7*).

Se nos presenta delante la gran ocasión: vivir como unos mendigos la fe y la confianza total en el Buen Dios, el Padre que nos ha enviado a su Hijo Jesús y está con él: no lo ha dejado solo. Tampoco nosotros estamos solos.

La pandemia tiene todos los aspectos de provocar un cambio brusco en nuestra configuración humana. Eso nos dice el sentido común. Sin embargo, nuestra solidez personal y comunitaria, en el fondo de todo, se apoya en Dios. No somos quiénes para amenazar a nuestro Creador y Señor. Él es todopoderoso en el amor. Tampoco hemos de intentar

---

<sup>71</sup> PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica sobre el llamado a la santidad en el mundo actual *Gaudete et exultate*, Ed. Mensajero, Bilbao, 2018, § 75, p. 46.

manipularlo: eso sería blasfemo, ya que veríamos a Dios como a un fetiche, un ídolo.

#### 94. Una vara y una lanza

El Papa Bergoglio afirmó, -en unos *Ejercicios Espirituales* que guio en Argentina-<sup>72</sup>, algo que nos viene como anillo al dedo cuando somos tentados de desconfianza, de tristeza y de pesimismo. Refiriéndose a la historia del Pueblo de Israel peregrino hacia la tierra prometida, dice: «La tentación del desierto es grande...porque no solo devela el interior pecador de sus corazones pertinaces, sino porque también allí se nos devela la fidelidad de Dios, su promesa [...] La roca -la seguridad fundamental- era Cristo (véase 1ª Corintios 10, 4; Éxodo 17,7).

Por orden divina, Moisés tomó una vara, golpeó la roca y brotó agua abundante. Y esa vara «quedará guardada en la memoria de ese pueblo; los siglos la irán transformando en lanza que, en manos de un centurión, nos abrirá la vida de la roca: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mateo 27, 54; Juan 19, 31-37)»<sup>73</sup>. Así como la vara de Moisés golpeó la roca y brotó el agua, de modo semejante la lanza del soldado romano abrió la fuente del agua viva en el costado de Jesús crucificado.

Estábamos convencidos, en la práctica, de que nuestro conocimiento científico nos llevaba de la mano hacia problemas insospechados, sí, pero fácilmente resueltos en un futuro cercano. Pero no habíamos caído en la cuenta de que, -hablando en clave ignaciana-, el Maligno nos hace ver los acontecimientos presentándonoslos como un "ángel de luz"; luz que nos ciega y nos quiere convencer de que somos dueños directos del Universo.

Menos mal que el Pueblo de Israel, a pesar de las añoranzas que tenía de lo bien que comían - «ajos y cebollas»- en Egipto, llegó a percibir, en medio de su misma tentación, la presencia del Señor que es fiel, del Dios que lo ama siempre.

Añade Francisco: «La santidad del justo consiste en "esperar contra toda esperanza" (SAN PABLO, *Carta a los Romanos* 4, 18); en creer en las promesas, aun sin poseerlas: «En la fe murieron todos [*los justos*] sin haber conseguido el objeto de las promesas: viéndolas y saludándolas de lejos...» (*Carta a los Hebreos* 11, 13). Ellos, los justos,

<sup>72</sup> *Meditaciones para religiosos* [JORGE MARIO BERGOGLIO, SJ] PAPA FRANCISCO, Ed. Mensajero, Colección "Principio y fundamento" -13-, Bilbao, 2014; Ed. Diego de Torres, San Miguel, Buenos Aires, Provincia SJ 1982.

<sup>73</sup> JORGE M. BERGOGLIO, *Ibidem*, p. 170.

se mantuvieron firmes en la tentación, como si vieran al Invisible (*Carta a los hebreos 11, 27*), alimentados con el agua que brotaba de la roca. Y nuestra roca es Cristo.

## **95. Nuestra salvación: un proceso de contrastes**

¿Cómo reunir el agua y el aceite, la alegría de Belén y la tristeza de la Cruz, la Anunciación y el Magníficat con el dolor del Sábado Santo; la alegría de la Resurrección con el sufrimiento por la pandemia? Ciertamente, de eso no se saca la conclusión de que no existe Dios. Queda en pie, sin embargo, la pregunta, tan comprensible para muchos: - Si ese Padre Dios, del que Jesús nos habla con su vida, nos ama sin límites, ¿por qué no hace algo por su parte y detiene nuestro sufrimiento?

Ha llegado el momento de que guardemos silencio, no solamente para recordar con duelo a nuestros difuntos, quienes no han podido estar junto a los suyos, sino para que nos agachemos de corazón ante quien es totalmente superior a nosotros.

Mediante la muerte en cruz de Jesús -verdadero Dios y verdadero hombre- vemos cómo Dios se acerca a nosotros, enviándonos a su Hijo, para que comparta con nosotros lo que antes nos parecía un disparate, incluso una absurdidad: la muerte. Al asumir Jesús el dolor y la muerte hasta lo más hondo, convierte a la misma muerte en un trance cargado de sentido. Nos viene a decir que es necesario pasar por ella para alcanzar la liberación total de nuestras personas y la nueva Vida que Dios nos promete. Dice Jesús: «Sí, os lo aseguro: si el grano de trigo una vez caído en la tierra no muere, permanece él solo; en cambio, si muere, produce mucho fruto» (*Juan 12, 24*).

La pregunta sigue en pie: ¿por qué es necesario pasar por la muerte para llegar al reino de los Cielos? Y ahí chocamos con la que podríamos llamar "la lógica divina": ese misterio escondido -y cargado de amor infinito- que no acabamos de entender. Por eso, al recordar a Jesús Resucitado, nos alegramos con el gozo de la paz, de saber que junto a nosotros está Dios.

## **96. «Yo creo que seremos "de valores"»**

Inmersos en el período de la pandemia, escuché un día, gracias a la radio, la voz juvenil de un rapero gaditano, poeta urbano, compositor y músico premiado. Hablando sobre el perfil de la sociedad mundial

que vendrá después de la pandemia..., afirmaba entre lágrimas: «Yo creo que seremos “de valores”»

Una persona que abre un resquicio de luz en la bóveda de plomo de la pandemia. Este cantor, -juglar en tiempo triste-, no puede menos que expresar lo que lleva dentro: su deseo de que, al terminar “estas cosas”, los seres humanos seamos “de valores”.

Me detengo a pensar en los “valores” que anuncia el rapero. Me gusta hacer una lista. Detrás de la palabra “valor”, ¿qué se encierra?

La *fidelidad* es un valor; ahí está Jesús Resucitado, obediente al Padre Dios; fiel hasta la muerte, y muerte de Cruz.

La *solidaridad* va unida a la fidelidad: Jesús vive en plenitud su cercanía a nosotros. Más cerca, no puede: siendo de categoría divina, se despojó de su rango y tomó la condición de siervo, haciéndose “uno de tantos” y entregando su vida por nuestra salvación (Véase *Filipenses 2, 7*).

La *espiritualidad* es otro valor importante. Pienso, por ejemplo, en Marta Ribul, antes misionera en África y ahora enfermera en el Hospital Giovanni XXIII de Bérgamo -Italia-, quien ha declarado:

«De las palabras pronunciadas por Francisco al final de la misa de Pascua, me impresionó mucho su reflexión sobre el hecho de que estamos en una época en la que la espiritualidad y la solidaridad deben efectivamente conciliarse, no estar más en contraste. Esto es algo que experimento cada día aquí en el hospital y me gustaría mucho que, cuando todo esto termine, y cuando se contarán efectivamente los daños, prevalezca una mayor solidaridad en todo el mundo, que obviamente pase por las obras, pero también por el crecimiento espiritual de todos nosotros»<sup>74</sup>.

La *esperanza* es un valor fortísimo, tanto que son santos y santas “los que esperaron contra toda esperanza”, como Abrahán, cuya fe “se reforzó reconociendo que Dios decía verdad y convenciéndose de que Dios tiene poder para hacer lo que promete” (*Romanos 4, 18. 20-21*).

Pero el mayor valor del Evangelio de Jesús es el amor fraterno, la *caridad*: «Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros igual que yo os he amado. Nadie tiene amor más grande por los amigos que uno que entrega su vida por ellos» (*Juan 15, 12-13*).

Todo este conjunto de valores, en realidad, va incluido en la *fe*. Sin la fe en Dios, nuestro Creador y Salvador, sin confianza profunda en Él, seríamos unos desgraciados. Nos lo recuerda san Pablo: «Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los más

<sup>74</sup> Web *Vatican News*, 16 de abril de 2020.

desgraciados de toda la humanidad» (*Carta 1ª Corintios, 15, 19*). La fe lleva dentro la total confianza en Dios y en su Hijo Jesús Resucitado; una confianza no solamente para la vida en esta tierra, sino para la vida eterna que nos aguarda.

## 97. Hablar de Jesús

Hemos perdido la ingenuidad y, con ella, también otras cosas. Por ejemplo, la sencillez para expresar, en medio de un mundo cada día más secularizado, en donde estamos prescindiendo de Dios, expresar -digo- nuestra vida interior, nuestra fe, el sentido personal que nuestra vivencia cristiana aporta a todo lo que pensamos, sentimos y realizamos, bien sea como individuos, bien en comunidad.

«El camino espiritual de Ignacio de Loyola nos muestra cómo el encuentro con Jesús cambió drásticamente el curso de su vida. El objetivo de las conferencias del JECSE<sup>75</sup>, en los últimos años ha sido mostrar cómo Jesús, lejos de ser un obstáculo para el diálogo, puede convertirse en la fuente y el medio de un diálogo abierto, profundo y fructífero en un contexto plural»<sup>76</sup>.

Hasta ese punto hemos llegado. Esa frase, -expresada como una constatación surgida en una reunión de colaboradores de la Compañía de Jesús en el santuario de Loyola-, resulta emblemática. Resume, en pocas líneas, la situación real en la que se encuentran los maestros que han asumido la pedagogía de los jesuitas -la *Ratio Studiorum*- y se vuelcan en la investigación del método que se ha de aplicar para educar a los jóvenes del siglo XXI, sirviéndose de un entramado de recursos pedagógicos.

Con el objetivo de ayudar a los muchachos y muchachas a tocar, al menos con las yemas de sus dedos, el horizonte cristiano de sus vidas. El referente necesario es Jesús, y hay que mirar si existen, al menos, algunas rendijas en la bóveda que cubre ahora nuestra sociedad secularizada, para iniciar por ahí el conocimiento de la persona de Jesús.

Ignacio se encontró con la persona de Jesús. O, mejor, Jesús con Ignacio. Pero el caballero de Loyola llevaba dentro de él un poso denso de visión religiosa sobre el mundo -siglo XVI-. Y, por eso, no puso obstáculos al conocimiento personal de Jesús. Le bastó con llorar sus errores y fraudes. Sus lágrimas y cavilaciones no caían sobre piedra,

<sup>75</sup> *Jesuit European Committee for Primary and Secondary Education.*

<sup>76</sup> *Información S.J.*, 10 febrero 2020.

sino sobre un mantillo de amor e infidelidad que tocaba la médula de su persona.

Para que Jesús se convierta en «la fuente y el medio para un diálogo abierto, profundo y fructífero en el contexto plural» en que nos encontramos ahora, hay que hallar los senos de la tierra cultural en donde pueda brotar esa fuente y, así, nos capacite para entablar ese diálogo que deseamos. Pero ¿cuáles son las minas de esas aguas que nos conducen a dialogar? ¿Qué papel tienen que desarrollar los progenitores y los maestros de esos educandos? ¿Hasta qué punto el ser humano, apenas sin experiencia, descubre en su afecto la ternura y la seguridad del Dios de Jesús?

Nos hallamos ante un problema de solución difícil. En tiempos de Ignacio, el “contexto plural” se procuraba eliminar, usando incluso medios intransigentes y despóticos. Hoy nos toca aceptar el valor inmenso de cada ser humano, respetar su dignidad y seguir por ese camino.

## 98. Estar con Jesús

Acercarnos cada día más a la Persona de Jesús: eso supone que, al menos, poseamos un conocimiento elemental acerca de él -hoy diríamos: “de su perfil”- como lo tenía aquel discípulo, Apolo de Alejandría, que se juntó a los Apóstoles en Asia Menor y en Grecia-. El Papa Francisco nos anima a que iniciemos una andadura espiritual que él denomina **camino del corazón**: un modo de orar tradicional que hoy podemos practicar.

Estamos invitados a ser apóstoles, en cualquier parte del mundo en donde nos encontremos, en cualquier momento de nuestra vida, en comunión los unos con los otros, sembrando por el mundo entero la alegría del Evangelio, a través de la oración. Unidos estrechamente con el Papa, en esa unidad que forma el Espíritu Santo, es decir, en la Iglesia, un mes después de otro, suplicamos al Buen Dios mediante el Corazón de su Hijo, rogándole por una intención de alcance mundial. Se trata de hacer un camino con Jesús en disponibilidad apostólica - una oración a la que se une nuestro servicio a los demás-. La conversación con Él, cuando surge desde nuestro corazón, alcanza la sede del afecto de quien dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mateo 11, 29*).

En febrero de 2020, antes de que se nos viniese encima la pandemia, Francisco pronunciaba estas palabras:

«A menudo, los migrantes son víctimas del tráfico y de la trata de personas. Entre otras causas, sucede esto por la corrupción de los que están dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de enriquecerse. El dinero de sus negocios, -son negocios sucios, amañados-, es dinero manchado de sangre. No exagero: es dinero manchado de sangre. Recemos para que el clamor de los hermanos migrantes, víctimas del tráfico criminal y de la trata de personas, sea escuchado y sea considerado»<sup>77</sup>.

Así, con lenguaje cercano, muy claro y rotundo, habla Francisco con los hombres y mujeres de buena voluntad, no sólo con los cristianos. Dirigimos nuestra oración al Corazón de Jesús. Dejamos a un lado todo tipo de espiritualismo rancio y mojigato. Quizá nos podremos servir todavía de octavillas y pasquines; pero también de los móviles y ordenadores, usando el lenguaje de la gente joven.

Cuando decimos "Corazón", nos referimos a la Persona entera de Jesús. No nos olvidamos de que Jesús tiene un corazón humano, como el nuestro: el que fue asaeteado por la lanza del soldado romano después que murió en la cruz. Es verdad que, a la vez que humano, -hijo de María-, Jesús es divino -el Hijo eterno querido de Dios-. Ahí está la fuerza y el soporte de nuestra oración.

Nuestra plegaria se reviste de afecto hacia la Persona adorable de Jesús. Adoración, con afecto de hijos e hijas, para el Buen Dios. Esta costumbre rezadora de los cristianos, que se puso de relieve durante los años finales del siglo XIX, la mantenemos en pie. La *Red Mundial de Oración del Papa* está llamada a crecer según las dimensiones del mundo.

## 99. Cincuenta años después

«En la crisis actual, que afecta no sólo a la economía, sino a varios sectores de la sociedad, la Encarnación del Hijo de Dios nos dice lo importante que es el hombre para Dios y Dios para el hombre. Sin Dios, el hombre termina por hacer prevalecer su propio egoísmo sobre la solidaridad y el amor, las cosas materiales sobre los valores, el tener sobre el ser. Es necesario volver a Dios para que el hombre vuelva a ser hombre. Con Dios no desaparece el horizonte de la esperanza incluso en los momentos difíciles, de crisis: la Encarnación nos dice que nunca estamos solos, Dios ha entrado en nuestra humanidad y nos acompaña»<sup>78</sup>.

<sup>77</sup> PAPA FRANCISCO, en *Red Mundial de Oración del Papa, Vídeo del Papa*, febrero 2020.

<sup>78</sup> BENEDICTO XVI, Loreto, 4 octubre 2012.

Copio literalmente esas palabras del papa Benedicto XVI, ya que las considero muy claras. Necesitamos "volver a Dios". Lo estamos diciendo muchos, por activa y por pasiva. El ser humano tiene que volver a ser eso: a ser humano. Una criatura que resulta preciosa para su Creador y cuya dignidad hemos de proclamar y defender, ya que somos imagen de Dios.

En el ambiente expectante de la Iglesia y del mundo, pocos días antes del inicio del Concilio Ecuménico XXI -Vaticano II-, el entonces Papa San Juan XXIII, peregrinó hasta el santuario de Loreto, en Italia, y encomendó a la Virgen María la obra que la asamblea conciliar iba a realizar. Era el 4 de octubre de 1962, fiesta de san Francisco de Asís.

Cincuenta años después, el Papa Ratzinger, al comienzo del *Año de la Fe*, acudió, como lo había hecho Ángelo Roncalli, a la Santa Casa de Loreto, y puso sus ojos, no solo en la situación crítica por la que atraviesa el mundo, sino también en la cercanía del Hijo de Dios a todos los seres humanos. Un pensamiento optimista y animoso.

Dijo Benedicto en Loreto: «Dios pide la libre adhesión de María para hacerse hombre. Cierto, el «sí» de la Virgen es fruto de la gracia divina. Pero la gracia no elimina la libertad, al contrario, la crea y la sostiene. La fe no quita nada a la criatura humana, sino que permite su plena y definitiva realización»<sup>79</sup>. Lenguaje del papa teólogo, encerrado en una breve homilía en tierra italiana, ante la imagen de María.

## **100. Bienaventurados los que trabajan por la paz**

«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (*Mateo 5,9*).

Para Jesús no basta con que vivamos cómodamente -ahora vamos a tener que vivir con austeridad-, procurando no molestar a los demás. Jesús quiere que trabajemos -como operarios- sobre la Creación, en particular sobre las relaciones con nuestros hermanos, entre unos países y otros. Que trabajemos en favor de la paz. En la Eucaristía, antes de recibir el Cuerpo de Cristo, decimos: «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, danos la paz». Y: «Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: "La paz os dejo, la paz os doy". No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu iglesia, y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad» (*Rito de la paz*).

---

<sup>79</sup> BENEDICTO XVI, *ibidem*.

Entre todos, solidariamente, hemos de acostumbrarnos a un diálogo sincero, sin fronteras de pueblos y razas. Eso supone aceptación y aprecio del otro, escuchar lo que dice el otro. Evitar todo lo que genere violencia. Ayudar y servir: poner en dinamismo esa "diaconía" que Jesús nos enseña. Después de haber lavado los pies de sus discípulos, les dice: «Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Es decir, os dejo un ejemplo para que, igual que yo he hecho con vosotros, hagáis también vosotros» (*Juan 13, 14-15*). Ignacio de Loyola apostilla: «En todo amar y servir a su divina majestad» (*Ejercicios nº233*).

Nos pueden hacer Una pregunta importante: - «Y tú, ¿qué haces?». Los santos, como Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Teresa de Calcuta, Francisco de Asís, Juan de Dios, y muchos otros, no comprendían que un cristiano, en el lugar concreto en donde viviera, pudiese estar sin hacer nada", con los brazos cruzados. El fundador de la Compañía de Jesús nos ayuda a contemplar la actitud de Dios: «Considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra, o sea, «*habet se ad modum laborantis*», que significa: - «se comporta como un trabajador»-. Así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dando ser, conservando, vegetando y sensando, etc.» (*Ejercicios nº236*). El dinamismo forma parte esencial del programa de vida cristiana que Jesús nos da.

## **101. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia**

Desgraciadamente, quienes hacen obra de paz y buscan la justicia se exponen a ser despreciados, descartados y perseguidos. Por eso, conviene que reflexionemos también sobre otra Bienaventuranza de Jesús: «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa» (*Mateo 5, 10 -12*).

Son perseguidos precisamente porque trabajan practicando lo que es justo, siempre al servicio de los demás, no ahorrando energías, poniéndose al mismo tiempo en las manos de Dios. Son, con toda razón, los "pobres de Yahwé" -los que ponen su confianza en Dios-. Arriesgan su salud y sus vidas, porque aceptan la Cruz de Jesús y desean compartir con Él sus sufrimientos por la salvación de todos. A imitación del apóstol san Pablo, van completando en su carne mortal «lo que falta a las penalidades del Mesías por su cuerpo, que es la Iglesia» (*Carta a los Colosenses 1, 24*).

Al celebrar la Eucaristía repiten conscientemente, hasta el fondo, las mismas palabras de Jesús: «Este es el cáliz de mi sangre; sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados».

Ellos mismos, con sus palabras, declaran abiertamente que lo que dicen y lo que trabajan con sus vidas es algo que nace del Evangelio de Jesús, y no precisamente de ideología política alguna. Afrontan las situaciones peligrosas, como lo hacía el Padre Rutilio Grande, asesinado junto a un anciano y un niño de su parroquia de Aguilares - El Paisnal, El Salvador-. La entrega personal a Jesucristo de parte de ese sacerdote jesuita impresionó tanto a Monseñor Oscar Arnulfo Romero, -Arzobispo de El Salvador-, que dejó huella imborrable en su corazón. Y San Romero es ahora venerado en todo el mundo como mártir de Cristo.

Son perseguidos “por causa de Jesús”. Está claro que “justicia del Reino de los Cielos” es lo mismo que “justicia de Jesús”: que cada hijo -o hija- de Dios sea respetado en su dignidad, de manera que todos los seres humanos nos reconozcamos como hermanos y podamos rezar juntos el Padre Nuestro.

## **102. No está de moda ser manso**

Incluso tiene un matiz negativo. En el Evangelio según san Mateo, la palabra utilizada para designar a los mansos significa también: los afables, acogedores, humildes, buenos de corazón, pacientes, dulces, sumisos. Mateo es el único evangelista que usa la palabra “mansedumbre”.

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mateo* 11, 29). Y san Pablo nos indica que la mansedumbre se manifiesta en la paciencia con los demás (*Carta a los Gálatas* 5, 22). Como ha escrito el cardenal C. M<sup>a</sup> Martini, «Mansedumbre es la capacidad de comprender que en las relaciones personales -que constituyen el nivel propiamente humano de la existencia- no hay lugar para la coacción o la prepotencia, sino que es más eficaz la pasión persuasiva, el calor del amor»<sup>80</sup>.

---

<sup>80</sup> CARLO M. MARTINI, S.J., *Bienaventuranzas*, Santa Fe de Bogotá, Ed. San Pablo, 1994, p. 41.

### 103. Explota una estrella

En tiempos de confinamiento, aconsejan estar ocupados. De otro modo, la persona se entorpece. A veces, surgen preguntas. Por ejemplo: la Ciencia y la Fe, ¿se oponen la una a la otra? ¿Son áreas incompatibles? ¿Cuál de ellas es más certera y exacta?

“Betelgeuse”: es el nombre de una estrella gigante que amenaza con su explosión. El 13 de febrero de 2020, los periódicos colocaron esa noticia entre los titulares científicos más importantes: «estrella próxima a su muerte que desaparecerá de la constelación de Orión con una gran supernova». En general, todos estamos tranquilos ante ese evento que tendrá lugar en el futuro... Siempre hay, sin embargo, personas que se estremecen ante el anuncio de sucesos amenazadores.

Hace dos mil años, la relación de los seres humanos con la Tierra y con todas las criaturas era muy diferente de la nuestra: a la Tierra se la consideraba como madre, si bien, en determinados momentos, podía enfurecerse y dejar a los hombres pasmados y ateridos. Los movimientos cósmicos eran vistos como manejados directamente por Dios Creador. Ahora la ciencia discurre por un camino; y la fe, por otro. Eso no quiere decir que Ciencia y Fe estén enfrentadas, o se opongan la una a la otra: se trata de dos caminos diferentes, a través de los cuales los seres humanos transitamos en la búsqueda de la verdad.

Astrónomos, físicos, incluso los biólogos y los matemáticos se quedan perplejos al no encontrar el Motor Primero que puso en marcha todos los astros. No están seguros, por otra parte, de que hubiera un Big Bang primordial que iniciase el movimiento de todo, a partir del cual el Universo se hallase en constante expansión. Las teorías de los sabios más reconocidos, -como A. Einstein-, aunque han ayudado bastante a la comprensión del Universo, son admitidas por pocos. Ha llegado el tiempo de la humildad para los investigadores.

Para nosotros, los cristianos, «es la fe anticipo de lo que se espera, prueba de realidades que no se ven. Por ella declaró Dios su aprobación a los antiguos. Por la fe comprendemos que la orden de Dios formó los mundos, haciendo que lo visible surgiera de lo que no aparece [...] Por la fe respondió Abrahán al llamamiento de salir para la tierra que iba a recibir como herencia, y salió sin saber adónde iba [...] Corramos, fijos los ojos en el pionero y consumidor de la fe, Jesús, el cual, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz [...] Meditad, pues, en el que soportó tanta oposición de parte de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo» (*Carta a los hebreos* 11, 1-3; 12, 1-2).

Los creyentes sabemos que Dios, Creador del Universo, es inabarcable, no es Alguien a quien podamos manipular. San Pablo, en su carta a los cristianos de Roma, exulta en alabanza a Dios, proclamando su inmensa grandeza:

«¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! Pues, "¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién es su consejero? ¿Quién le ha prestado para que Él le devuelva?" (Isaías 40, 13). Él es origen, camino y meta del universo: a él la gloria por los siglos, amén» (Carta a los Romanos 11, 33-36). Nuestra inteligencia es limitada; nos resulta imposible abarcar el plan de Dios sobre nosotros.

#### **104. «Al levantar la vista»**

Necesitamos... ¿Qué? Basta una palabra, un signo de cercanía, para despertar en nosotros esa chispa de alegría interior que provoca enseguida el deseo de ponernos nuevamente en camino. Me refiero ahora a un caso concreto, como las palabras amables de acompañamiento que nos dirigen los amigos en los duelos por el fallecimiento de nuestros familiares.

El canto de un líder social lleva dentro tanta fuerza que enardece a muchos de sus seguidores. El fuego de las palabras -si es verdadero fuego- prende en los corazones de muchos -hombres y mujeres, niños y ancianos, sanos y enfermos, aposentados y descartados por nuestra sociedad-. Y, llegados los momentos importantes, la muchedumbre, de mayor o menor tamaño, corea las frases. Incluso cuando el líder ya no está físicamente con ellos.

Sirvan estas palabras para alabar a aquellos que han ayudado, y ayudan incluso en su ausencia, al tono de los pueblos, al amor a las raíces de los pobladores, los de toda la vida y los que vienen de lejos.

Sin embargo, las visiones escatológicas que cantamos se quedan cortas. Los seres humanos somos así: nos quedamos con la respiración cansada, sin tocar con nuestras manos el horizonte que buscamos y cantamos. Ciertamente: «al levantar la vista, veremos una tierra que ponga "Libertad"». ¿Solamente eso? Es verdad: no es poco.

Me pregunto, a pesar de eso, si tal perspectiva nos deja contentos a todos. Pienso que nos deja insatisfechos, porque lo principal no lo cantamos. Nos quedamos mudos. El canto se termina y cada uno vuelve a su casa.

Algunos alegan que, después de la muerte de cada uno de nosotros, seguiremos vivos en el recuerdo de los nuestros, de aquellos que han desgranado su historia junto a nosotros, y nosotros con ellos. Que incluso nacerán flores junto a nuestra sepultura. Me pregunto: ¿Basta con eso, con que nazcan flores, para que se cumpla todo lo que deseo desde dentro de mi persona, o sea, desde el hondón de mi corazón?

Los cristianos queremos ser hombres y mujeres de fe y de espera esperanzada. Sabemos que, en nuestras raíces, nos espera nada menos que Dios. Sí: ese Buen Dios que se encuentra en lo más íntimo de nuestra persona y que nos ha revelado Jesús. Él es, en verdad, nuestro líder; quien, en definitiva, nos acogerá en su regazo y cantará con todos nosotros.

## 105. Resonancias cristianas

No basta quedarnos admirados con lo que recitamos en el *Salmo 8 (7)*: «Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!» Eso es importante, esponja el alma; pero aún podemos dejar que resuene en nosotros algo mayor: Jesús, crucificado y glorioso, cuyo costado fue atravesado por la lanza de un soldado, manifestación del amor misericordioso del Padre.

Una vida que se desgrana así se va llenando de sentido, de ganas de vivir. Quien la vive, es cada día más feliz, más capacitado para consolar a los demás con el consuelo que recibe de lo alto.

La Persona de nuestro Señor Jesucristo es el centro, el Referente, el sentido de nuestra vida. Acudimos a nuestra Señora y le suplicamos con san Ignacio de Loyola que «nos ponga con su Hijo».

Jesús, «delante y puesto en cruz», (*Ejercicios*, nº53) se nos presenta muchas veces en el camino. Es la gran ocasión para andar con Jesucristo en el corazón y en las obras. Nuestra jornada, nuestra oración, nuestro servicio a los demás, incluso nuestro sueño, se alegran con la presencia de quien nos ha redimido por amor. «Me amó, y se entregó por mí» (SAN PABLO, *Gálatas 2, 20*).

Cuando tenemos que tomar una decisión importante, surge entonces, casi espontáneamente, la pregunta: ¿qué es lo que en este momento «más» le agrada a Jesucristo que yo haga? El discernimiento es un regalo de Dios que cuenta con nuestra colaboración. Nos servirá la regla de Ignacio: «en tiempo de desolación nunca hacer mudanza, sino estar firme y constante en los propósitos y determinación en que

estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación» (*Ejercicios*, nº318 a).

La memoria nos puede traer recuerdos amargos y recuerdos gustosos. Recordar, sí, pero no para caer en una nostalgia sin salida alguna, sino para agradecer a Dios y a los hombres y mujeres tanto bien como recibimos. La memoria se convierte así en una palanca de agradecimiento.

Nunca conoceremos del todo a Jesucristo, hasta que lo veamos cara a cara. Esto es fuente de alegría: cada día lo podremos conocer mejor. Aunque, a veces, seamos tentados del miedo.

## 106. De noche

«De noche iremos, de noche;  
sin luna iremos, sin luna;  
que, para encontrar la fuente,  
sólo la sed nos alumbra» (LUIS ROSALES).

Tiene razón el poeta. Permíteme -querido lector- que vuelva ahora, hacia el final de este libro, ya en fase decidida de "desescalada", a tocar de nuevo este tema de la oscuridad.

A veces, no tenemos más remedio que caminar de noche. Porque es de noche, sencillamente. Nuestros miedos se quedan, a un lado y otro del camino. Quizá ya no se trata de un camino, ni de un sendero. Quizá nuestros pies van solos, muy solos. No nos importa si hace frío, o hace calor; si la lluvia moja nuestro rostro, o si sopla el cálido bochorno. Un cúmulo de interrogantes se nos pone delante, como impidiendo nuestros pasos. Allá, a lo lejos, una luz pequeña, quieta, podría ser nuestro referente...Pero no nos basta. Necesitamos ayuda.

«Sólo la sed nos alumbra» (L. ROSALES);  
«Porque tengo la sed y el agua juntas,  
en el jardín de mi sereno afán» (JOSÉ M<sup>a</sup>. PEMÁN);  
«Nos dijeron de noche que estabas muerto,  
y la fe estuvo en vela junto a tu cuerpo.  
La noche entera la pasamos queriendo  
mover la piedra» (*Liturgia de las Horas*).

Merece la pena, -por muy manido que sea- repetir ahora lo que escribió Agustín de Hipona: «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti»<sup>81</sup>. Reconocer esta verdad lleva

<sup>81</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones, Libro I, 1. Invocación*, B.A.C. Minor, Madrid 1984.

consigo el inicio de nuestra conversión a Dios y a Jesús su Hijo. Quien camina así, presiente la iluminación de su noche. Ese impulso vital hacia la luz del día es regalo del Cielo. Lo llevamos todos dentro, y se manifiesta en esa sed de Agua Viva. Al mismo tiempo, va apareciendo en nuestra persona la vivencia de la fe: hemos de estar en vela junto al Cuerpo de Jesús; Cuerpo sepultado; Cuerpo resucitado.

Cada uno de nosotros, si lo queremos con todo nuestro deseo, podemos acoger ese regalo: vivir la noche de nuestra búsqueda y alegrarnos con nuestros hermanos: saborear el Evangelio de Jesús, la Buena Noticia de que Dios nos quiere mucho a todos, y no desea otra cosa que nuestra salvación.

## **107. Superficialidad, nunca**

Falleció recientemente en Tokio -Japón-, el Padre Adolfo Nicolás, quien fue Superior General de la Compañía de Jesús (2008-2016). No se cansaba de repetir que para renovarnos teníamos que “profundizar” espiritual e intelectualmente, en aras de nuestra misión.

Lejos de nosotros todo lo que sea superficial. En donde haya superficialidad, pongamos hondura, profundidad. Hasta cierto punto, es fácil decir que vivimos siempre teniendo a nuestro lado al Creador o, mejor; que Él se halla presente en todo tiempo y lugar en que nos vamos moviendo. Pero, de hecho, vivimos sumergidos en un ambiente resbaladizo, dentro del cual nos resulta difícil caer en la cuenta de nuestra existencia personal.

Nos encontramos, aquí y allá, sin un pavimento existencial sobre el que apoyemos nuestros pies. Por eso, creo que hemos de buscar el sosiego necesario para acentuar la luminosidad de nuestra vida mediante nuestra relación clara con todas las criaturas, con los seres humanos, con los animales, las plantas, los medios ecológicos en los que nos desenvolvemos.

A lo largo de estas páginas he repetido que hemos perdido la ingenuidad. El rostro fresco de los pequeños nos dice que ellos viven su momento presente con alegría. Eso es mucho. Es una meta que hemos de alcanzar si dejamos a un lado nuestra pretensión de grandezas que superan nuestra capacidad, si alejamos de nosotros todo residuo de rencor y de envidia, si agradecemos a los demás todo el bien que nos hacen.

## 108. Carlo Acutis

Está próxima la beatificación –el 10 de octubre del 2020- de un joven italiano que falleció en Monza -Italia-, enfermo de leucemia, el 12 de octubre del 2006. Su nombre: Carlo Acutis. ¿Qué calificativo poner a la vida de quien estuvo sobre este planeta durante quince años, y que disfrutaba de modo indecible en su encuentro diario con Jesús, presente en la Eucaristía? El cardenal Angelo Becciu, Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, nos habla sobre ese gozo íntimo de Carlo<sup>82</sup>: «el gozo del encuentro concreto con Jesús». Y añade dos frases que Carlo repetía a sus amigos: «Todos nacen como originales, pero muchos mueren como fotocopias». Y también: «La tristeza es la mirada vuelta hacia sí mismo; la felicidad es la mirada vuelta hacia Dios». Carlo expresaba de ese modo su fe intensa y verdadera; una fe saboreada aquí, sobre la tierra, cuando él estaba viviendo su vida en plenitud: un quinceañero con un corazón totalmente abierto a Dios.

Carlo supo juntar en su persona lo que manifestaba en su rostro: la frescura de su juventud y la cercanía a la realidad concreta de Jesucristo. Había acogido en su alma, ya desde muy pequeño, los detalles de la tradición piadosa de los cristianos, y los conjugaba con la constante sonrisa de quien ve cada cosa en su sitio, cada píxel en su lugar adecuado. Su afición a la exactitud de la cibernética se daba la mano con la oración que brotaba desde la serenidad de su corazón. Demostraba dominio de sí, en concreto cuando -a pesar de su afición a la informática- le dedicaba solamente una hora semanal. Carlo compartía su experiencia cristiana con los pequeños en la catequesis, buscando los medios más adecuados para hacerles comprender la presencia de Jesús en los Sacramentos.

El papa Francisco se acuerda de la vida de este muchacho, citándolo en un documento muy significativo:

«Es verdad que el mundo digital puede exponerte al riesgo del ensimismamiento, del aislamiento o del placer vacío. Pero no olvides que hay jóvenes que también en estos ámbitos son creativos y a veces geniales. Esto es lo que hacía el joven siervo de Dios Carlo Acutis [...] Él fue capaz de usar las nuevas técnicas de comunicación para transmitir el Evangelio, para comunicar valores y belleza»<sup>83</sup>.

<sup>82</sup> CARDENAL ANGELO BECCIU, en la web “Vatican News”, 16 de junio de 2020, versión italiana.

<sup>83</sup> PAPA FRANCISCO, *Exhortación Apostólica post-sinodal "Christus Vivit"*, fruto de la Reunión General del Sínodo de los Obispos de 2018, 25 de marzo del 2019. Librería Editrice Vaticana, 2019; Ed. Mensajero, 2019, §§ 104-105, p. 61. Francisco incluye estas palabras en un grupo de párrafos que titula: “Hay salida” (§§ 103-110).

## 109. ¿Quién iba a decir al agua...?

Escucho el "oboe de Gabriel", de Ennio Morricone -La Misión-; y quiero agradecer a Dios todos los beneficios con que nos está regalando en este tiempo tan azaroso y sufriente.

Las cataratas de Iguazú, zona martirial de santos jesuitas, se presentan en mi imaginación. Para los cristianos: "agua viva" quiere decir agua que no cesa de manar, agua que incluso se desborda; agua que salta y llena del todo el corazón, y nos calma y nos serena.

En el libro del *Apocalipsis* (22,1.17), que contiene la revelación del amor que Dios nos tiene en Jesús, leemos estas palabras fuertes y definitivas: «Me mostró entonces el ángel un río de agua viva, luciente como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero -Jesús- [...] Quien tenga sed, que se acerque; el que quiera, coja de balde agua viva.

Nuestros hermanos mayores en la fe, -los israelitas-, conocieron muy de cerca la sed. En su caminar pesadísimo a través del desierto de Sin, cargados de aburrimiento y melancolía, -como si se hubiesen olvidado de que el Señor Dios les había prometido una tierra preciosa que manaba leche y miel-, sufrieron una sed fortísima. Incluso se enfadaron contra Moisés y contra el mismo Dios que los estaba salvando:

«Faltó agua a la comunidad y se amotinaron contra Moisés y Aarón [...] ¿Por qué nos habéis subido de Egipto para traernos a este sitio horrible, un lugar en donde no hay sembrado, ni higuera, ni viña, ni granado, y donde no hay ni agua para beber? (*Números* 20, 1-5). La queja amarga del pueblo fue escuchada gracias a la oración de Moisés y Aarón. «Moisés alzó la mano y golpeó la roca con la vara dos veces, y brotó agua tan abundante que bebió toda la comunidad y las bestias» (*Números* 20, 11).

Pienso también en Jesús, en su conversación con la mujer de Samaría: «El que bebe de esta agua [la del pozo de Siquem] vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (*Juan* 4, 13-14).

Y recuerdo también que Francisco de Asís - muy querido y necesitado en nuestro tiempo- saboreaba estas cosas y alababa al Creador: «Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor: Loado seas por toda criatura, mi Señor [...] Y por la hermana agua, preciosa en su candor, que es útil, casta, humilde: iloado, mi Señor!»<sup>84</sup>.

<sup>84</sup> *Liturgia de las Horas*, 4 octubre -Fiesta de San Francisco de Asís-, *Himno de Laudes*.

## 110. Volver a empezar

Al concluir estas páginas transcribo puntualmente el texto que San Ignacio de Loyola puso al principio de sus *Ejercicios Espirituales*.

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados»<sup>85</sup>.

Este texto -que merece ser pensado y repensado-, es una especie de prólogo a los *Ejercicios Espirituales*: se trata del *Principio y fundamento*. El santo de Loyola despliega ahí un horizonte sobre el cual se irán considerando las verdades fundamentales del cristianismo. «Es una reflexión previa, un preámbulo lógico en el que las palabras "principio y fundamento" deben ser consideradas rigurosamente en su sentido aristotélico. Probablemente Ignacio pensó esto en París donde realizó varios años de estudio de la filosofía aristotélica, y, de acuerdo con el curriculum propio de aquellos tiempos, consiguió el doctorado en teología y filosofía, que era el grado académico más alto»<sup>86</sup>. Un texto denso en su contenido. Al apoyarnos en él, y tomarlo como presupuesto de partida, nuestra persona descansa, y podemos seguir caminando.

Me pregunto si a los jóvenes de hoy les resulta fácil entender lo que allí escribe San Ignacio. Habría que desmontar, pieza a pieza, todas estas frases -no son demasiadas, pero pesan mucho y están muy articuladas entre sí, con lógica de hierro-. Habría que versionar esas palabras de tal modo que no chocasen con el lenguaje de muchos. ¿Habría que usar aquí un lenguaje inclusivo, en donde, en lugar de "hombre" se diga "el ser humano"? Quizá, en lugar de "reverencia", ¿podríamos escribir "aceptación respetuosa"? Los jóvenes de hoy, ¿entienden bien a qué llamamos "ánima"? ¿No sería mejor decir: "el

---

<sup>85</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, o.c. en nota 10 de este libro, nº23.

<sup>86</sup> Véase CARLO M<sup>a</sup>. MARTINI, *Ordenar la propia vida. Meditaciones con los "Ejercicios Espirituales" de San Ignacio*, Narcea, S.A. de Ediciones, Madrid, 1994, p. 27.

ser humano total"? ¿Qué quiere decir Ignacio con la expresión: "prosecución del fin para que es criado"? Siempre será bueno explicar qué tipo de "indiferencia" se entiende aquí. ¿Cómo definir el vocablo "albedrío"? Entretanto, te invito a leer despacio el texto ignaciano, y darle vueltas con sencillez, poco a poco, dentro de tu persona.

Pongo aquí, al final de mis "memorias de Evangelio", las palabras del Padre Pedro Arrupe que aparecen en la embocadura de este libro:

«Para mí, Jesucristo es TODO. Así se define lo que representa Jesucristo en mi vida: TODO. Ha sido y es mi ideal desde que entré en la Compañía; ha sido y sigue siendo mi camino; ha sido, es siempre mi fuerza. No es necesario explicar mucho lo que esto significa: quite a Jesucristo de mi vida y se hundirá como un cuerpo a quien se le quita el esqueleto, el corazón y la cabeza»<sup>87</sup>.

Zaragoza, 6 de agosto de 2020.

Transfiguración del Señor.

---

<sup>87</sup> PEDRO ARRUPE, *En Él solo... la esperanza*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1983, p. 115.

## INDICE

PRÓLOGO .....	3
---------------	---

### 1.- MEMORIAS IGNACIANAS

1. Algo más que un río.....	5
2. Adorar.....	6
3. «El misterio de su voluntad» .....	7
4. Dolores de parto.....	8
5. El rostro de Dios.....	9
6. La verdadera sabiduría.....	10
7. «Tú eres mío» .....	11
8. Superando conflictos.....	12
9. Dios quiere salvarme.....	13
10. Redescubrir al Padre.....	14
11. «Enteramente reconociendo» .....	15
12. Buscar siempre a Dios.....	16
13. «Aún me quedas tú» .....	17
14. «Quién puede abarcarte?».....	18
15. Examen de conciencia.....	19
16. «Sólo en Dios descansa mi alma» .....	20
17. «Al menos a tientas» .....	21

18.	El recuerdo de su sabor.....	22
19.	«Aunque es de noche» .....	23
20.	No está quieto el Señor .....	24
21.	Libertad y vida.....	25
22.	Agradecimiento.....	26

## 2.- MEMORIAS DE NUEVA VIDA

23.	Renacer.....	27
24.	¿En dónde está la llamada?.....	28
25.	Dios se hace pequeño.....	29
26.	«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»...30	
27.	La última cena.....	32
28.	La fuerza del gozo.....	33
29.	Resurrección.....	34
30.	Creo en Jesús resucitado.....	35
31.	Misión del Resucitado.....	37
32.	Ventana abierta a la eternidad.....	37

## 3.- MEMORIAS SOBRE JESÚS

33.	En el pomo del rollo está escrito.....	39
34.	Anunciación-Encarnación.....	40
35.	Las venidas del Hijo de Dios.....	41
36.	«Por ahí vendrá» .....	41
37.	Saltos de gozo.....	42
38.	<i>Magnificat</i> .....	43

39.	Raíces.....	44
40.	Lo tomó en sus manos.....	45
41.	Revelación parsimoniosa.....	46
42.	«¿No es este el carpintero?» .....	47
43.	«Ven y lo conocerás» .....	48
44.	La mujer de Samaría.....	49
45.	Curandero de heridas.....	50
46.	La mujer encorvada.....	51
47.	«Estuve enfermo» .....	52
48.	Sin dinero en la faja.....	53
49.	«Arrimad el hombro» .....	54
50.	«Os lo repito: estad alegres» .....	56
51.	La sal insípida.....	57
52.	Lo escondido y la luz.....	58
53.	La mujer, la moneda y la alegría.....	58
54.	El banquete.....	59
55.	«¿Todavía no comprendéis?» .....	61
56.	«...de estas hacéis muchas» .....	62
57.	Las bienaventuranzas de Jesús.....	62
58.	Los pobres de espíritu.....	64
59.	Los de corazón limpio.....	65
60.	Una bandeja que pesa.....	66
61.	Migajas y cachorros.....	67
62.	Como la luz.....	68
63.	Icono de la Vida Consagrada.....	69
64.	El amigo muerto.....	70
65.	El "hoy" y la "hora" de Jesús.....	71
66.	El frasco roto.....	72
67.	Presente en la Eucaristía.....	73

68.	La noche en que iba a ser entregado.....	.75
69.	Getsemaní.....	.76
70.	El Hombre de la cruz.....	.77
71.	Coloquio con Cristo crucificado.....	.78
72.	El patriarca y las estrellas.....	.79
73.	«Hoy estarás conmigo en el Paraíso» .....	.80
74.	<i>Stabat Mater</i> .....	.81
75.	«Y al punto brotó sangre y agua» .....	.82
76.	«Lo que palparon nuestras manos» .....	.83
77.	Una visita gozosa y esperada.....	.84
78.	La ventana.....	.85
79.	Emaús.....	.87
80.	<i>Ave verum</i> .....	.88
81.	<i>Te Deum</i> .....	.89

#### 4.- MEMORIAS DE FE PARA TODOS

82.	Iglesia de Jesucristo: los primeros cristianos.....	.91
83.	Lenguas de fuego.....	.92
84.	«Saulo, hermano» .....	.94
85.	Como las cuerdas de una lira.....	.95
86.	Iglesia de servidores.....	.95
87.	Encontrar a Dios en todo tiempo.....	.96
88.	Al alcance de todos.....	.97
89.	«Encender estrellas»: el ímpetu de los jóvenes.....	.99
90.	Canario en la mina.....	.100
91.	Nguyên Van Thûan.....	.101
92.	Bienaventurados los que sufren.....	.102

93.	Incertidumbre del mundo y cercanía de Dios.....	103
94.	Una vara y una lanza.....	104
95.	Nuestra salvación: un proceso de contrastes.....	105
96.	«Yo creo que seremos “de valores”» .....	106
97.	Hablar de Jesús.....	107
98.	Estar con Jesús.....	108
99.	Cincuenta años después.....	109
100.	Bienaventurados los que trabajan por la paz.....	110
101.	Bienaventurados perseguidos por causa de la justicia...111	
102.	No está de moda ser manso.....	112
103.	Explota una estrella.....	113
104.	«Al levantar la vista» .....	114
105.	Resonancias cristianas.....	115
106.	De noche.....	116
107.	Superficialidad, nunca.....	117
108.	Carlo Acutis.....	118
109.	¿Quién iba a decir al agua...? .....	119
110.	Volver a empezar.....	120